

MUNDO HISPANICO



NUMERO 140
15 pesetas

NAVIERA AZNAR

SOCIEDAD ANONIMA
IBAÑEZ DE BILBAO, 2 :: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920
Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona,
escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de
Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa,
con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN
PASAJEROS Y CARGA GENERAL

☆

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISION DE CARGA,
DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A.: Ibañez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel
Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID



con

GILBEY'S GIN



siempre vermouth

CINZANO

seco



RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION
DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

BARCELONA

LA IMPAR CIUDAD MEDITERRANEA,
SU HISTORIA,
SU RIQUEZA,
SU BELLISIMO FOLKLORE
Y SU BRILLANTE ACTUALIDAD

colman las páginas del
NUMERO EXTRAORDINARIO
de SEPTIEMBRE

de
«MUNDO HISPANICO»

UN NUMERO DEDICADO
ENTERA Y ENAMORADAMENTE
A LA NOBILISIMA

BARCELONA

con ocasión de su

XXVII FERIA INTERNACIONAL DE MUESTRAS

¡UN NUMERO EXCEPCIONAL!

BARCELONA

en la mano con el número de septiembre
de

«MUNDO HISPANICO»

Ultimas publicaciones
de
**EDICIONES
CULTURA HISPANICA**

LAS CONSTITUCIONES DE NICARAGUA, por Emilio Alvarez Lejarza. Col. «Constituciones de Hispanoamérica». Madrid, 1958. 16 × 22 cm. 245 ptas.

PROBLEMAS DE LA ECONOMIA IBEROAMERICANA, por Manuel Fuentes Irurozqui. Col. «Hombres e ideas». Madrid, 1959. 14 × 21 cm. 50 ptas.

ESPIRITU Y CULTURA EN EL LENGUAJE, por Karl Vossler. Trad. de Aurelio Fuentes Rojo. Col. «Historia y Geografía». Madrid, 1959. 16 × 22 cm. 100 ptas.

CODIGO CIVIL DE BOLIVIA (estudio preliminar del doctor Carlos Terrazas Tórrez). Col. «Códigos Civiles de Iberoamérica». Madrid, 1959. 14,5 × 20,5 cm. 85 ptas.

CODIGO CIVIL DE EL SALVADOR (estudio preliminar del doctor Mauricio Guzmán). Col. «Códigos Civiles de Iberoamérica». Madrid, 1959. 14,5 × 20,5 cm. 110 ptas.

MANUAL DE DIALECTOLOGIA ESPAÑOLA, por Vicente García de Diego. Segunda edición, corregida y aumentada. 100 ptas.

EL ESPIRITU DE LA EDAD MEDIA Y AMERICA, por Alberto Escalona Ramos. 90 ptas.

NOTICIAS DE SIEMPRE, por Antonio Manuel Campoy. 50 ptas.

CODIGO CIVIL DE ESPAÑA (estudio preliminar del doctor Federico de Castro). 120 ptas.

BOLIVAR Y EL PENSAMIENTO POLITICO DE LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA, por Víctor Andrés Belaunde. 150 ptas.

Pedidos a:

Instituto de Cultura Hispánica
Avenida de los Reyes Católicos
(Ciudad Universitaria) - MADRID



«El Coto»

Restaurante • Bar americano

Toda clase de especialidades

- Cocina internacional
- Grandes salones
- Banquetes - Bodas
- Jardín - Terraza

PLAZA DE LA LEALTAD, 2

M A D R I D

Teléfonos 21 79 08 y 31 04 70

MUNDO HISPANICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 140 ☆ NOVIEMBRE 1959 ☆ AÑO XII ☆ 15 PESETAS

Depósito legal. M. 1034-1958

SUMARIO

	Págs.
PORTADA: Mikaela (foto-color Lara)	
Conciencia de unidad ante la nueva etapa, discurso del ministro de Asuntos Exteriores de España	5
Campo de estrellas, reportaje gráfico de Masats	7
Dos Premios Nobel	11
Mi visita a las tribus cunas, por el duque de Veragua	15
Luis Muñoz Rivera, el prócer de Puerto Rico	18
Las murallas de San Juan, por Ernesto la Orden	21
Poemas antillanos, por Lope Mateo	24
Fiestas en la antigua San Juan, por Adolfo de Hostos	25
«Platero y yo» en portugués, por Enrique Martínez López (ilustraciones de Goñi)	27
El Congreso de Emigración, por Ismael Medina	30
El escultor José Luis Sánchez	34
Fiesta gaucha, reportaje de Kurt Severin	35
Cine iberoamericano, por Luis Gómez Mesa	38
Carmen Amaya, por César González Ruano (fotos Miguel Vera)	41
La Universiada de Turín, por Pedro Pascual	46
Modas, por Helia Escudero	48
¡Bien venido, Pepe Monagas!, por José Benítez Bravo Laguna	51
Esencia de la tradición hispánica, por Manuel Lizcano	53
Pasatiempos, por Oeón de Oro	54
Poesía española de hoy: Félix Grande	55
Tartarín (cuento), por José María Sanjuán	58
Jueves (cuento), por Meliano Peraile	60

Colaboración artística de Daniel del Solar, Goñi y Gómez Perales.

Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS

Redacción	57 82 10
Administración	57 03 12
Administración y Redacción	24 01 23

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1959. NUMBER 140. ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.
AMERICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.
ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.
EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.



estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings. Tel. 51577. Perfección inglesa en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

CARLOS LAMADRID LABARGA. Residente en México (12), D. F. Calle Sánchez Azcona, núm. 1512. Colonia del Valle.—Desea correspondencia con señoritas españolas para intercambio de postales, sellos y banderines.

DOUGLAS CARTLAND, americano, de treinta y cinco años, periodista, interesado en literatura, teatro, tenis, llegará pronto a España. 200 Pinehurst Avenue, New York, N. Y. (U. S. A.).—Desea correspondencia con señorita en español, inglés o francés.

JOSE GARROFE CASAMITJANA, residente en Calaf (Barcelona), Banco Central.—Desea correspondencia con jóvenes de quince a diecinueve años, en francés y español, para intercambio de sellos y revistas.

ALBA INES PALOMINO. Urbanización Caldas, núm. 17. Popayán (Colombia).—Colombiana, estudiante de Medicina, desea relacionarse con jóvenes mayores de veinte años de toda España y países de habla española.

BETTO ST. JOHN. «Moonlight Inn». Reducción-Córdoba (Argentina).—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de Alemania e Inglaterra.

Mlle MIREILLE BENOIT, 88, Cairns. Granby-Quebec (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes extranjeros para intercambio de costumbres, etc.

MANUEL FERNANDEZ. Residente en Badajoz, Calle Amparo, 7.—Desea correspondencia con personas de cualquier país.

COLETTE VIDAL. Juramento, 1474. Buenos Aires (República Argentina). De treinta años, que habla francés, inglés, español y portugués.—Desearía entablar lazos de amistad por carta con jóvenes de todo el mundo para intercambio de ideas sobre arte.

MARISA MONTES M. EMPACADORA. La Cumbre. Apartado postal núm. 5. Grajales, Pue (México).—Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo sobre filatelia e intercambio cultural.

Cientos de jóvenes finlandeses de ambos sexos desean mantener correspondencia con jóvenes españoles e hispanoamericanos en inglés o alemán. Dirigir la correspondencia a The Finnish Youth Correspondence Bureau, Armfeltintie, 2. Helsinki (Finlandia).

ANA CHEKERDEMIAN, de diecisiete años, con domicilio en Veinticinco de Mayo, 35/7. Asunción (Paraguay).—Desea mantener correspondencia con jóvenes de cualquier país, en inglés o español.

JUAN ALAMO LUIS. Residente en Santa Cruz de Tenerife. 3.ª transv. Molinos, 3.—Desea correspondencia con chicas de dieciséis años, en español y francés.

D. BORERTO ARISMENDI. Residente en Caracas. Avilanes a Desamparados, 104. Solicita correspondencia con chicas católicas de veinte a treinta años, en español, inglés y francés, sobre temas literarios.

D. JOSE GOMEZ DIAZ. Residente en Linares (Jaén). Apartado núm. 79.—Desea correspondencia con personas de todo el mundo para intercambio de postales.

MARIA DEL CARMEN PEREZ, de veintitrés años, Asunción. Calle Azara, número 448.—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier país, en inglés o español.

CARMEN MARIA MARTIN. Residente en Madrid. Calle Virgen del Sagrario, 9 (barrio de La Quintana).—Desea correspondencia con personas de treinta a cuarenta años de cualquier país, en inglés, francés, portugués o español.

JORGE ABAD VILA, de diecisiete años. Residente en Ginés (Sevilla). Calle Jesús Centeno, núm. 18.—Solicita correspondencia con señoritas de cualquier país.

KATY FELKAI, húngara residente en Salta (Argentina). Los Lapachos, 33 (barrio Cofico).—Desea intercambio de postales de cualquier país, con preferencia de España.

JOSE LUIS CAUDEVILLA. Residente en Santa Cruz de Tenerife. Calle Beneoro, número 19 B.—Desea correspondencia con señoritas de habla hispánica para intercambio de sellos.

MARIA FERNANDA ALVES DE SOUSA BEATRIZ, de dieciséis años, con domicilio en avenida Miguel Bombarda, número 53, 3.ª. Dto. Amadora (Portugal).—Desea correspondencia con chicos de cualquier país para intercambio de sellos, revistas, postales, etc.

FRANCISCO JAVIER JIMENEZ ACUNA. Residente en Mompós (Colombia). Calle 20-01-39.—Desea correspondencia con jóvenes de habla española.

MIGUEL MARTINEZ TOLOSA, de veintiocho años. Alcalá del Júcar (Albacete).—Desea correspondencia con señorita católica de habla española, con vocación literaria. Hace constar que está inválido y desea ayuda moral.

ELENA M. L. HORALZ. Residente en Buenos Aires. Tucumán, 2352.—Desea correspondencia con personas europeas.

MANUEL AIRES. Residente en Lisboa. Calle Vila Dias, 54, 1.ª.—Desea mantener correspondencia con jóvenes de habla española.

MARIQUILLA DELGADO. Residente en Madrid. Grupos Experimentales de Carabanchel Bajo. Bloque IV, puerta 1.ª, 2.ª izquierda.—Desea correspondencia con hispanoamericanos de treinta y ocho a cuarenta y un años, católicos.

BETTY JANSEN. Residente en Chillán (Chile). Arauco, 161.—Desea correspondencia con estudiantes de habla hispana.

OLGA CEBALLOS R. Residente en Chillán (Chile). Casilla 360.—Desea mantener correspondencia con estudiantes de habla hispana para intercambio de postales, sellos, discos, etc.

ANGELA SELVA. Residente en Tarraza (Barcelona). Bartrina, 179.—Desea correspondencia con chicos de veinte a veinticuatro años de cualquier país para intercambio de postales.

DIA DE LA HISPANIDAD

La imposibilidad de retrasar más allá de una fecha prefijada el cierre de este número de MUNDO HISPANICO no nos ha permitido recoger información gráfica ni conocer en su detalle los brillantísimos actos con que en Hispanoamérica singularmente se ha conmemorado el Día de la Hispanidad. De todas estas celebraciones destacan, por su carácter extraordinario, la solemnísimas sesión conjunta de las dos Cámaras ecuatorianas, en la que el embajador de España ocupó lugar de honor, y el decreto presidencial promulgado en Guatemala el 12 de octubre creando la ciudad de Alvarado, como homenaje al gran conquistador.

CONCIENCIA DE UNIDAD ANTE LA NUEVA EPOCA

Discurso del Excmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores de España,
don Fernando María Castiella, en el Día de la Hispanidad

No por azar estamos aquí. Nuestra venida a Santiago de Compostela tiene un hondo sentido, pues esta ciudad incomparable puede decirnos mucho a americanos y españoles en el día de la Fiesta de la Hispanidad que hoy celebramos fraternalmente.

Santiago, corazón de la Galicia jacobea e ilimitada, es uno de los grandes símbolos de nuestra fe cristiana, de nuestra condición europea y de nuestro ímpetu misionero y trascendente. El «Camino de Santiago», el que se llamó «camino francés», fué la gran calzada de Europa, por la que se mantuvo abierta durante siglos nuestra comunicación espiritual con el continente al que pertenecemos, mientras luchábamos y convivíamos con el Islam. Y al final de esa ruta, este bellissimo relicario de piedra compostelana, fué y es, por su prodigiosa condensación de creencias y de cultura, el mejor título que justifica nuestra empresa americana, la raíz más pura de nuestro ser histórico, cristiano y europeo, el punto de donde la Fe heredada partió para dar un día el salto sobre el océano y encenderse de nuevo, apostólicamente, en un continente en donde el nombre y la imagen de Santiago se repiten sin cesar, como un eco de las voces peregrinas que aquí sonaron durante siglos.

Pero es Galicia entera, asomada al mar, la que está poseída de una vocación oceánica, de un aire marineroy, por ello, marcada irremisiblemente por un destino americano. Galicia, que no reconoce límites a la aventura y para quien la mar es sólo un camino, mira desde aquí a América y durante siglos se ha ido embarcando, con su Santo Apóstol en el corazón, rumbo a los amados países en donde,

a veces, al español se le llama, con cariño, «gallego».

Se clausura ahora el II Congreso de la Emigración Española. Esto nos debe hacer pensar en que la corriente de comunicación entre América y todas las regiones de España continúa fluyendo, que el viejo ímpetu no cesa y que en el emigrante que va a poblar las huastecas, las maniguas, los llanos, las pampas, el Ande y las ciudades, está prefigurado el criollo y, en definitiva, el americano; pues él ya, con el simple hecho de irse, se ha convertido un poco en americano. Como este español de América o americano de España es una prenda mutua de nuestra fraternidad permanente, debemos cuidarle y ayudarle todos.

El mundo se distiende e inicia otra vez un movimiento de gran desperezo de energías quietas. Nuevos pueblos surgen y los ya maduros se lanzan a la conquista de inéditos espacios de la materia o del espíritu. Nuevos y graves problemas aparecen. Ante esta inquietante coyuntura, los iberoamericanos debemos afrontar esos problemas, así como los nuestros propios con una política realista de mutuo entendimiento y amistad, esa política que, como ha dicho un pensador argentino, «se impone, bajo pena de muerte, a las naciones hispanoamericanas».

Los iberoamericanos formamos una comunidad cuya razón de unidad no sólo se funda en haber heredado uno de los patrimonios espirituales más egregios de la historia humana, sino en el hecho escueto de nuestro colectivo interés actual. O salvamos nuestra personalidad común, por la unidad, o desaparecemos anegados por corrientes más vigorosas en el sonoro torrente de la Historia.

Todo el que ha pensado, con pasión y con hondura, en el futuro de los pueblos de Amé-

rica, desde el gran Bolívar hasta Luis Alberto Herrera o José Vasconcelos—los dos próceres del pensamiento americano cuya reciente muerte nos llena de dolor—, ha tenido que coincidir en «el ideal bolivariano de unionismo continental».

Ahora bien, esta conciencia de unidad sólo puede fundarse en lo hispánico. Lo indio será en algunos países de América un fresco caudal de vida, un orgullo de viejas civilizaciones ilustres, una presencia racial que por la vía del mestizaje está dando al elemento blanco nuevos matices humanos de gran personalidad. Pero el indigenismo, como postura, sólo puede llegar a ser un movimiento de tipo nacional, localista y concreto en perjuicio de lo hispánico, que es el verdadero denominador común, el supremo vínculo de unidad que estrecha a todos los países que están al sur del Río Grande. ¡Al sur del Río Grande! Con frecuencia caemos todos en esta frase hecha, haciendo frontera de un río que si lo es políticamente, no lo es para el recuerdo ni para las cosas del espíritu. ¿Cómo vamos a olvidar la proyección de lo hispánico más al norte del Río Grande cuando los propios norteamericanos, noblemente, no lo hacen? Más allá del río, de Los Angeles a San Agustín, se cruzan viejos caminos, «caminos reales», en los que el pueblo de los Estados Unidos conserva como una herencia insigne la huella de la sandalia franciscana de Fray Junípero Serra o del ferrado paso heroico de Coronado, De Soto y Ponce de León.

Se ha dicho, con razón, que la comunidad espiritual de las naciones hispánicas sería realidad cuando los españoles hiciéramos nuestras las glorias de la emancipación americana y los americanos, a su vez, concibieran el descubrimiento, conquista y civilización españoles

como los fundamentos históricos irremplazables de las propias nacionalidades independientes.

Pues bien, entre nosotros—como ha hecho notar Guillermo Lohman y por mi parte he recordado alguna vez—fué ya Menéndez Pelayo el que abrió el camino de la fecunda comprensión española de la gesta de la independencia de América. Y Miguel de Unamuno, en su ensayo sobre *Don Quijote y Bolívar*, exaltaba la poesía que rezuma la historia de la emancipación hispanoamericana y decía: «Deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas.»

Pero llega aún más allá Víctor Andrés Belaunde—elevado hoy, para orgullo de todos los iberoamericanos, a la presidencia de la más alta Asamblea mundial—cuando afirma, en su reeditada obra sobre Bolívar, que «la vieja contienda sobre la revolución hispanoamericana está liquidada en honor de la Madre Patria. España fué coautora de nuestra revolución porque de ella heredamos sus Cabildos—unidades de soberanía—y porque la revolución fué obra de nuestra alma nacional, forjada por la cultura hispánica, al darnos lo mejor que ella tenía.»

Sí; nuestros son Bolívar y San Martín, los gloriosos criollos, como vuestros son Cortés y Pizarro. Nuestros son Tepoztlán y el Cuzco como vuestros son Salamanca y El Escorial. Y si la independencia es, fundamentalmente, obra de españoles de América, cuestión de familia, la conquista es obra de vuestros antepasados directos, vuestros abuelos de España que no más llegar a la tierra de América ya empezaron a pertenecerla y a ser suyos.

Hoy puede decirse que la mutua y profunda comprensión entre americanos y españoles es un hecho. E incluso esa unidad fundamental de pensamiento que nos une se traduce ya, por cauces jurídicos, en realizaciones concretas, como los Tratados de Doble Nacionalidad firmados por Chile, Perú y Paraguay con España y esa prometedora idea de la superciudadanía iberoamericana que el ilustre internacionalista colombiano, Jesús María Yepes, propugnó hace ahora un año en la reunión de Institutos de Cultura Hispánica de Bogotá.

España entiende esa unidad fundamental como un vínculo de fraternidad; sin primogenituras ni subordinaciones. Y este lazo que nos une tan parejamente, si no nos da título a los españoles para inmiscuirnos en los asuntos internos de los pueblos de Hispanoamérica y Filipinas, sí es título bastante para compartir fraternalmente la más viva, honda y constante preocupación por los destinos de un mundo que se extiende por todo un continente y salta luego al lejano y amado archipiélago magallánico, avanzadilla hispánica en medio del Oriente, allí donde, entre Corregidor y Cavite, se enciende aún la luz de lo español.

Y para dar un completo sentido a la gran anfictionía de los pueblos que tuvieron un común origen peninsular, aquí están Portugal y Brasil entre nosotros. El Portugal oceánico de las «Descobertas», el Portugal americano de Corte Real y Alves Cabral, el gran Portugal del lusiada Camoens que un día resumió tiernamente en una coplilla escrita en español el anhelo ultramarino de todo un pueblo:

*Irme quiero, madre,
en una galera
con mi marinero
a ser marinero.*

Y a su lado, el Brasil, el joven y potente Brasil, esperanza de América; el Brasil colosal y opulento, no ya por las dimensiones de su tierra ni por las riquezas de su suelo, sino, por el ímpetu de sus hijos y el vigor de su espíritu nacional. Unidos están ambos pueblos en un vínculo de tradición y de pujante actualidad, que da un espléndido futuro a la comunidad luso-brasileña. Su presencia entre nosotros es testimonio de su compenetración con el destino paralelo de los países hispanoamericanos y nos obliga a una sincera y profunda gratitud.

Se halla también entre nosotros la representación de la gran República norteamericana, cuya participación habitual en este acto tiene una significación que nadie puede desconocer. Está personificada en un gran embajador, particularmente sensible a todo lo español y americano, como no podía menos de suceder en quien tiene un nombre de familia ilustre en la historia de América.

Queremos expresar aquí, a este propósito,

nuestra complacencia, nuestra simpatía y, si fuera posible y necesario, la voluntad de entusiasta colaboración de mi país ante los intentos que últimamente se han producido en pro de la cooperación interamericana.

España no ve en el movimiento interamericano un instrumento de competición frente a los comunes ideales hispanoamericanos. En la hora en que vivimos—y buen ejemplo de ello es precisamente la posición española entre su condición fundamentalmente europea y su vocación americana—, las relaciones entre los pueblos se producen a veces en diferentes planos, sin obedecer a las incompatibilidades y los rígidos exclusivismos del pasado.

Resumiendo palabras de Mario Amadeo, ex canciller argentino y actual embajador de su país en las Naciones Unidas, recordemos que es preciso superar el anacronismo de los que, frente a los Estados Unidos, no saben más que o abdicar de su personalidad o levantar el estandarte de la resistencia.

España no puede sino felicitar por la cooperación y el entendimiento entre todos los países del doble Continente americano, en la medida en que sean beneficiosas para la causa de la paz y el bienestar de los pueblos.

Esa cooperación será perfecta cuando los Estados Unidos se decidan a prestar a Iberoamérica una constante, cuidadosa y eficaz atención. Atención respetuosa a su ser espiritual y a su perfil cultural, de cuya conservación depende el destino de esos pueblos, y atención al hecho—reconocido en la Conferencia de Santiago de Chile—de que el subdesarrollo económico genera en gran parte de inestabilidad política.

La generosidad del pueblo norteamericano, cordialmente agradecida por los españoles, y bien probada en otros Continentes—que yo me permití invocar lealmente hace dos años y recordé también en el pasado—, no podría encontrar mejor empleo que el cooperar con decisión y largueza al fortalecimiento material de esta gran reserva de Occidente que es Iberoamérica, haciendo honor de esta manera, una vez más, a la gran misión histórica que corresponde a los Estados Unidos. Esa misión, majestuosa y grave, que lleva consigo, como el llorado Agustín de Foxá acertó a decir con gran intuición, «el peso de la púrpura».

Existen hoy, no es posible desconocerlo, auténticos motivos de inquietud en Iberoamérica; pero es preciso distinguir entre ellos para determinar en qué medida se trata de una subversión provocada desde fuera y en qué proporción se debe a unas aspiraciones íntimas y enteramente justificadas.

No cabe duda de que hay ajenos elementos que conspiran decididamente contra la paz y la prosperidad de las Américas, segura retaguardia de nuestro mundo libre. El fermento comunista, hábilmente agitado por sus agentes portadores, impregna no pocos movimientos que conmueven con frecuencia la vida americana. Pero también es cierto que muchas veces la inquietud nace de insatisfechas peticiones de justicia, de respeto, de adecuada presencia en la vida internacional y, sobre todo, de facilidades para una debida participación en los logros materiales de la civilización de nuestros días.

El Presidente de la República de Chile, doctor Jorge Alessandri, lo ha hecho notar así en su discurso inaugural de la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la O. E. A., diciendo que «asistimos a una época en que las aspiraciones de la masa por un mejor bienestar crecen mucho más rápidamente que las posibilidades de desarrollo económico de nuestros países». En esta misma ocasión de la Conferencia de Cancilleres de Santiago de Chile, el ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, doctor Horacio Lafer, manifestó que «para comprender mejor la gravedad del problema (que representa el subdesarrollo económico) basta considerar que en 1980 la América latina tendrá una población de cerca de trescientos veinte millones de seres humanos, que clamarán por una existencia digna, libre de miseria, de enfermedad y de ignorancia».

Dentro de este orden de problemas, España sigue con verdadera atención e interés la trayectoria de la economía de los países iberoamericanos y especialmente la evolución de los precios de las materias primas que constituyen su base económica.

España abraza fervorosamente el deseo de que, con el indispensable concurso de las grandes Potencias económicas, y mediante acuerdos internacionales que prueben un auténtico espíritu de solidaridad, se llegue a una estabilidad de los precios de ciertos minerales y pro-

ductos agrícolas básicos, cuyo envejecimiento pone en peligro el desarrollo de economías más débiles y perturba, por ende, la vida política y social.

Creemos que es ésta una aspiración razonable en el grado actual que ha alcanzado la colaboración económica en el mundo. Por nuestra parte, hemos dado ya el ejemplo al sumarnos a algunos Convenios internacionales orientados hacia ese fin, estando dispuestos a apoyar en el futuro cualquier movimiento de esta naturaleza.

Ahora bien, tanto o más que la ayuda exterior han de servir a los pueblos Iberoamericanos para resolver sus problemas—España lo está experimentando con fortuna—una política económica ortodoxa y un serio esfuerzo de cooperación entre los diversos países iberoamericanos, adecuando a la realidad del Nuevo Mundo las formas de colaboración ensayadas con éxito en otras latitudes.

Y puesto que la solución es siempre la unidad, meta difícil, pero que cada día se ve más asequible, resulta imprescindible acallar toda discordia entre las naciones de la América hispana, evitar, con firme decisión, cualquier conflicto entre pueblos hermanos.

Por eso, en el orden político, donde el desmedido nacionalismo y el espíritu partidista tanto dividen y debilitan a Iberoamérica, hemos de proclamar y practicar en forma invariable ese gran principio de la Carta de las Naciones Unidas que es la no intervención en los asuntos internos de los otros países.

Creemos que es ésta una idea básica de todo el Derecho Internacional iberoamericano, que ahora más que nunca debe ser escrupulosamente respetada para mantener la paz y la unidad espiritual de las Américas. Hemos de registrar con singular complacencia las reiteradas declaraciones a este propósito de la Conferencia de Cancilleres en Santiago de Chile.

En este mismo plano debemos situar también a la Doctrina Estrada, nacida en México y respetada constantemente por España, cuyos frutos han sido siempre altamente beneficiosos para la convivencia entre nuestros pueblos y cuya práctica, por estar inspirada en el más sano realismo, constituye un instrumento de verdadera coexistencia entre regímenes diferentes y de mutuo respeto entre todas las naciones.

Los pueblos de la América hispana han alcanzado ya su madurez histórica, aunque pueda decirse todavía con Zorrilla de San Martín que

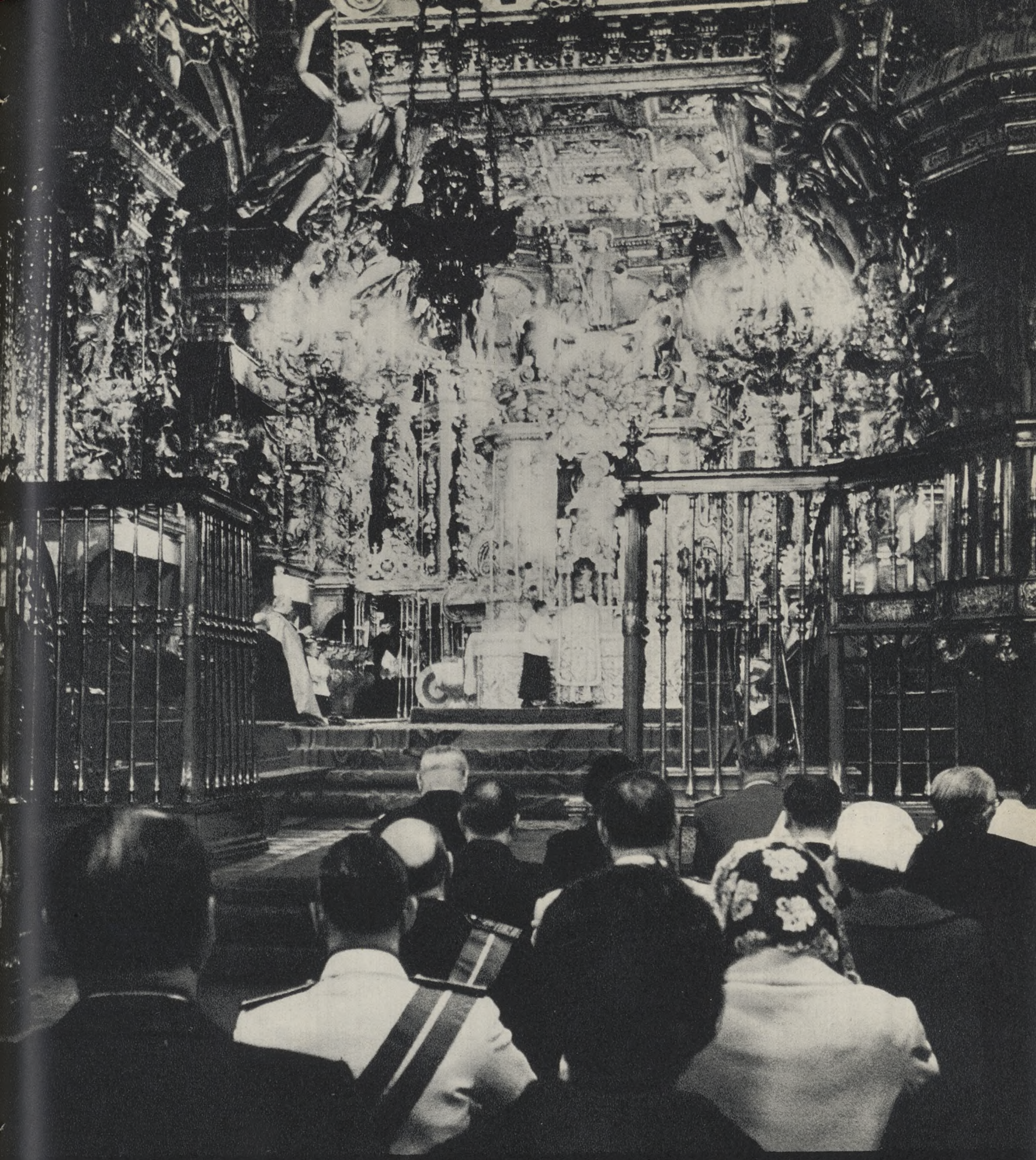
*la sonrisa de Dios de que nacieron
aun palpita en las aguas y en las selvas.*

Nuestra América ha logrado su sazón de universalidad. No es ya un «país de reflejo», como quisiera Hegel: no es el simple espejo de lo europeo, sino su auténtica, fecunda y peculiar continuación.

Se hace por eso necesario en este momento que todos los pueblos Iberoamericanos sacrifiquen lo accesorio y circunstancial que los divide en aras de lo fundamental y permanente que los une. La pacífica convivencia es el primer paso para el trabajo cooperador; y éste, a su vez, constituye premisa indispensable para la progresiva unidad, que dará a Iberoamérica presencia decisiva en el mundo de hoy y de mañana.

El próximo año ha de celebrarse en Quito la XI Conferencia de la Organización de Estados Americanos. España, desde aquí, adelanta ya su saludo de optimismo y esperanza ante la reunión anunciada. Nada americano puede sernos ajeno, y deseamos ardentemente que esa Conferencia sea un paso más en el gran eje de marcha de la cooperación de los países del Continente y, en especial, de la unidad y prosperidad de los pueblos iberoamericanos, a cuyo logro ofrecería España—si algún día fuese requerida para ello—su esfuerzo mejor y más cordial.

Por ese ideal formulemos un voto. Hagámoslo aquí, en Galicia, que no solamente es la tierra dulce en donde nació la primera lengua poética de la Península, sino también la costa abierta sobre los rumbos de la rosa de los vientos, el *Finis terrae* de Europa en donde España escuchó durante siglos el canto de la sirena atlántica hasta que decidió, hace en este día cuatrocientos sesenta y siete años, convertir el Mar Tenebroso en un mediterráneo occidental, y la trasoñada tierra de la otra orilla en un continente espléndido, en donde hoy pueblos hermanos o amigos conservan los nombres españoles desde los glaciares de Alaska a los acantilados de la Tierra del Fuego.



12 DE OCTUBRE

CAMPO DE ESTRELLAS

La Hispanidad ha sido, en este 12 de octubre de 1959, oración unánime y afirmación categórica en su frente de acción y de misión cultural y evangelizadora. Ha sido lugar de cita esta plaza de España compostelana, que tanto sabe de peregrinajes y de apostolado, de partidas y de encuentros, de los representantes de todos los países hispánicos, incluidos Brasil, Portugal y los Estados Unidos.

Embajadores de todos estos países, presididos por el ministro español de Asuntos Exteriores, han tenido como sede el Hostal de los Reyes Católicos, marco histórico que simboliza, por sí solo, las más viejas y tenaces tradiciones españolas. En la plaza de España, una compañía de infantería, con bandera y banda de música, rindió honores al ministro y al Cuerpo Diplomático, una vez que la comitiva, a la que se sumaron las autoridades santiaguesas y regionales, salió del Hostal para dirigirse a la Basílica.

Tras la misa rezada, a la que siguió la ofrenda al Apóstol, se reorganizó la comitiva, que abandonó el templo y se dirigió al Hostal, en cuya capilla real celebró el solemne acto académico con el que se conmemoraba el Día de la Hispanidad.

El embajador del Perú, señor Cisneros, y el de Portugal, señor Deslandes, hablaron emocionadamente de la significación entrañable de la festividad. El acto fué cerrado con un gran discurso del ministro de Asuntos Exteriores español, que aparece íntegro en las páginas anteriores.

De la profundidad, elocuencia y entusiasmo de las alocuciones de los embajadores son expresiva muestra las palabras que se recogen en continuación:

«Debemos hacer perdurar nuestra civilización occidental y cristiana. España fué siempre abanderada y pionera de esta causa. Recordemos, como única muestra, al insigne teólogo español, el padre Vitoria, considerado como el forjador del Derecho internacional, que definió las primeras normas del Derecho de gentes. La paz sólo puede ser alcanzada y mantenida cuando existan iguales condiciones de dignidad y posibilidades para todos los hombres de la tierra. Las fuerzas de desintegración afloran y se desarrollan donde se quiere imponer la obligación de no reclamar ni pan, ni cultura, ni necesidades mínimas, ni porvenir, en aras del fortalecimiento de un superestado, dominador y avasallante, que es el sueño de mentes descarriadas, que por ignorar a Cristo carecen de sentido humano y social. Frente al comunismo, agresivo y bárbaro, los continentes que unió Colón con su descubrimiento serán valla infranqueable.

Nosotros, no ellos, estamos llamados a perdurar, porque, al margen de un pasado glorioso, tenemos una doctrina que alimenta y guía nuestros pasos, y tenemos también, cada cual, una familia y un hogar que defender para que una y otro se prolonguen, a través del tiempo, en las generaciones venideras, al servicio de un mundo mejor.»

(Del discurso del excelentísimo señor embajador del Perú en España, don Manuel Cisneros.)

* * *

«Somos diferentes, es cierto. Pero ¿qué importa? Más allá de las querellas pasajeras, somos hermanos por la sangre, por la cultura y por la tierra donde hemos nacido, y como hermanos nos queremos irresistiblemente, con una sana amistad. Y la amistad más verdadera y más profunda no es necesariamente la que más se proclama, sino la que sufre con las penas del amigo y corre rápidamente a darle generoso apoyo tan pronto advina la angustia o presiente la desesperación.

Estas, las razones del corazón.

¿Y por el entendimiento? Pero miremos el mapa... ¡Qué grande es nuestro mundo y de qué fuerza poderosísima dispondríamos si la lusitanidad y la hispanidad alcanzasen, en la pluralidad de su naturaleza física, una unidad de pensamiento y de acción!

Y pueden preguntarse:

¿Por qué hemos de gravitar en órbitas ajenas, donde a veces nuestros más profundos intereses nacionales pueden ser eludidos por no coincidir con los del polo que nos atrae, en lugar de procurar en la consanguinidad, que nos ha dado rasgos de familia característicos, la fuerza que aisladamente nos falta para ser más absolutos señores de nuestros destinos?»

(Del discurso del excelentísimo señor embajador de Portugal en España, don Venancio A. Deslandes.)

La Fiesta de la Hispanidad, celebrada con gran relieve en todo el mundo y en todas las provincias españolas, contó también, en Pontevedra, con la presencia del ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, el cual cumplimentó al cardenal arzobispo de Santiago y al obispo auxiliar, inauguró el monumento a los marinos pontevedreses erigido en los jardines de Vincenti, ante el que pronunció un discurso. Momentos después, los embajadores de Costa Rica y de Honduras y el de los Estados Unidos depositaron sendas coronas de laurel ante el monumento.



El embajador de Portugal, durante el discurso. En la presidencia, con el cardenal de Santiago, los ministros de A. Exteriores y Trabajo.

El ministro de Asuntos Exteriores de España, don Fernando María Castiella, en un momento de su discurso.

El embajador de El Salvador haciendo la ofrenda al Apóstol Santiago. A la derecha, el Cuerpo Diplomático hispanoamericano, durante el acto académico.



OFRENDA AL APOSTOL



Los embajadores de El Salvador y Costa Rica, en el acto de colocar una corona de flores al pie del monumento a Cristóbal Colón en Pontevedra.

FOTOS MASATS, EXCLUSIVAS PARA «M. H.»

El ministro Castiella y el Cuerpo Diplomático hispanoamericano presencian el desfile militar ante la puerta del Obradoiro de la catedral compostelana.

TODAVIA no ha muerto el León de España. Y aún se remonta a los más altos cielos el Cóndor de los Andes.

Con las palabras precedentes, pronunciadas en solemnísimas ocasión por un prelado americano, refrendó la actualidad del espíritu y la firmeza de nuestra fe misional, repitiéndolas, el eminentísimo y reverendísimo señor cardenal doctor don Fernando Quiroga Palacios, arzobispo de Santiago de Compostela, dando respuesta a la ofrenda al Apóstol Santiago hecha por el decano del Cuerpo Diplomático hispanoamericano, excelentísimo señor don Héctor Escobar Serrano, con motivo del Día de la Hispanidad, de la que son estos párrafos:

«Glorioso Apóstol Santiago:

Constituye para mí singular privilegio, que me llena de emoción, venir a haceros ofrenda de nuestra fe católica en nombre de los representantes de los países hispanoamericanos de la Comunidad Luso-Brasileña y Filipina, aquí presentes en este día, por demás simbólico, en que celebra nuestra gran familia de pueblos la Fiesta de la Hispanidad. Somos los descendientes de aquellos a quienes vos evangelizasteis, que venimos a prosternarnos ante la losa que guarda vuestros restos mortales para, reiteraros la devoción de nuestros pueblos.

Vuestro nombre es símbolo de esa unidad religiosa de los pueblos hispánicos que los vincula estrechamente. Porque vos trajisteis a España la cruz y la palabra de Nuestro Señor, dándole la unidad de fe católica que le permitió forjar su histórica grandeza, y porque vuestro espíritu ha sido inspiración, guía y amparo de las sin par hazañas que incorporaron un mundo nuevo al Evangelio.

Ningún lugar es, por consiguiente, más apropiado que vuestro templo para esta reafirmación de nuestra fe, para esta ofrenda plurinacional, que hoy se efectúa por primera vez, y que constituye, a un tiempo mismo, un fervoroso homenaje al insigne Apóstol, discípulo predilecto del Divino Maestro, y una demostración de gratitud y de cariño a la Madre Patria, forjadora de pueblos y modeladora de una cultura vasta y fuerte como el espíritu de la raza.»

* * *

«... aquí, en esta ciudad ecuménica, en la que el carácter de peregrino despierta todas las simpatías y es título suficiente para recibir todas las atenciones, había siempre delicadezas especiales, nacidas de un afecto singular, para los que llegan de Filipinas o de Hispanoamérica, porque veíamos en ellos a hermanos nuestros amadísimos, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, que se honraban en considerar a nuestro Santo Apóstol como su padre en la fe y que le invocaban y se encomendaban a él en nuestro propio idioma.

... Escucharéis aquí la voz de nuestro Apóstol, que os recuerda la misión asignada por la Providencia a la gran familia de los pueblos católicos de la Hispanidad, que consiste en infundir en el mundo de hoy el espíritu cristiano que a ellos los anima, para que no perezca asfixiado por el materialismo, que amenaza invadirlo todo.»

En estos términos se expresó el doctor Quiroga Palacios, haciendo vibrar, en palabras cálidas de comprensión y entusiasmo, el sentimiento que animaba a cuantos este 12 de octubre ha congregado en Santiago de Compostela.



DOS NOBEL DE MEDICINA: CAJAL Y OCHOA

La familia hispánica está de enhorabuena. El investigador español don Severo Ochoa ha sido galardonado con el Premio Nobel de Medicina. La noticia se ha producido el día 17 de octubre, exactamente en la fecha en que se cumplía el XXV aniversario de la muerte de aquel otro ilustre médico español, de aquel Robinson de la ciencia española que se llamó don Santiago Ramón y Cajal y que mereció el reconocimiento del Nobel en 1906.

El doctor Ochoa ha resaltado ahora, con ocasión de su premio, que la lectura de las obras de Cajal ha sido tal vez lo que más decisiva y fuertemente decidió su vocación científica. Afortunadamente, aquel milagro que se llamó Ramón y Cajal, nacido en un panorama de soledades, crecido como un milagro en el desierto de la investigación, echó su simiente. La escuela de Cajal, el ejemplo de Cajal, han sido norma y norte de una serie de investigadores que vinieron después. Ya no se trata, pues, de un caso aislado, del prodigio. El tiempo y el gran salto dado por España en los últimos años permiten a nuestras Universidades, Centros de Investigación y Laboratorios que hoy acuden a ellos las promociones de estudiosos, los equipos jóvenes que constituyen la gran infantería de la ciencia.

Salido de las Universidades españolas, especializado en las de Europa, con medios para sus investigaciones encontrados en las de América, el doctor Ochoa, hecho de severidad en su trabajo, como canta su nombre, constituye un ejemplo de ello.

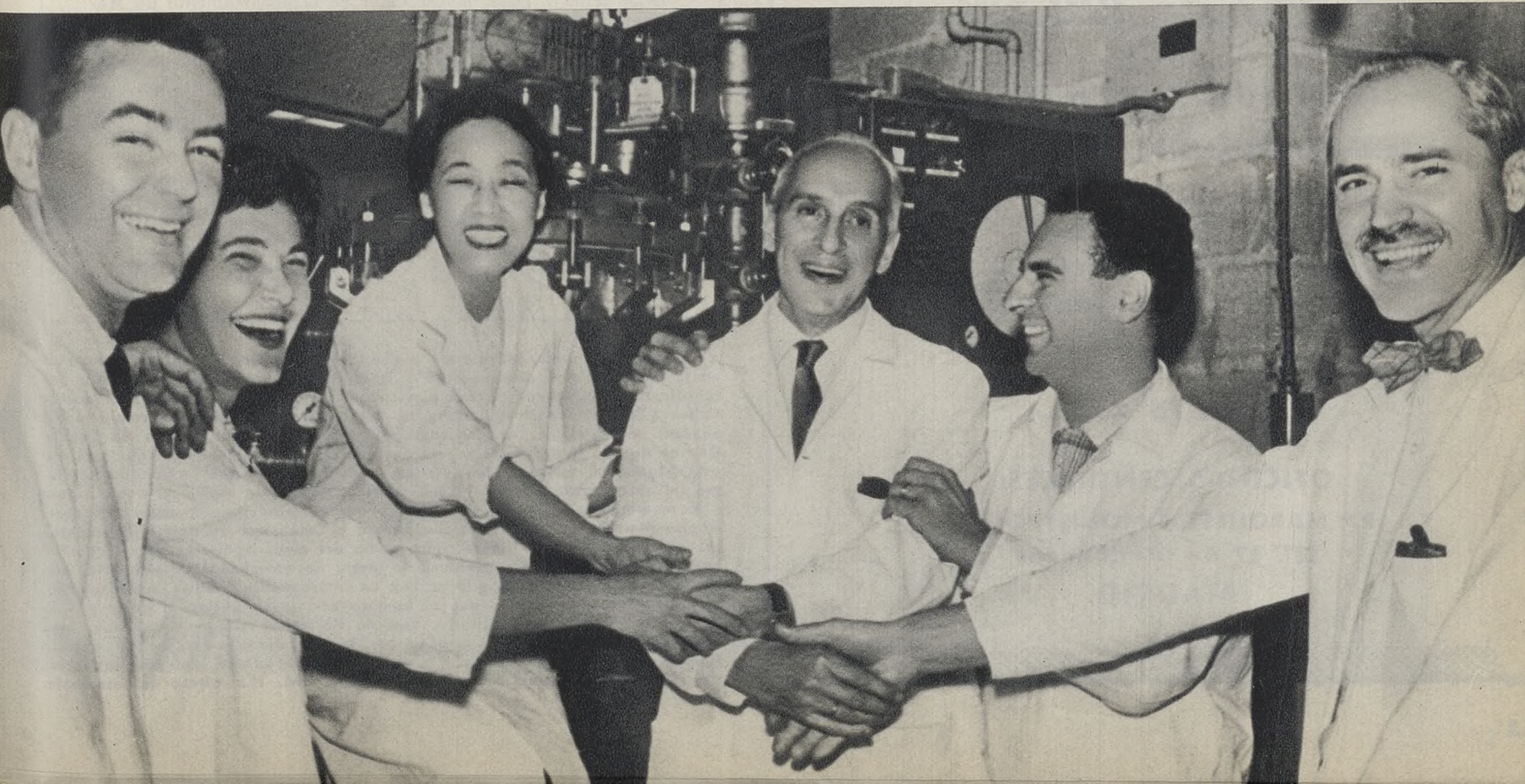
Sus descubrimientos bioquímicos relacionados con la química base

de la vida se consideran como un suceso de extraordinaria importancia para el porvenir de la ciencia. La síntesis del RNA, unas siglas que nombran el ácido ribonucleico y que hoy andan familiarizadas en las páginas de los periódicos de todo el mundo y en la voz de los locutores de todos los idiomas, ha sido conseguida por el doctor Ochoa en su laboratorio. Su especialidad, dentro de la bioquímica, es la enzimología, y está considerado como uno de los hombres de ciencia más notables de nuestro tiempo.

Al lado de esta noticia traemos una escueta autobiografía del doctor Ochoa. El hombre verdadero no cuenta nunca lo que ha tenido que trabajar, esperar, sufrir. Se da por descontado. Y elegantemente Ochoa, un hombre que, al decir de los que le trataron, despide sosiego, pasa sin darle importancia sobre los muchos años que ha dedicado a mirar amorosa, delicadamente, en los microscopios, los complejos procesos de la bioquímica. Cuando el trabajo le abrumba demasiado, cuando el esfuerzo le ha cansado, va al teatro. También, si las energías andan bajas, coge y se da una vuelta por España. Vuelve a su Asturias natal, se asoma a Luarca y, lleno de la poderosa fuerza de su tierra, vuelve al camino del laboratorio, como un escolar a quien se le terminaron las vacaciones.

Junto a este salto a la gloria del doctor Ochoa, el discípulo que honra al maestro, traemos la referencia de «Salto a la gloria», la película sobre la vida de Ramón y Cajal. Dos buenos saltos hispánicos, dos marcas que nos llenan de alegría.

Esta es la jubilosa escena del laboratorio del doctor Ochoa cuando llega la noticia de la concesión del Nobel, defendida ampliamente en la Prensa del mundo entero. El investigador y sus colaboradores hacen un alto en el trabajo para recibir a la alegría, que le sorprendió en la actitud más noble: trabajando.





Leyland Ibérica
S.A.

Distribuidores de la

**EMPRESA NACIONAL
DE AUTOCAMIONES, S. A.**

Fabricantes del camión español.

PEGASO

**AMPLIA GAMA DE MODELOS PARA EL
TRANSPORTE DE MERCANCIAS Y PASAJEROS**

ENTREGAS DEL MODELO

Z-207 de 120 CV.

**EN BREVE PLAZO Y POR
RIGUROSO ORDEN DE PEDIDO**

*Solicite información sobre sus
características técnicas
y Condiciones Generales
de Venta.*

OFICINAS CENTRALES:

P.º MARQUES DE MONISTROL, 7

Tel. 47 44 00 (5 líneas)

MADRID

AUTOBIOGRAFIA

Nací en Luarca (Asturias) en 1905 y cursé mis estudios de bachillerato en el Instituto de Málaga, del que jamás olvidaré las enseñanzas de algunos de mis maestros, en particular don Eduardo García Rodejas, joven y brillante profesor de Química. Pronto me interesé por las ciencias naturales, especialmente por la Biología, y este interés me llevó al estudio de la Medicina. Completé mi doctorado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid en 1929. La lectura de las obras de Cajal abrió para mí las puertas de un mundo que me atrajo con fuerza irresistible: el de la investigación biológica. Las enseñanzas de nuestro profesor de Fisiología, la lectura de obras por él recomendadas y una conferencia en Madrid del gran fisiólogo argentino Bernardo T. Houssay hicieron definitivamente cristalizar mi vocación. Contribuyeron no poco a ello otros de mis maestros, en particular don Teófilo Hermandó. No tuve la fortuna de recibir directamente las enseñanzas de Cajal, que se había retirado de su cátedra el año antes de cursar yo la Histología.

Comencé a iniciarme en la investigación cuando estudiaba el tercer año de carrera, en el Laboratorio de Fisiología de la Junta para ampliación de Estudios. Durante el verano siguiente trabajé bajo la dirección del profesor Noel Paton en el Laboratorio de Fisiología de la Universidad de Glasgow. Completados mis estudios universitarios, trabajé, pensionado por la Junta, en Berlín y luego en Heidelberg, bajo la dirección del profesor Otto Meyerhof, en problemas de fisiología y bioquímica muscular. Meyerhof fué el maestro que contribuyó a mi formación e influyó en la dirección ulterior de mi vida de modo más decisivo. Posteriormente, con una pensión de la Ciudad Universitaria de Madrid, trabajé en Londres en mi primer problema de enzimología con el doctor Harold W. Dudley, con quien aprendí de paso no poca química orgánica. Acababa de casarme entonces. Lo que hice de allí en adelante no hubiera sido posible sin la comprensión, el aliento constante y los acertados consejos de mi mujer, Carmen García Cobián, asturiana como yo, que hizo suyos mis anhelos y aspiraciones.

Regresado a Madrid en 1933 como profesor auxiliar de Fisiología en la Facultad de Medicina, continué mi trabajo de investigación en el laboratorio. En este período seguí como oyente los cursos de Física y Química orgánica elementales de los profesores Arturo Duperier y Enrique Moles en la Universidad Central. En 1935 fui invitado por don Carlos Jiménez Díaz a asumir la dirección de la sección de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas, recientemente establecido por él en la Ciudad Universitaria. En noviembre de 1936 mi mujer y yo nos trasladamos a Heidelberg, donde trabajé de nuevo en el laboratorio de Meyerhof; de allí a Plymouth, al laboratorio de Biología Marina, y de allí a Oxford. Desde fines de 1937 a agosto de 1940, época en que nos trasladamos a los Estados Unidos, tuve la suerte de trabajar en aquella ciudad con el profesor R. A. Peters en problemas de bioquímica cerebral y la función de la vitamina B.

Durante mi primer año en los Estados Unidos tuve la buena fortuna de trabajar en Saint Louis con Carl y Gerty Cori en problemas de enzimología. De allí pasé a la Facultad de Medicina de New York University, a comienzos de 1942, primero como investigador en el departamento de Medicina y después como profesor auxiliar de Bioquímica (1944). En 1946 fui nombrado profesor y director del departamento de Farmacología de dicha Universidad, y en 1952 ocupé el mismo cargo en el departamento de Bioquímica.

Severo Ochoa.

«Trabajar con ahínco, entusiasmo y dedicación histórica y cultural, contribuir en la medida de sus posibilidades a la investigación científica mundial e intensificar sus esfuerzos en esa dirección.» Eso es lo que aconseja el doctor Ochoa a los investigadores españoles. Las palabras del reciente Premio Nobel añaden: «En biología, en particular, no debe perderse la semilla de Cajal.» Que es una elegante, fina manera de predicar con el ejemplo. Aquí está, en esta página, su autorretrato.—Arriba, a la derecha, como lección de heroísmo, el antecedente ilustre de don Santiago. Traer de nuevo su noble figura a la memoria de todos es el homenaje que le brindamos. Y como anécdota, Adolfo Marsillach, en su papel de Ramón y Cajal, con un parecido asombroso. «Salto a la gloria» llevará, por medio del cine, la directa predicación de aquel asombroso caso de sabiduría y tesón, de genialidad sin ambiente, que se llamó Cajal. El microscopio es hoy un instrumento familiar, indispensable, el arma espléndida con la que el hombre declara su guerra al dolor y a la ignorancia. Cajal, ayer, solitario, hijo de Petilla de Aragón, y Ochoa, hoy, con equipo y medios, acompañado por la solidaridad científica de nuestro tiempo, que derribó fronteras y silencios, hijo de Luarca, son dos ilustraciones de nuestra historia científica, a la que «M. H.» ofrece su homenaje.



LINKER PRINCIPE, 4 MADRID
TELEFONO 31 35 13



Miniatura sobre marfil de 53 x 78 mm.

ORIGINAL



TRABAJO REALIZADO
MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

De sus viejas fotos de familia, así como de las actuales, se podentos hacer estas artísticas miniaturas.

**CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**

TRABAJO REALIZADO



RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

ORIGINAL



Miniatura sobre marfil de 53 x 78 mm.



el rey del Calypso...

En el Caribe, Nueva-York,
París o Roma,
para llegar rápidamente
al Teatro,
mi medio preferido
es la Vespa

Harry Belafonte



utiliza la

Vespa



MI VISITA A LAS TRIBUS CUNAS

Por el
DUQUE DE VERAGUA



A petición de unos buenos amigos, publico hoy estas curiosas fotografías y unas breves impresiones de mi visita a Panamá, realizada allá por el mes de marzo de 1954, hace ya, por tanto, más de cinco años.

Sabido es que Cristóbal Colón, juntamente con su hijo don Fernando y con su hermano el adelantado don Bartolomé, realizó el cuarto de sus viajes, allá por el año 1502, en que habría de descubrirse el

istmo de Panamá, desembarcando en la bahía que en su honor y memoria se denominaría—ya para siempre—del «Almirante». Recorrieron después todo el litoral norte del istmo, explorando el río Chagres y la bahía que el mismo Colón bautizó con el nombre de Portobelo, en recuerdo de sus años juveniles.

Descubrió después los extensos terrenos que llamó provincia de Veraguas, anotando en su «Diario» la riqueza de esta comarca. «Yo vide—dice—en la

tierra de Veraguas mayor señal de oro en dos días que en la Española en cuatro años y que las tierras de la comarca no pueden ser más feraces, ni más labradas.» Fundó allí la ciudad de Santa María de Belén, primera ciudad española en el continente americano, que pronto había de desaparecer ante las constantes agresiones de los nativos.

Pasaron unos años. Muerto Cristóbal Colón, su hermano Bartolomé pretendió de nuevo, en 1514, colonizar el territorio. Pero cuando llegó el permiso del

La escena recoge un momento de la llegada a las islas del duque de Veragua, con el almirante Milton E. Miles y el conde de Rábago, embajador de España. En la página anterior, el duque en el mercado de joyas de una de las islas.

Rey Católico ya había fallecido Bartolomé Colón.

En 1520, la virreina doña María de Toledo, mujer de don Diego Colón, hijo legítimo del almirante, solicitó de nuevo el real permiso. Su pleito con la corona, que con tanto afán y constancia siguió doña María, hizo que esta autorización se extendiese a nombre de don Felipe Gutiérrez, fundador de la ciudad de la Concepción en 1535, que también fué destruída por el cacique Dururúa...

Un año después, en 1536, don Luis Colón, hijo de los virreyes don Diego Colón y doña María de Toledo, fué reconocido como señor de las tierras de Veraguas con el título de duque, marqués de la Jamaica y almirante de la Mar Oceana. Arreglos posteriores con la corona hicieron que el territorio de Veraguas se incorporase al gobierno de Tierra Firme a cambio de una renta adecuada, que fué transmitida a los descendientes del descubridor, de generación en generación, hasta tiempos cercanos.

Cuando su descubrimiento se calculan en sesenta las tribus que ocupaban la provincia de Veraguas. Los pueblos que ocupaban la zona del Pacífico hasta el río Chagres se derivaban de los **nahuas** y de los **mayas**, y los del lado de las Antillas se derivaban de los **caribes** o por lo menos tenían gran influencia de los mismos.

Los actuales **cunas** de San Blas (en la costa norte de Panamá correspondiente a la provincia de Colón) provienen de las antiguas tribus de la costa atlántica. Yo tuve la ocasión, gratísima e inolvidable, de visitar estas tribus en mi viaje del año 1954, acompañado del embajador de España, conde de Rábago.

En el caliente paisaje isleño, el embarcadero ofrece este contrapunto de las barcas primitivas y elementales, condecoradas por el aroma, el sueño y la leyenda, y la silueta del pájaro mecánico posado pacíficamente en la tranquilidad del mar.



Es la hora solemne de la tarde, cuando el crepúsculo tropical incendia el aire y pone melancolía en el corazón. Al final de la jornada de pesca, ellos recogen la reluciente mercancía del mar, con faena de tanto esfuerzo conquistada.

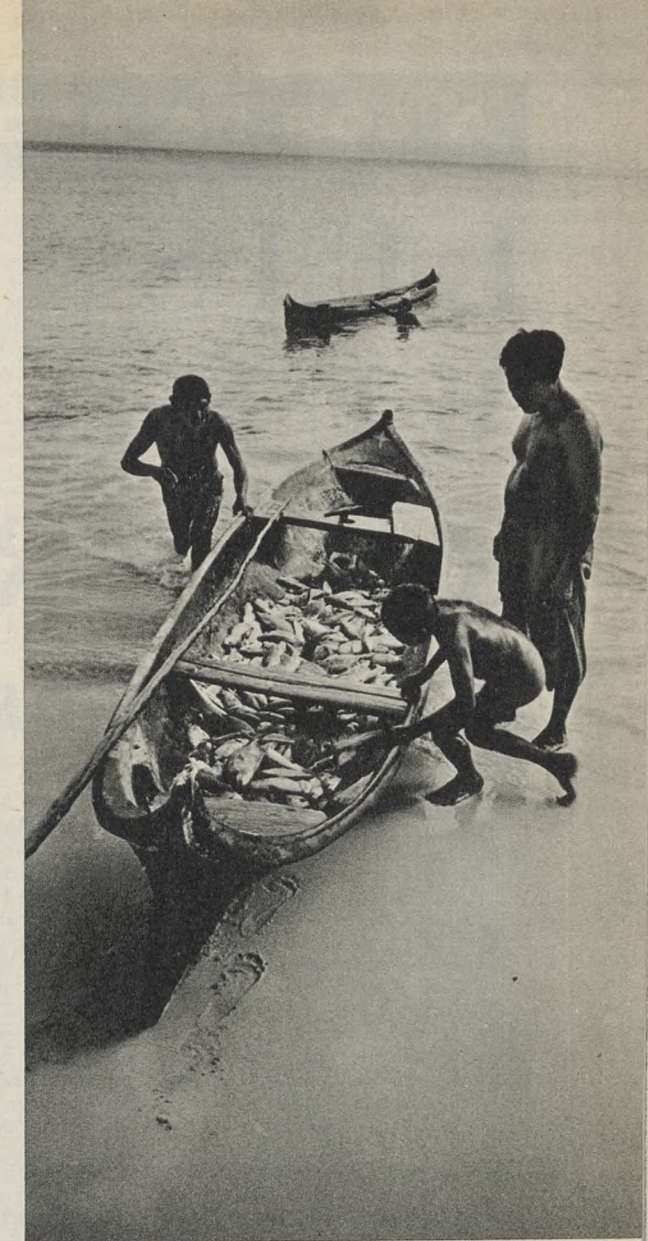
bago. En la ciudad de Colón, donde fué declarado «huésped de honor», se me entregaron, con artístico pergamino, la llave de la ciudad (que conservo entre mis recuerdos más queridos), en sesión del Municipio, y por el cacique de la isla de Tigre, Iguatinguipilele, el bastón de mando de las tribus cunas de Blas, pronunciando un breve discurso en su idioma, al que yo contesté con una frase en el mismo, difícilmente aprendida, para corresponder a su gentileza: «Añeri togue», que creo quiere decir: «Placer en saludarle y verle bien.»

La mujer cuna de hace trescientos años se pintaba dibujos varios en todo el cuerpo, reservando el de animales para el rostro. Hoy en día estos dibujos se han reducido a una línea en la nariz para hacerla más larga a la vista, signo indiscutible de belleza para los cunas.

Posteriormente, al empezar a usar vestidos, los dibujos, extraños y vistosos, fueron adorno principal de los taparrabos. Aún en el pasado siglo era frecuente el uso de la blanca «mola» (especie de camisa o blusa) con su franja estrecha de colores en los bordes. Hoy estas «molas» blancas aún se usan en las ciudades de las montañas, donde el arte del trabajo de la aguja no se ha desarrollado todavía. Generalmente las «molas» se adornan con los más dispares dibujos, admirablemente entrelazados con los más vistosos colores.

Pasados ya cinco años desde aquella visita, gusto contemplar, entre tantos recuerdos de mis viajes, aquella llave, aquel bastón de cacique y aquellas «molas», que me hablan constantemente de la tierra maravillosa de Veraguas, descubierta por Cristóbal Colón en su cuarto viaje a América.

En las islas de San Blas ésta es una escena frecuente. El buceador ha recorrido los profundos y difíciles itinerarios de las aguas, y exhibe ahora en sus manos de yodo un espléndido ejemplar de langosta como un trofeo valioso de las aguas.



A LOS 116 AÑOS

LUIS MUÑOZ RIVERA

EL PROCER DE PUERTO RICO

EL Gobierno y el pueblo de Puerto Rico están celebrando este año el centenario del nacimiento de don Luis Muñoz Rivera, figura prócer de la nacionalidad puertorriqueña, en quien se da la doble circunstancia de haber sido el principal negociador y miembro del Gobierno autónomo de la isla en tiempos de España y de ser padre del actual gobernador de Puerto Rico, don Luis Muñoz Marín.

Como es sabido, Puerto Rico no recurrió nunca a las armas contra España, sino que logró su autonomía dentro de la monarquía española, en una forma análoga a la de los dominios ingleses o la actual constitución de la Unión Francesa en África. Don Luis Muñoz Rivera negoció esa autonomía con el partido liberal español y formó parte del Gobierno autónomo de Puerto Rico, constituido en 1897 por decreto de don Práxedes Mateo Sagasta y la reina regente Doña María Cristina. Ocupada la isla por el ejército norteamericano durante la guerra de Cuba en 1898, Muñoz Rivera se consagró a mantener la personalidad hispánica de Puerto Rico bajo la nueva soberanía. A la distancia que dan ya los hechos, puede asegurarse que Muñoz Rivera y quienes le han sucedido han conseguido su objetivo fundamental hasta el presente.

MUNDO HISPANICO se une a la celebración puertorriqueña, publicando el adjunto artículo del doctor Salvador Arana Soto, uno de los más agudos glosadores actuales de la vida y la política de Puerto Rico.

EN este año de 1959 celebra Puerto Rico el centenario del natalicio del más grande de sus hijos, Luis Muñoz Rivera, padre del actual gobernador del país, Luis Muñoz Marín. Como esta isla española, pudiera muy bien celebrarlo también la nación descubridora, de quien fué, en momentos muy difíciles de su historia, uno de los grandes sostenedores. «Este ilustre puertorriqueño—dijo *El Globo*, de Madrid, en 1897—, que ha hecho por su país en su corta vida más que cien generaciones de paisanos suyos en los siglos transcurridos, sobreponiéndose a las circunstancias, prosigue su obra fecunda con una firmeza que excede a toda ponderación. A él deberá la hermosa isla de Puerto Rico el título inapreciable de su mayoría de edad...»

Lo que no sabe el mundo hispánico es el esfuerzo que hizo por España, y precisamente en el momento en que se volvían contra ella las otras dos Antillas, declarándole una guerra cruel. Porque Luis Muñoz Rivera era, y nunca lo olvidó, lo mismo que su isla, un español-puertorriqueño o un puertorriqueño-español. De regreso a su tierra después del viaje que hiciera a España en 1895, declaraba: «Regreso a los trópicos tan español como siempre y más puertorriqueño que nunca.» Para esa época ya había definido su política. El, para quien «el deber de los hombres políticos es obtener, por medios honrados, el mayor caudal de fuerza para implantar sus ideales en la sociedad en que trabajan», quería «establecer en el país la preponderancia justa, legal y legítima de los hijos del país, bajo la bandera española...», que debía sernos cara cuando la viésemos tras el prisma del gobierno propio, de las leyes democráticas, de la imprenta libre y del amplísimo sufragio.

A la nación descubridora decía: «España, nosotros queremos educar y redimir a nuestros hermanos; formarlos en la escuela y en el taller, en el estudio y en el trabajo; levantar con ellos una sociedad de hombres libres: desarrollar las virtudes cívicas que poseen por instinto; vestirlos, nutrirlos, que tengan vigor, que tengan sangre, que sepan escribir, que sepan leer, que lleguen a sentirse orgullosos de su abolengo castellano al penetrar en tu historia y al admitir tus proezas legendarias.» Y a sus compatriotas: «Nuestra isla, sin convulsión, sin lucha, sin sacrificios, sin horrores, sin lágrimas, se constituirá en política de

un modo definitivo y entrará con planta firme a resolver sus propios asuntos y a fijar sus doctrinas en el porvenir...»

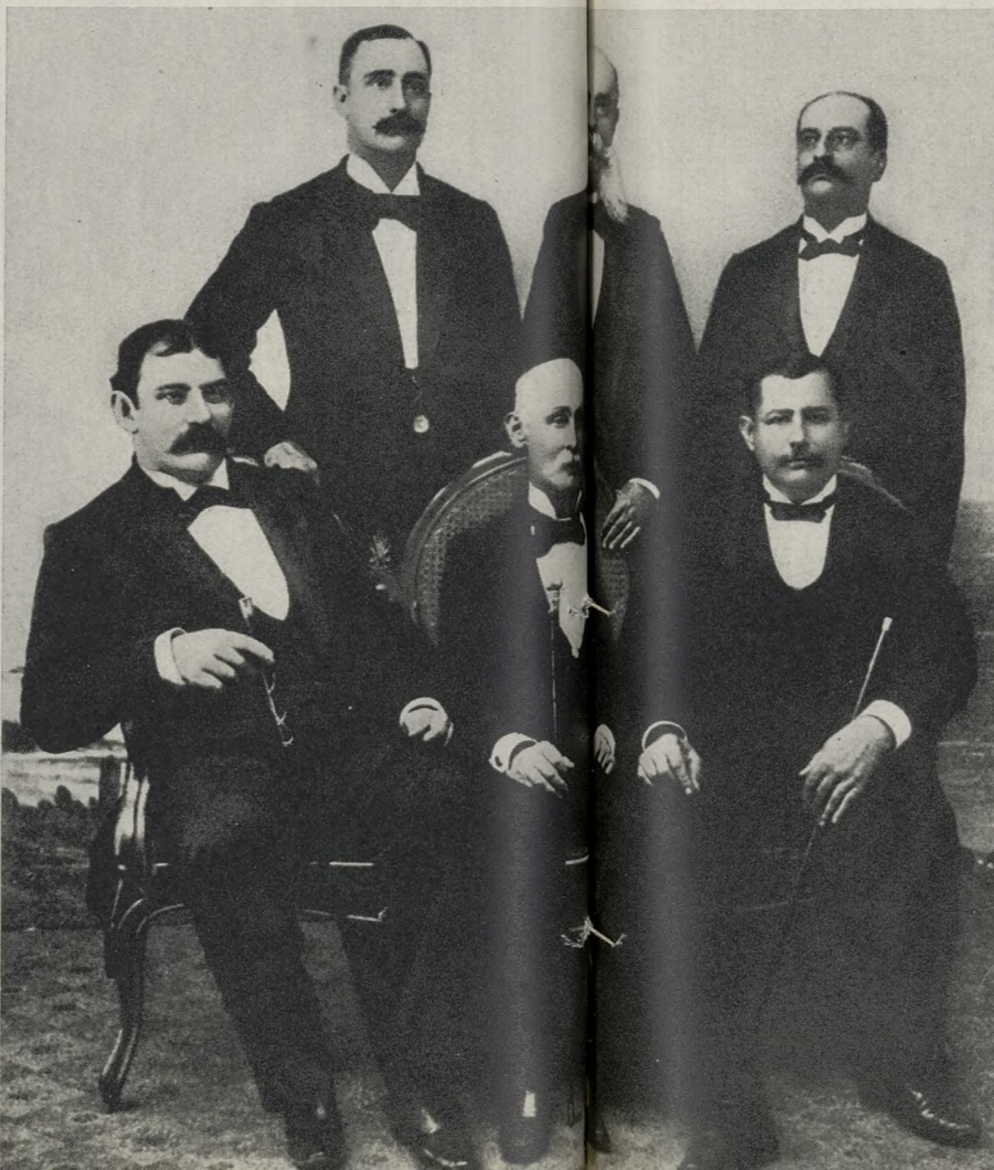
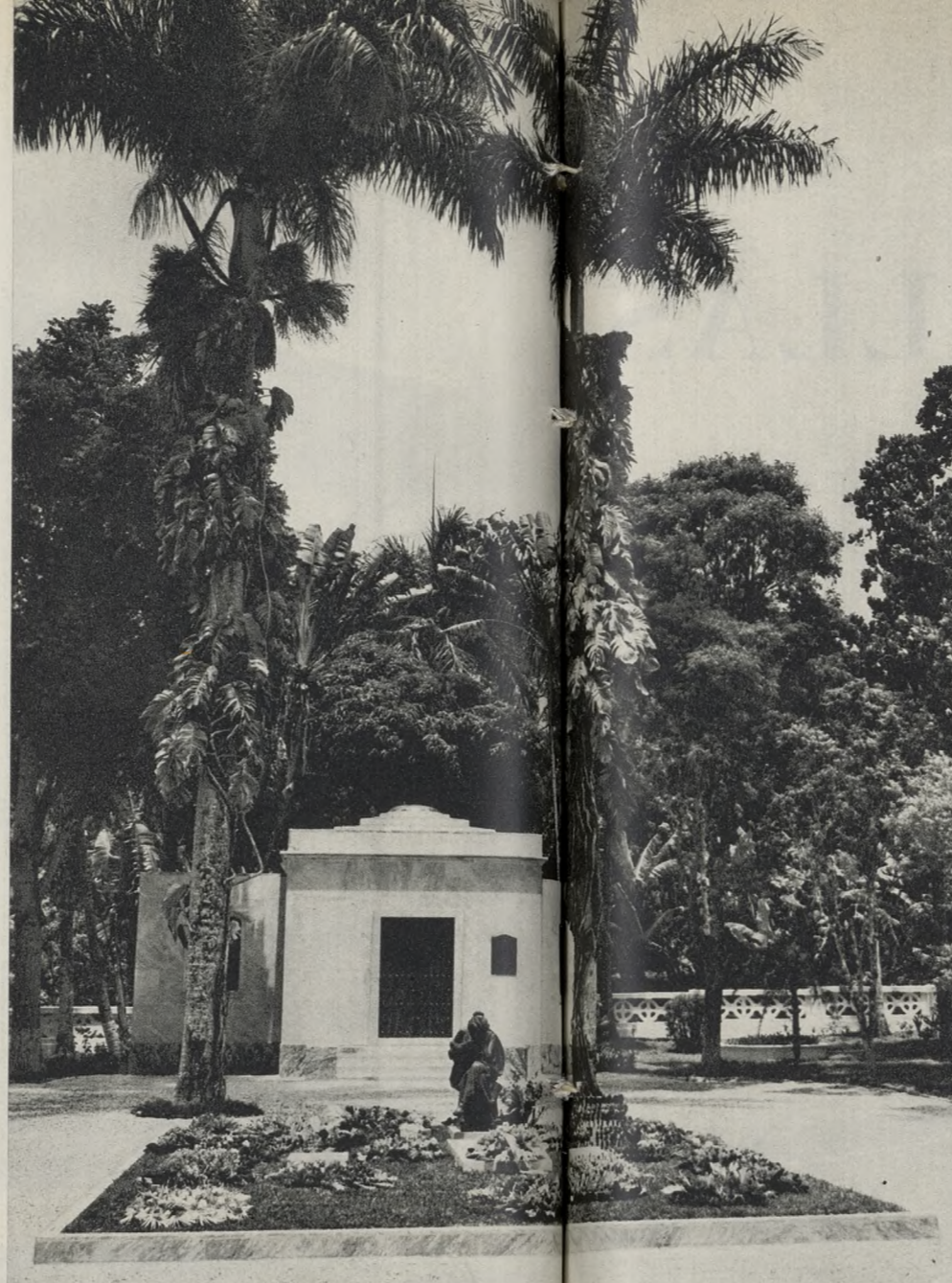
Y a don Miguel Moya le escribía el 14 de abril de 1897: «La política nuestra será la política española. Claro que los moldes no resultan excelentes; pero ¿hay otros mejores? La isla responde de un modo admirable. Mi propaganda de seis años preparó los espíritus; la guerra de Cuba completó la obra. Y hoy ningún hombre de juicio piensa en convulsiones ni en revoluciones: se quiere la paz, se quiere la libertad, con la soberanía española como base. Sin eso, ni aun la autonomía más franca aceptaríamos.

«Sólo con la esperanza de que se nos trate bien ya no existe el temor de una revuelta; ya nadie siente antojos separatistas. El país es español y lo será siempre, si España misma, engañándole, no le arroja al abismo en que Cuba se arruina y se pierde.

«En nuestra revolución, he ahí lo importante, lo trascendental; en lo que tiene de político, el movimiento es útil, fecundo, conveniente; en lo que tiene de patriótico, es noble, amplio, generoso, porque a la metrópoli y a la colonia evita sangre y lágrimas; porque convierte a Puerto Rico en un pedazo de la patria, y a los puertorriqueños, en españoles de veras, como usted, como el propio Sagasta y el propio Cánovas.»

Tal era su política a fines del siglo cuando en la vecina isla de Cuba corría la sangre española y cubana a torrentes. Odiaba la violencia; nada podía conseguirse por ella que no se pudiese conseguir también por medio de la palabra y la diplomacia. Y nunca le parecía tan odiosa como cuando la ejercían hermanos contra hermanos; no la concebía entre españoles y puertorriqueños. Constructor, edificador por naturaleza, le parecía el peor de los crímenes el del que destruye la obra ya hecha. No concebía que destruyésemos los puertorriqueños en la menor parte la obra de España en América, máxime cuando la obra

El Gobierno autónomo de Puerto Rico, constituido en 1897, dentro de la monarquía española. De izquierda a derecha, sentados, Luis Muñoz Rivera, Francisco Mariano Quiñones y Manuel Fernández Juncos. De pie, Juan Hernández López, José Severo Quiñones y Manuel F. Rosay. Muñoz Rivera era secretario de Justicia y de Gobernación.



Esta es la tumba de don Luis Muñoz Rivera, en Barranquitas. El frondoso paisaje pone su escenario natural, haciendo de este rincón una especie de aparte bucólico. «Regreso a los trópicos tan español como siempre y más puertorriqueño que nunca», había dicho. Y ahí, en el trópico, permanece en su tumba, anclado en su propia tierra.

de España en América era nuestra propia obra.

Por estas razones propuso, como solución al problema político de su país, el pacto con el partido liberal fusionista de Sagasta, que vino a ser realidad en 1897, y gracias al cual subieron al poder los liberales autonomistas puertorriqueños por primera vez en un cuarto de siglo, quedando zanjadas las diferencias entre los dos países. Poco después firmaba la reina el decreto autónomo, en noviembre del mismo año, y la autonomía venía a manos de la mayoría del país, que era liberal. Pero en abril del año siguiente los Estados Unidos declaraban la guerra a España, y meses después se venía abajo el edificio con tanta paciencia construido por los puertorriqueños al firmarse la paz entre los dos países y pasar esta isla a poder de los vencedores. Hasta el último

momento cumplió Luis Muñoz Rivera con su deber; declarada la guerra, «al frente de los empleados del Ministerio de la Gobernación, se alistó en el batallón de Tiradores de Puerto Rico, ofreciendo su vida y hacienda en honor a la bandera que entonces tremolaba en los castillos isleños», escribe un autor.



Esta es una perspectiva del despacho de don Luis Muñoz Rivera, tal y como ha quedado instalado en su casa natal de Barranquitas, Puerto Rico, al celebrarse el centenario de su nacimiento. En él se han reunido una valiosa serie de recuerdos y documentos. Presidiendo la sala, el retrato de don Luis Muñoz Rivera.

Y perdida la guerra para España y consumada la ocupación de la isla de Puerto Rico por las tropas norteamericanas, Luis Muñoz Rivera tremolaba la bandera del regionalismo, oponiéndose a la absorción del país por el invasor, preservando la personalidad de la isla. A él debemos que todavía hoy, sesenta años después, sea aún el país más español del mundo, después de la misma España; a él le debemos que la pequeña isla no pierda la esperanza de jugar algún día un papel útil en el concierto de los países hispánicos.)

Todavía en el año de 1907, ocho después de la invasión, declaraba en una fiesta en el hotel Inglaterra: «Mis enemigos, creyendo ponerme en pugna con las autoridades americanas, me acusaron de *españolizado*. Yo desdeño el epíteto, que es una injuria. Españolizado no; soy español por la sangre de mis abuelos, por mi culto a las artes y a las letras, por mis sentimientos de simpatía hacia los civilizadores del hemisferio en que llegué a la vida; por mi penetración con los caracteres distintivos del alma ibérica. Renegar de esto sería como renegar de mí mismo.»

Por todo esto se le ha podido llamar un «gran caballero de la raza». Por todo esto pudo decir Evaristo Ribera Chevremont: «Muñoz Rivera era español; su corazón y su plectro tenían el temple de una espada de Toledo. Nos recuerda a los bravos capitanes de la conquista. Su figura férrea y soberana pasa por entre el estruendo y los humos gloriosos del Romancero.»

Y por todo esto, digo yo, podría con mucha

Domingo a fines del siglo pasado, muchas amarguras se hubiesen evitado a sí mismos y a la madre patria. De haberlos tenido las provincias españolas de América a principios del mismo siglo, cuando Napoleón ocupaba todavía España, se habrían evitado aquella cruel guerra fratricida, los sangrientos corolarios del caudillismo y los bochornos de la intervención imperialista extranjera. De haber tenido aquellos países hombres como Luis Muñoz Rivera, otra habría sido la historia de América y de España. Con hombres como éste no se habría debilitado el mundo hispánico, convirtiéndose en una dispersión de regiones hostiles entre sí, a merced de despóticos caudillos, víctimas del filibusterismo internacional, ni habría quedado la madre patria relegada a la condición de débil potencia europea. Con hombres como Luis Muñoz Rivera se hubiese conservado el mundo hispánico como una íntima asociación de pueblos hermanos... Y con tales Españas el papel que hubiesen jugado en el mundo los países imperialistas, como Alemania, Estados Unidos e Inglaterra, hubiese sido poco menos que indiferente, y poco podría preocuparnos hoy el peligro que representa la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El mundo hispánico no hay duda que crecerá y se desarrollará. Algún día sacará sus cuentas y se preguntará a qué hombres, después de los descubridores y conquistadores, se ha debido tan ingente edificio; qué hombres tendieron a destruirle, aun con las mejores intenciones, y cuáles contribuyeron a fortalecerle y conservarle. Entonces veremos levantarse sobre la cumbre de la cordillera borincana la ingente figura del prócer puertorriqueño, para tomar su elevado puesto entre los más grandes de la América española. Pero no es necesario esperar tan fausto acontecimiento para que España, que es la madre, recuerde desde ahora a uno de sus mejores hijos.

SALVADOR ARANA SOTO
(Fotografías: INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA)

PUERTO RICO

LAS MURALLAS DE SAN JUAN

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

El capitán de la española Infantería y doctor en Historia don Juan Manuel Zapatero y López de Anaya, erguido sobre las murallas, casi a pico sobre el mar, peroraba con el entusiasmo de un vidente en aquella mañana cálida y azul de Puerto Rico. Estábamos en lo alto del «Caballero San Miguel», sobre la mole pétreo del castillo de San Cristóbal, volviendo nuestros ojos hacia los cuatro vientos, sobre la tierra y sobre el mar. Se distinguían, uno por uno, todos los baluartes septentrionales de las murallas de San Juan, recortados sobre las rocas y el Océano, y al fondo se divisaba el fuerte de San Felipe del Morro, levantando su masa amarillenta sobre el glacis verde de un campo de golf. El fuerte soplo de la brisa cubría de espuma los arrecifes allá abajo y hacía temblar de inspiración al capitán Zapatero, allá en lo alto, como si fuese una bandera.

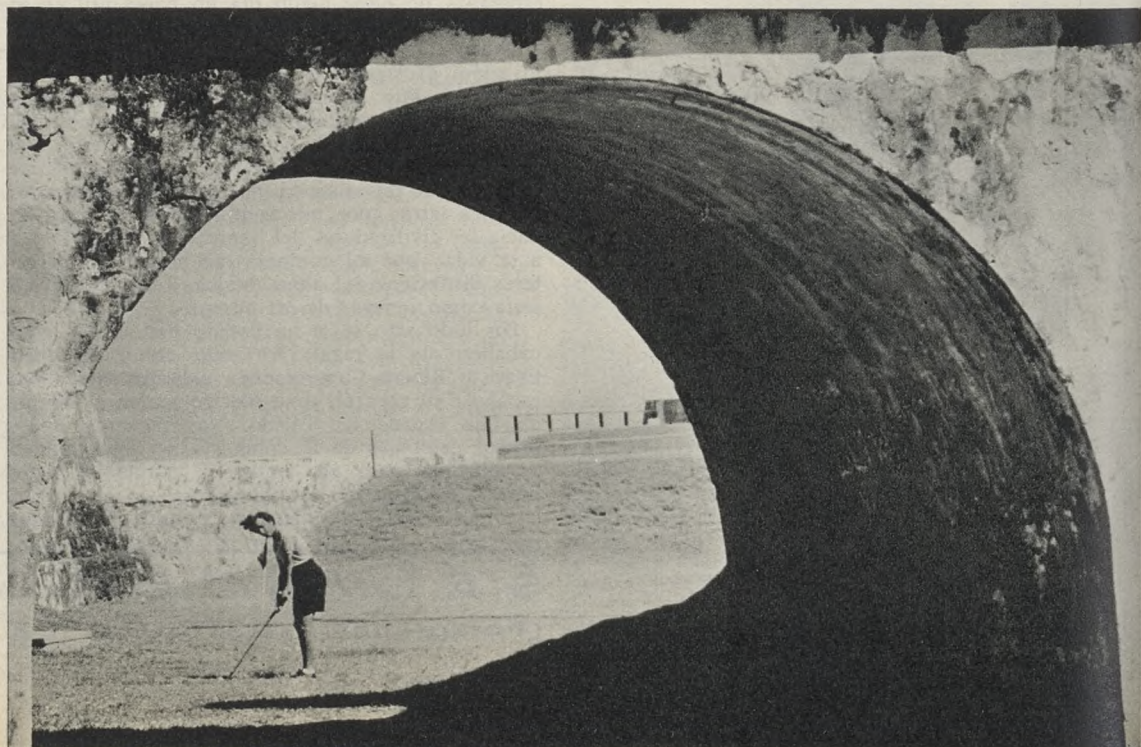
Valía la pena aquel rapto de emoción. Doce años de estudio sobre los archivos de ultramar en nuestro Servicio Histórico Militar, aprendiéndose de memoria todos y cada uno de los planos de los castillos españoles en América—desde la Florida y las Antillas hasta la Tierra Firme, el Pacífico y el Plata—, recibían aquella mañana su primera comprobación en la realidad, la transformación de los dibujos pálidos en macizos volúmenes, en baluartes y baterías, en troneras y garitas bajo el sol.

«Este es el primitivo fuerte de San Cristóbal, que se construyó en los primeros años del si-



glo XVII, bajo la dirección de Sancho Ochoa, para defender la ciudad por la parte de tierra, tal como el Morro la defendía por el mar.» «Esos baluartes y revellines de San Carlos y la Trinidad fueron añadidos entre 1766 y 1779, según los planos del mariscal de campo O'Reilly, realizados por el ingeniero militar Tomás O'Daly, para reforzar y adelantar las defensas de San Cristóbal, comprometidas por un *padrastró* o cerro que ahí había.» «Mirad todavía más lejos los fuertes de Santa Teresa y la Princesa, avanzados sobre una playa que podía facilitar un desembarco, y ese otro curioso fortín llamado "El Abanico", construido en 1781 por el sucesor de O'Daly, el teniente coronel de Ingenieros don Juan Francisco Mestre, según el sistema del ingeniero francés Trincano, para dominar definitivamente los accesos de la plaza fuerte desde tierra. Entre estos fuertes y el castillo de San Cristóbal propiamente dicho se trazaron sendos sistemas de comunicaciones cubiertas y unas cortaduras, según el sistema de Sala, cuyos restos son visibles entre la alta hierba y las modernas construcciones.» «Allá abajo, más o menos donde ahora está el Instituto de Cultura Puertorriqueña, se alzaba el gran revellín del Príncipe, custodio de las Puertas de Tierra y de Santiago, que abrían el camino real hacia el Puente de San Antonio y el Hato del Rey, más o menos por las actuales avenidas de Ponce de León y Fernández Juncos.» «Un poco más lejos estaba el baluarte de Santiago, junto

Arriba: Vista aérea del castillo del Morro de Puerto Rico.—Abajo: Deporte junto al puente.—A la derecha, las monjas del Hospital de la Concepción tremolan la bandera española, saludando la entrada del «Virginia de Churruca». Preparativos de golf en la arena del Castillo y vista aérea de San Juan.





al teatro Principal, que todavía subsiste, en el ángulo de las murallas sobre la bahía, zona que fué destruída en 1897 para permitir el ensanche de la ciudad.»

Ante las preguntas de Ricardo Alegría, director del Instituto de Cultura Puertorriqueña, y las de Julio Marrero, historiador del Morro, el capitán Zapatero nos iba revelando los secretos de la construcción y de la historia de los castillos españoles de Puerto Rico. Se conocía como su casa propia todos los rincones y los subterráneos de la inmensa fortificación, sin haberlos visto nunca más que en los planos de los ingenieros españoles de los siglos XVII y XVIII, admirablemente trazados, eso sí. Hablaba el capitán Zapatero con pleno dominio científico y con una contenida pero ardiente emoción patriótica. Su entusiasmo se nos contagiaba, bajo el incedio del sol, al grupo de amigos que le acompañábamos en lo alto del «Caballero San Miguel».

MURALLAS IMPERIALES Y CATOLICAS

Y es que era hermoso realmente sentir bajo nuestros pies, en aquellas pétreas estructuras, el latir de cuatro siglos de imperio y de cristiandad. España fué a América principalmente por móviles religiosos, admirablemente conjugados con la función política y la colonizadora, en su arquitectura de Estado-misión. Sus dominios estuvieron siempre bajo la advocación de Dios y de sus santos. Por eso las fortificaciones de San Juan de Puerto Rico, como casi todas las demás de América y de España, reúnen en los nombres de sus baluartes a una buena parte de la corte celestial.

Estábamos en San Miguel, que es el arcángel más alto, coronando a San Cristóbal, que es el mejor mozo de los santos conocidos. A nuestro lado estaban San Carlos, la Trinidad y Santa Teresa. Desde San Cristóbal hasta el Morro, que pertenece a la advocación de San Felipe, corrían los baluartes de San Sebastián, Santo Tomás, las Animas, Santo Domingo, Santa Rosa y San Antonio. En el Morro existen los bastiones de Santa Bárbara y Santa Teresa, ésta por segunda vez, prolongados luego por los baluartes de Santa Elena y San Agustín, para llegar al de Santa Catalina, que era la Real Fortaleza, y al de la Concepción, también llamado de las Monjas. Siguen en pie, frente a la bahía, los bastiones de San José o de las Palmas y de San Justo. Allí abajo, en la Puntilla, estuvo la batería de Santo Toribio, y al otro lado de la boca del Morro se alza el castillete del Cañuelo, cuyo verdadero nombre es el de San Juan de la Cruz. San Jerónimo y San Antonio dieron sus nombres a los dos fortines avanzados de la primera línea de defensa por tierra, junto a la laguna del Condado, cerca de la cual existía también, por cierto, la batería de San Ramón. Es lástima que los derribos de 1897 destruyeran el gran baluarte esquinero de nuestro patrón Santiago; pero el anillo sacro-castrense de la ciudad está todavía casi entero, erizando sus murallas con nombres de santos, a modo de una artillería celestial.

Y como no se cree de veras en Dios si no se cree también en el demonio, el mismísimo diablo no podía faltar en nuestras católicas murallas. El pueblo coloca la leyenda de una garita del Diablo en el castillo de San Cristóbal, en un resto del antiguo fuerte del Espigón, construído



en el siglo XVII, y que quedó sin función táctica en las reformas de finales del siglo XVIII. Aquella garita tétrica, perpetuamente en sombras, merece la leyenda popular; pero el capitán Zapatero le quita su nombre luciferino y se lo da a una batería emplazada en el castillo de San Felipe. En todo caso el diablo sigue en las murallas, como Dios manda.

OBRA DE TRESCIENTOS AÑOS Y DEL «SITUADO» DE MEXICO

«A Dios rogando y con el mazo dando», dice un españolísimo refrán. Junto a las oraciones y encomiendas de su fe cristiana, España supo usar en todo tiempo de los mejores recursos de los artilleros y los ingenieros militares. El Caribe era el tendón de Aquiles del Imperio español en América, y Puerto Rico era la llave del Caribe. Había que defender a San Juan, tanto o más que a Santo Domingo, La Habana o Cartagena de Indias, contra los ataques de los ingleses y los holandeses. Tenía que convertirse San Juan en una plaza fuerte de primer orden, en una «ciudad murada», como se titula el libro del buen historiador Adolfo de Hostos.

Y así se hizo durante más de trescientos años. Las defensas de la ciudad comenzaron en 1533, construyéndose la Real Fuerza o Fortaleza de Santa Catalina a la manera de un castillo medieval, todavía con una torre del homenaje almenada. Hacia 1540 se construyó otra torre parecida sobre la punta del Morro, pero solamente en 1591 el capitán Pedro de Salazar emprendió las obras del castillo del Morro propiamente dicho, de acuerdo con los planos trazados por Juan Bautista Antonelli y Juan de Tejeda en 1589, en el curso del gran viaje de estudios que hicieron por orden de Felipe II. Durante todo el siglo XVII y el XVIII continuaron las obras de mejora en el Morro y otros lugares; pero fué en 1765 cuando el gran «rey-albañil» Carlos III decidió el plan completo de las fortificaciones de San Juan, sobre los proyectos del mariscal de campo Alejandro O'Reilly y el jefe de Ingenieros Tomás O'Daly. Nombres irlandeses, por cierto, que demuestran los vastos recursos del Ejército español de aquella época. O'Reilly y O'Daly redondearon las formidables defensas de la ciudad, utilizando al efecto durante más de veinte años muchos millones de pesos de plata mexicana, procedentes del que se llamó «El Real Situado», especie de maná que sustentó durante mucho tiempo a Puerto Rico. Aún continuaron las obras bajo la guía de Juan Francisco Mestre y Felipe Ramírez, sobre todo en las llamadas «segunda» y «primera» línea de la plaza, hasta el extremo de la isleta de San Juan. Todavía en 1896 se remodelaron muchos bastiones, acomodándolos a los emplazamientos de la artillería moderna, y se construyeron cuarteles, hospitales, polvorines y depósitos de todo tipo, hasta completar una de las plazas fuertes más importantes del mundo.

Según Adolfo de Hostos, hacia 1850 el sistema defensivo de San Juan se componía de los siguientes elementos: una ciudadela, un castillo, seis fuertes, once baluartes, cuatro semibaluartes, tres revellines, ocho emplazamientos para baterías independientes, una contraguarnida, cuatro polvorines, un muro de cerca de toda la ciudad, tres líneas defensivas, ocho casas de guardia y numerosos edificios militares complementarios. Todas estas construcciones y sus anejos ocupaban una superficie de cerca de 108 hectáreas (266 acres), mientras que la ciudad propiamente dicha apenas abarcaba la cuarta parte de esa extensión. Un cálculo aproximado fija en un mínimo de 400.000 metros cúbicos de piedra, arena y cal los empleados en la fortificación, sin contar los ingentes movimientos de tierras. Una obra realmente ciclópea para los recursos mecánicos de aquellas épocas. Otro cálculo que ofrece Hostos con detalle, basándose en los inventarios españoles de 1898, supone que en las fortificaciones de San Juan se invirtieron nada menos que ocho millones y medio de pesos duros, de aquellos duros españoles de plata de ley, a los que hoy tendríamos que añadir probablemente dos ceros.

INEXPUGNABLES SIEMPRE, INCLUSO EN 1898

Artilladas por todos los santos y por más de cuatrocientos cañones en el siglo XVIII—muchos menos, como es lógico, con la artillería moderna—, las murallas de San Juan resistieron victoriosamente todos los ataques a lo largo de tres siglos. Drake fué rechazado por las baterías del Morro en 1595. Los ingleses de Cumberland fueron vencidos en 1598 más bien por los santos que por la artillería, ya que tuvieron que abandonar la ciudad, después de conquistada, por obra



Pero no es ahora nuestro propósito recordar los hechos históricos de 1898. Baste decir que el Morro y San Cristóbal han tenido guarnición norteamericana hasta estos últimos años, aunque ya están abiertos al público parcialmente. En el llamado antes «Campo del Morro», y ahora Fort Brooke, se levantan varios edificios españoles del siglo XIX y bastantes casas modernas para la oficialidad. El terreno está convertido en un campo de golf, único en el mundo, puesto que abre sus hoyos entre baluartes dieciochescos, en un paisaje de palmeras tropicales y mar azul. Algunos edificios militares afean los baluartes del norte en la muralla; pero el conjunto de las fortificaciones de San Juan puede presentarse como un ejemplo de respeto histórico y de buena conservación.

Otro día hablaremos más despacio de todo esto; pero hoy debemos decir que el coronel John Womack Wright, jefe del Ejército americano en Puerto Rico desde 1936 a 1939, al que el Gobierno español condecoró con la cruz de Isabel la Católica, restauró, a costa de muchos miles de dólares, los baluartes socavados por el mar. Y que bajo el mando actual del general James Winsfield Couatts, todo el Campo del Morro está sostenido como un bellissimo parque histórico, cuya gema es el enorme castillo de San Felipe, acostado como un león sobre la boca de la bahía.

Cien mil personas visitan ahora cada año el castillo del Morro, conducidas no por vulgares cicerones, sino por un brillante cuerpo de historiadores del Servicio Nacional de Parques de los Estados Unidos, que estudian cada día las fotocopias del Archivo de Indias para documentar sus explicaciones y preparan nuevos planes para la conservación y visita del grandioso monumento. Es que las murallas de San Juan son un monumento histórico y artístico de primer orden, solamente comparable en América al conjunto amurallado de Cartagena de Indias, en Colombia. Lo sabe el Servicio Nacional de Parques de los Estados Unidos, que va a invertir en los próximos años más de medio millón de dólares en un plan de conjunto. No lo ignora el Instituto de Cultura Puertorriqueña, que está creando un museo histórico en el fuerte de San Jerónimo y ha encargado varios trabajos al erudito capitán Zapatero. Lo intuyen los millares de marinos norteamericanos que visitan el Morro, mientras su escuadra está anclada en la bahía. Lo reconocen los centenares de turistas desembarcados de cualquier gran transatlántico. Lo ven y lo sienten los millares de niños de las escuelas puertorriqueñas, llevados por sus maestros en una solemne peregrinación para reconocer las huellas de su madre patria, España.

El álbum de firmas que se ofrece bajo la bóveda de la entrada del Morro registra, sobre todo, estas expresiones: «Maravilloso.» «Increíble.» «Me asombra la magnitud de esta obra.» Así es. Las piedras de las murallas de San Juan de Puerto Rico son el más elocuente testimonio de la grandeza imperial de España. El capitán Zapatero y yo, aunque llenos de asombro y hasta de orgullo, no pudimos escribir largas frases en el álbum de entrada del castillo del Morro. Sería porque nos temblaban algo las manos, porque se nos hacía un nudo en las gargantas, porque se nos apretaba un poco el corazón.

Arriba, a la izquierda: Angulos de los baluartes del norte de San Juan. Todavía las garitas de característica figura de la arquitectura militar española en América vigilan el horizonte del Caribe.—Centro, a la izquierda: Castillo de San Jerónimo, centinela del extremo oriental de San Juan para la defensa del Boquerón. Ante él se estrellaron en 1797 los efectivos ingleses de Abercromby.—Centro, a la derecha: El paso del Boquerón desde la punta del Condado, estratégico e histórico lugar, en el que se desarrollaron los más temibles acontecimientos de las invasiones enemigas contra Puerto Rico.—Abajo, a la izquierda: El castillo de San Felipe del Morro, primera edificación de Puerto Rico. En la cara del baluarte de Ochoa se conserva la lápida de bronce de las obras de 1606, ampliación de las fundacionales.—Abajo, a la derecha: El castillo de San Cristóbal, defensor del litoral del norte de San Juan. Levantado en el siglo XVIII sobre viejos cimientos del siglo anterior, fué épico testigo de la última batalla, librada en el año 1898.

Panorámica aérea de la ciudad antigua de San Juan de Puerto Rico. En primer término puede reconocerse el castillo del Morro. Detrás, la bahía y la ciudad nueva. Al fondo aparece el pico del Yunque.

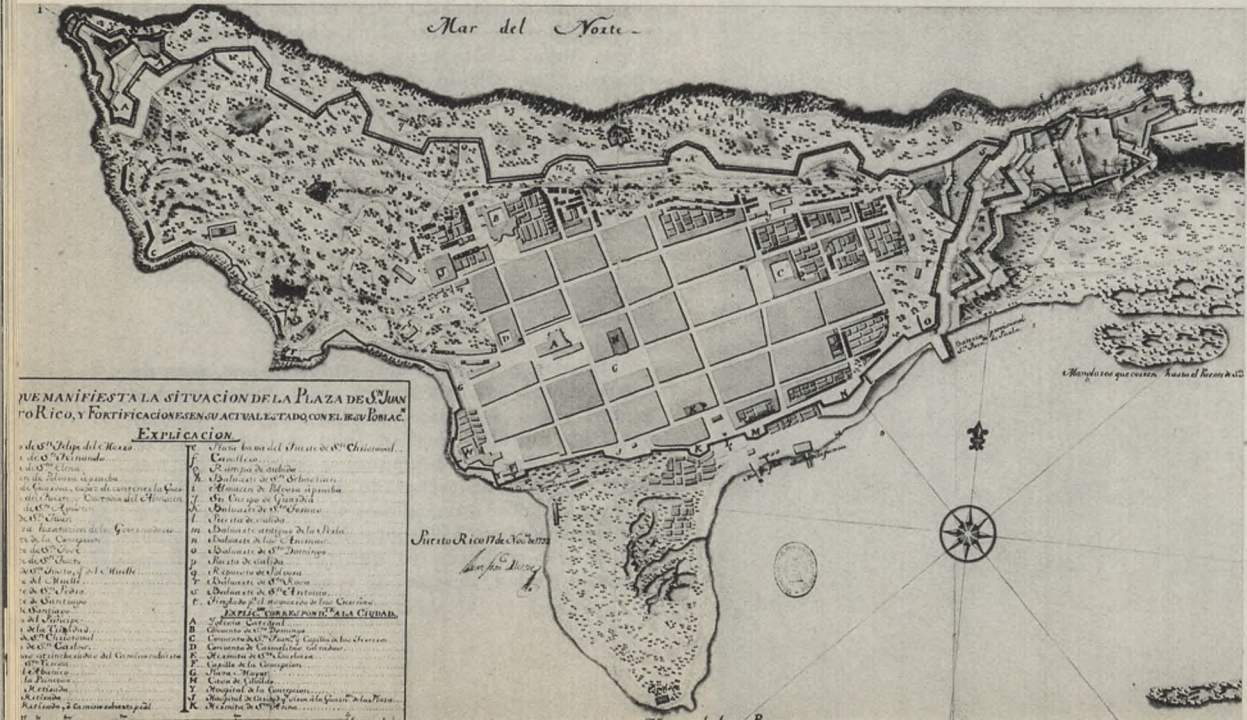
de una disentería que habrá que atribuir a alguna potencia celestial. Los holandeses de Boudewijn Hendricksz, con su flota de 17 navíos, ocuparon la ciudad, la Fortaleza y el Cañuelo, pero se estrellaron ante el Morro en 1625. En fin, los sesenta buques y los 7.000 hombres del almirante Harvey y el general Abercromby, que acababan de adueñarse de otra gran isla española, la de Trinidad, fracasaron en 1796 ante los cañones de San Antonio y San Jerónimo, sin llegar siquiera a presentarse ante los muros de San Cristóbal.

San Juan era inexpugnable, pero no solamente por sus murallas, sino también por la heroica decisión de sus habitantes, tanto los peninsulares como los criollos. Bien lo comprendió así Carlos IV, después de la defensa de 1796, cuando le

dió a San Juan el título de «Muy Leal», y ese lema que la ciudad sigue ostentando en su escudo: «Es muy noble y leal esta ciudad—por su constancia, amor y fidelidad.»

Terminaba el siglo XIX, y la bandera de España seguía flotando sobre los castillos más poderosos de América, artillados debidamente a la moderna. Fué necesario que estallara la guerra entre España y los Estados Unidos por causa de Cuba para que la supremacía naval se impusiera sobre el poderío terrestre, como tantas veces ha ocurrido en la Historia. Destruída la escuadra del almirante Cervera y comenzada la invasión de Puerto Rico por el sur de la isla, la plaza fuerte de San Juan fué entregada sin combate, aunque con todos los honores militares, en virtud de una cláusula de la paz que se firmó en París.

Este croquis ayuda a conocer en detalle la ciudad murada. La línea del sur marca las murallas que desaparecieron arrasadas en el año 1897. Viejas murallas que aún alzan en la Historia su señal heroica.

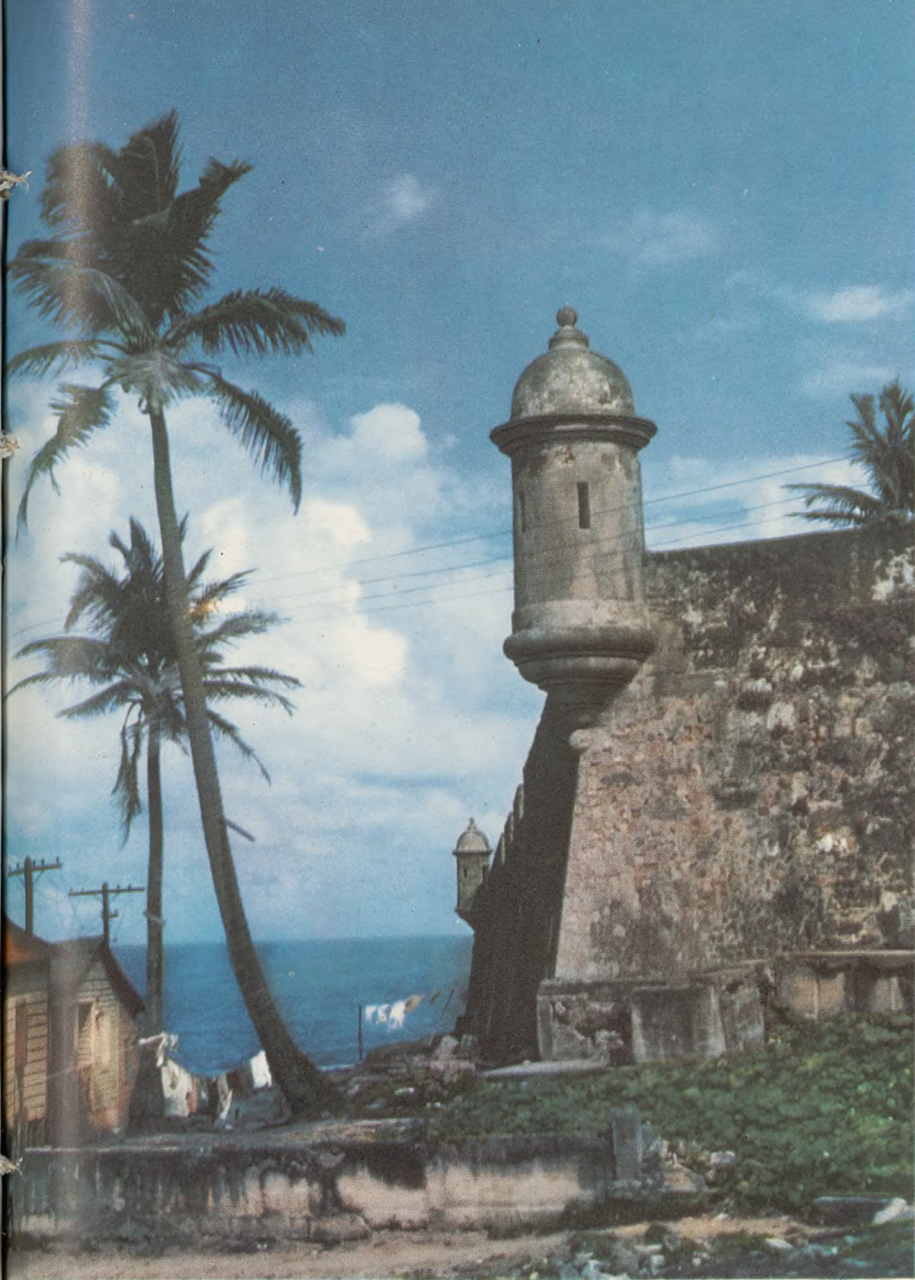


QUE MANIFIESTA LA SITUACION DE LA PLAZA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO, Y FORTIFICACIONES EN SU ACTUAL ESTADO CON EL SEÑALAMIENTO.

EXPLICACION

A. Plaza de San Juan de los Rios
B. Plaza de San Juan de los Rios
C. Plaza de San Juan de los Rios
D. Plaza de San Juan de los Rios
E. Plaza de San Juan de los Rios
F. Plaza de San Juan de los Rios
G. Plaza de San Juan de los Rios
H. Plaza de San Juan de los Rios
I. Plaza de San Juan de los Rios
J. Plaza de San Juan de los Rios
K. Plaza de San Juan de los Rios
L. Plaza de San Juan de los Rios
M. Plaza de San Juan de los Rios
N. Plaza de San Juan de los Rios
O. Plaza de San Juan de los Rios
P. Plaza de San Juan de los Rios
Q. Plaza de San Juan de los Rios
R. Plaza de San Juan de los Rios
S. Plaza de San Juan de los Rios
T. Plaza de San Juan de los Rios
U. Plaza de San Juan de los Rios
V. Plaza de San Juan de los Rios
W. Plaza de San Juan de los Rios
X. Plaza de San Juan de los Rios
Y. Plaza de San Juan de los Rios
Z. Plaza de San Juan de los Rios

LOS CASTILLOS DE SAN JUAN DE PUERTO RICO



POEMAS ANTILLANOS

CANCION DE CUNA⁽¹⁾

*A mi nieto Rogelio Lope, de dos meses,
nacido en San Juan de Puerto Rico.*

Puerto de San Juan,
Antilla dorada,
flor de lejanías
desde la terraza,
con montañas verdes,
con azules aguas.

Duerme, niño mío,
que ya la mañana
viste mediodías
de coral y nácar.

Duerme, niño, duerme
con sonrisa clara;
el ángel del aire
te mece en sus alas,
mientras yo te velo
con ojos del alma.

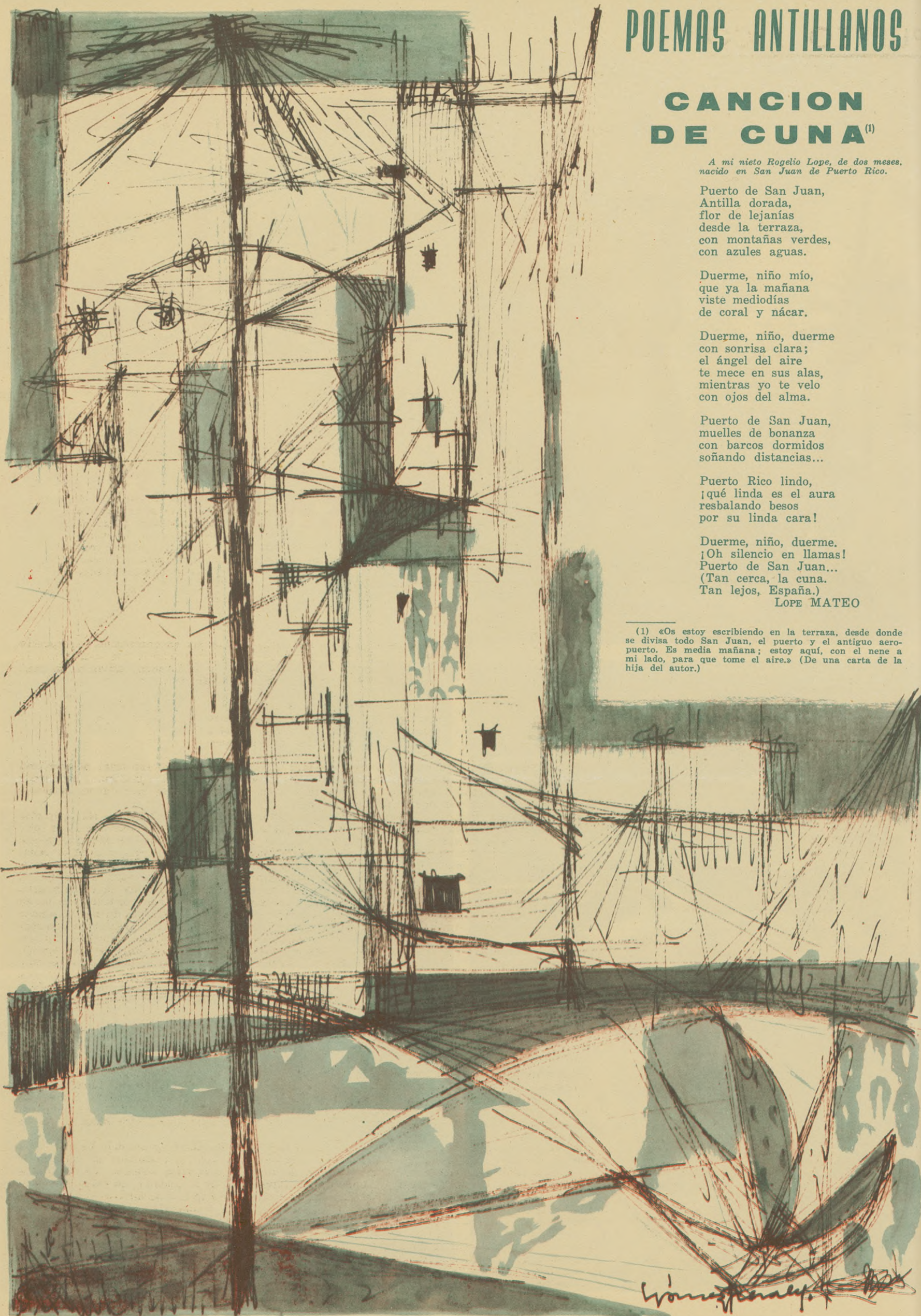
Puerto de San Juan,
muelles de bonanza
con barcos dormidos
soñando distancias...

Puerto Rico lindo,
¡qué linda es el aura
resbalando besos
por su linda cara!

Duerme, niño, duerme.
¡Oh silencio en llamas!
Puerto de San Juan...
(Tan cerca, la cuna.
Tan lejos, España.)

LOPE MATEO

(1) «Os estoy escribiendo en la terraza, desde donde se divisa todo San Juan, el puerto y el antiguo aeropuerto. Es media mañana; estoy aquí, con el nene a mi lado, para que tome el aire.» (De una carta de la hija del autor.)



W. M. Lope

FIESTAS EN LA ANTIGUA SAN JUAN

COMO complemento del reportaje de don Ernesto La Orden sobre las murallas de San Juan de Puerto Rico, damos en estas páginas un fragmento de uno de los capítulos del libro "Ciudad murada", de Adolfo de Hostos, historiador oficial de Puerto Rico, y que constituye un magnífico ensayo acerca del proceso de la civilización en la ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico en el período comprendido entre 1521 y 1898. El capítulo del que está tomado el presente fragmento es el X, y corresponde a la cuarta parte de la referida obra. "Ciudad murada" se editó por Editorial Lex, de La Habana, en 1948.

SI preguntamos cómo se divertían los primeros pobladores de la isla, encontraremos la respuesta en las *Elegías* de Juan de Castellanos. Refiriéndose a las celebraciones que siguieron a la completa pacificación de los indígenas, escribe, dejándonos ver el carácter festivo de los fundadores, en su mayor parte procedentes de la región austral de España:

*Lucen y resplandecen los arreos
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas, hay torneos,
Con grandes variedades de invenciones.*

Al respondernos que los conquistadores gustaban de mostrar su alborozo emprendiendo con preferencia los difíciles y peligrosos juegos de a caballo, en que tanto se complacían, exhibiendo su destreza como jinetes y combatientes, el poeta nos da la pauta de las festividades acostumbradas durante un largo período de la época colonial.

Prestábanse los torneos a la ostentación de la riqueza de los participantes, pues cubríanse los caballos, desde la cabeza hasta la cola, de lujosos arreos, a menudo de terciopelo de vivos colores, con guarniciones de plata, ostentándose a menudo en la frente del animal el escudo heráldico del jinete. Cubría éste su cuerpo con la mejor armadura y adornaba su cimera con el mejor penacho de plumas. No con poca frecuencia eran las justas ocasión de secretas demostraciones de amor, en las que algún participante exponía su vida con incomparable gallardía, para conquistar el corazón de alguna dama que temblaba conmovida o vacilaba en suspenso entre la concurrencia.

Andando el tiempo, y a medida que cristalizaba en sólida realidad el régimen político-religioso que daba fisonomía propia a la comunidad, las festividades de índole religiosa fueron relegando al olvido las de inspiración marcial. Los templos y los hogares de la ciudad empezaron a absorber lentamente las actividades en que sus habitantes buscaban esparcimiento. Las reuniones familiares, los saraos y las fiestas patrocinadas por las cofradías brindaban oportunidades de regocijo a las gentes en banquetes, bailes y extraordinarios servicios religiosos. Distinguíase entre las doce cofradías que había en la ciudad, hacia mediados del siglo XVII, la del Santísimo Sacramento, por la esplendor con que celebraba su fiesta el tercer domingo de cada mes, con misa, sermón y procesión. Manteníase expuesto el Santísimo, portando mientras tanto los cofrades cirios encendidos, procurando, como escribe el canónigo Torres Vargas:

*...aventajarse en su fiesta en el adorno de la iglesia, música, olores, predicador y flores,
que se van regando por donde pasa el Santísimo.*

Similarmente ocupaba la devoción de los capitalinos la fiesta por las ánimas del Purgatorio, que costeaba la cofradía de las Animas, el tercer lunes del mes. Levantábase un túmulo de dos gradas en medio de la iglesia, adornado con 48 luces, prendiéndose de sus colgaduras numerosas bulas de difuntos, expedidas para aplicar, a los que fueren recordados en el oficio, las indulgencias concedidas. Todas estas fiestas eran costeadas por los cofrades, que se turnaban de dos en dos con tal fin.

Al edificar el gobernador Gabriel de Roxas el fuerte del Boquerón, poniéndolo bajo la advocación de Santiago, introdujo, en la primera década del siglo XVII, la costumbre de celebrar el día de dicho santo con juegos de cañas, corridas de toros y una misa solemne, en la que se predicaba un sermón encomendado a algún conocido predicador de la ciudad o, en raras ocasiones, a algún notable orador sagrado traído expresamente de Costa Firme o de alguna Antilla vecina con tal objeto. Siendo Santiago el patrono del Ejército español, la importancia de las fiestas que lo conmemoraban en San Juan fué creciendo con la del puesto militar de la plaza. El aumento de su guarnición y el progreso en la construcción de sus fortificaciones les prestaban creciente interés y entusiasmo. En el siglo XVIII dióse a estas festividades cierta significación política, agregándose a su programa el acto de pasear por la ciudad el pendón real, exteriorizando con ello sentimientos de lealtad a la Corona. Era el pendón una bandera de color anaranjado, que tenía bordado o pintado en su centro el escudo de armas de la ciudad. Conservábase en lugar preferente de la sala capitular. El día de Santiago, como refiere don Federico Asenjo al narrar

PUERTO RICO

los episodios de las fiestas de San Juan, reuniase el Ayuntamiento en dicha sala, trasladándose bajo mazas a buscar al regidor alferez real, quien, siendo el portador del pendón, era el único autorizado a levantarlo ceremonialmente de su sitio. Acompañado por el alferez real, se dirigía el Ayuntamiento a la Fortaleza para escoltar al gobernador a la Casa Consistorial. Alzado el pendón en presencia de estas autoridades, poníase el cortejo en marcha, formado por la compañía de Milicias de Caballería destacada en la ciudad, el gobernador, los funcionarios reales, la oficialidad de la guarnición, los vecinos distinguidos y los letrados, todos montados en briosos corceles, vistosamente enjaezados.

Seguían a este acto simbólico las carreras de caballos en la calle de Fortaleza, a la vista del gobernador y autoridades, que ocupaban una tribuna levantada en el extremo de dicha calle, y de la mayor parte de la población, que se apiñaba en los engalanados balcones de las casas. En tales ocasiones desplegábase en los balcones de las Casas Consistoriales colgaduras de damasco carmesí o alguna otra rica tela, adornadas con espejos simétricamente colocados. Como las calles no empezaron a empedrarse hasta el último cuarto del siglo XVIII, y entonces sólo las principales, no corrían gran peligro los jinetes, pudiendo soltar sus cabalgaduras a toda brida sobre la mullida tierra de la vía pública. Comenzaban las carreras los regidores, por parejas, continuándola los demás miembros de la escolta, hasta terminarlas los soldados rasos que formaban parte de la misma. Invadían entonces las calles parvadas de rapazueros a horcajadas en palos de escobas o cañas, cabriolando a sus anchas en cómico remedo de cuanto acababa de ocurrir.

Terminadas las carreras, según Asenjo, volvía el cortejo a ponerse en marcha y se dirigía a la catedral; allí el alferez real tomaba su puesto al lado izquierdo del preste durante la procesión, y después el presidente del Ayuntamiento mientras la misa. En tanto que ésta duraba, el pendón permanecía en el presbiterio, al lado del Evangelio, y concluida, era tomado de nuevo por el alferez real y conducido con la misma pompa a la casa de la ciudad, en cuyos balcones ondeaba después por el resto del día.

Hacia fines del siglo XIX las colonias gallega y asturiana de la ciudad eran bastante numerosas. Adhiriéndose a la celebración de Santiago, comunicaron a ella cierto colorido regionalista. En la de 1893 gaiteros gallegos recorrieron las calles en alegre alborada, portando un estandarte. Bebíase sidra en abundancia, cantábanse canciones regionales, y cuando el mal tiempo interrumpía la fiesta, coreaban el infantil sonsonete:

*Santiago no vino ayer
porque empezó a llover...*

Cuenta Fernández Juncos que, al terminar, los santiaguistas entregaban el estandarte a los covadonguistas, como si dijeran: «Levántenlo ustedes a mayor altura que nosotros.»

Motivo inexcusable de festejos fueron los aniversarios, coronaciones y otros sucesos, aun los de índole íntima, tales como el embarazo, relacionados con las personas reales. Llamábaselos colectivamente *fiestas reales*, y agotábanse en ellas todos los recursos recreativos de que disponía el vecindario. Consérvanse relatos coetáneos de las celebradas en 1745 con motivo de la muerte de Felipe V, las de 1747 para glorificar la coronación de Fernando VI y las de 1789 en ocasión de proclamarse la de Carlos IV.

Las que tuvieron lugar con motivo de la ascensión al trono de Fernando VI, en 1747, duraron nueve días. Dispararon los fuertes y los buques fondeados en el puerto salvos, que sumaron un total de 315 cañonazos; iluminaron las autoridades la Fortaleza y catedral, engalanando sus casas los vecinos. Parecía desbordado el entusiasmo de funcionarios y sacerdotes. Repicaron largamente las campanas, cantaron misas y tedéums, indultaron presos, repartieron carnes y monedas al populacho y juraron lealtad sobre el estandarte real al nuevo monarca. Siguieron en el acto de la jura todos los vecinos mayores de edad, sin excluir a los humildes, ya que su omisión se castigaba con una multa de doscientos a cuatrocientos pesos. Los números más ligeros del interminable programa incluían el paseo de un globo portátil por las calles, sostenido por ocho negros; saraos en casa del alcalde, refrescos, comidas, cenas en la madrugada, representación de comedias al aire libre y mascaradas callejeras. Fué el gobernador centro de la atención pública: acudieron a él todos los comediantes al son de la música y la explosión de cohetes y portando luminarias y letreros alusivos a su generosidad; bailaron y cantaron los pardos ante él, ofrendándole los ramos de flores que portaban, y ante él desfiló la nobleza, pobre pero altiva, de la ciudad, en estrado besamanos. No contentos con lo formal y lo circunspecto, las damas propinaron al gobernador alegre manteadura, licencia quizá explicada porque esta autoridad era hombre de carácter llano y expansivo. Tuvieron sus días especiales el gobernador, el tesorero y el contador de la Real Hacienda, los dos cabildos, los monasterios de la ciudad, el convento de los carmelitas y los oficiales de la guarnición. Mezclábase en estos actos lo religioso con lo pagano. Asistió el gobernador a misa, en su día, acompañado hasta la puerta del templo por los oficiales de la plaza, vestidos de máscara, llevando prendidos en el pecho o en las espaldas notas como ésta:

*Begigante, soy famoso,
que dirijo mis destinos
sólo en abrir los caminos
a un monarca poderoso...*

Bailaron minués en la Fortaleza, corrieron toros en la plaza Mayor y oyeron prolongados sermones en las iglesias de los monasterios. Comulgaban por la mañana y por la noche manteaban a los notables de la población; asistían por el día a un tedéum y en el brindis orgiástico de la madrugada rompían contra el piso medio millar de vasos. Pasearon los oficiales por las calles un carro triunfal de seis varas de largo que conducía los retratos al óleo de los reyes, colocados bajo un dosel de damasco carmesí, elevado cinco varas sobre el suelo.

De modo muy similar, idéntico casi en su aspecto ceremonial, celebróse la proclamación de Carlos IV, desde el 17 hasta el 28 de octubre de 1789. Introdujéronse algunas innovaciones en el programa, cediendo a la influencia que ejercían en el país los factores y participantes del comercio con Cataluña, iniciado por la Compañía Catalana en 1755.

El día 18 dice el relato citado:

...tuvo efecto la función de los Catalanes. Desde muy temprano se vió una cuadrilla de danzantes, que divertían a los Ciudadanos con sus mudanzas, y entre ellas la de la Torre, compuesta de quatro cuerpos con un niño al remate que aclamaba graciosamente el viva. A las doce sirvieron una abundante comida a los encarcelados. Al anochecer se manifestaron varios mozos de la esquadra, quatro parejas de hombres y mugeres vestidos de noche y día, una cuadrilla de Moros con sables desenvaynados, otra de Húsares a caballo y un cabo con varios soldados con uniforme semejante al de Farnesio...

En un naviforme carro alegórico se pasearon por las calles los retratos de los nuevos reyes, Carlos IV y María Luisa de Parma, sostenidos por mano de una ninfa que representaba a Cataluña, ostentando en su pecho las armas de Barcelona. No gran provecho recibieron los capitalinos de aquella exhibición: Carlos IV, notable holgazán, hubo de sacrificar su reinado a la cinegética, a Godoy—el amante de su depravada esposa—y a Napoleón...



"PLATERO Y YO"

EN PORTUGUES

Por ENRIQUE MARTINEZ LOPEZ
(UNIVERSIDADE DO RECIFE)

LA primera cosa que percibe un español al encontrarse por primera vez con la lengua portuguesa es que tiene ante sí algo extremadamente blando. El interlocutor lusitano, y especialmente el azucarado brasileño, abre la boca, y de ella salen las palabras, carnosas, sin aristas, a veces como agua, sin tropezones explosivos. *Castellano sin huesos* llamó, con fina intuición lingüística, Cervantes a la lengua vecina. La exactitud de esta frase no escapará a cualquier estudiante de filología románica. Ni aun al lego que confronta nuestras voces *corona*, *dolor* y *crudo* con sus equivalentes portuguesas *coroa*, *dor* y *crú*. O nota el comportamiento lusitano ante grupos de consonantes en ruda vecindad, como las que aparecen en nuestro *rector*, *octubre*, *obtener* y *actor*. Rudeza que el portugués suaviza, transformando la implosiva picuda en redonda vocal: *reitor*, *outubro*. O la rodea de almohadillas, como en *obter*, pronunciando *ob(i)ter* en gran área. O corta por lo sano como en *ator*. En fin, esto se comprueba mejor oyéndoles decir *coração*, *segredo*, *chorinho*. Resulta patente entonces la suavidad de la lengua portuguesa, vista, sobre todo, desde un castellano con huesos tan duros de roer como la *j*, *rr*, *ch* y aun la *z*. Con esto no estoy afirmando que sea estridente nuestra lengua, en la que Gavel apreciaba la energía, dulzura y sonoridad. Nuestro interés se concentra en hacer ver que la lengua del suave

Camões, como siempre se le llamó en España, atendiendo más al lírico que al épico, la sentimos como llena de dulzura y tierno halago al oído. João de Barros y Fernão de Oliveira, por un desmedido afán de identificar el portugués por el latín, se empeñaron, y creo que erróneamente, en mostrar como notas dominantes de su lengua una *magestade pera cousas graves, e hũa eficácia baroil*. Esta eficacia varonil, sin embargo, más propia del castellano le pareció al padre Anchieta, apóstol del Brasil. En efecto, en su auto bilingüe *Na Vila de Vitória*, Satanás, que tiente en vano a San Mauricio, para intimidarlo decide mudar de lengua:

...para hablarle castellano
y mostrarme más feroz...

Contrariamente, aquí siempre se ha estimado al portugués como la lengua excepcionalmente apta para la poesía lírica, para la expresión del tierno sentimentalismo lusitano. La lengua de un pueblo que hizo del amor algo para perderse, una larga herida para suspirar *mágoas* y sentir *saudades*. Amor portugués, delicado, cortés y derretido hasta la consumición del amante, que gusta de la tristeza y de la desesperación suicida. Aquel amor de Manuel de Souza Coutinho, que murió de amor, y cuyo epitafio copió Cervantes: «*Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Souza Coutiño, caballero portugués que a no ser*

portugués aún fuera vivo. No murió a las manos de ningún castellano, sino a las del Amor, que todo lo puede. Procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero.» Una lengua que exhalaba la humedad salina de lágrimas y de brumoso atlantismo, y en la cual pensamiento y sentimiento se ponen en actitud oceánica, ilímite y vaga. Con palabras cuyo contenido no aguantaría fronteras precisas, como *saudade*, *meiguice*, *mágoa*, intraducibles al preciso, castrense y con sequedad de estepa romance castellano. Portugués, cuya entonación, de curva femenina, es muelle, redondeada y sensorial, como las algas del manuelino, en contraste con la rectilínea gravedad del castellano, acerado como El Escorial. Esta lengua portuguesa *engendra*, como decía Unamuno, una poesía con sabor a campo, con un bucolismo panteísta, profundamente lírica y girando en torno a dos temas esenciales: el amor y la elegía, o aun el amor elegíaco.

Estas consideraciones apresuradas y sin pretensiones dogmáticas se me vienen al leer *Platero y yo* en la traducción portuguesa del brasileño Athos Damasceno, publicada por la Editorial Globo, en Porto Alegre, en 1953.

Muchos reparos podríamos hacer a esta traducción, entre otros la pereza o la prisa del traductor, que no quiere resolver los obstáculos y los salta o los interpreta mal; pero hay en ella una fina recreación del lirismo de la obra. ¡Pena que Damasceno no haya cuidado más la fidelidad, porque qué bien queda este libro en portugués! Veamos. Empieza Juan Ramón: «*Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos.*» He aquí la traducción: «*Platero é pequeno, peludo e macio, tão macio que parece não ter ossos e ser todo feito de algodão.*» ¡Macio! ¡Extraordinario vocablo! Este es el adjetivo justísimo. Ese es Platero. Basta esa palabra. ¡Lo que hubiera dado Juan Ramón por poseer esa palabra mágica, en lugar del descolorido y usado *suave*! No diré que la traducción supera al original, como afirmaban con ingenuidad nuestros abuelos, pero sí diría que la lengua portuguesa se adapta excelentemente al libro de Juan Ramón Jiménez, a su estilo y a su motivo central, inclusive al propio estado de ánimo del poeta cuando lo escribió.

Ernesto Giménez Caballero explica la lírica sentimental de Juan Ramón Jiménez como resultante del encuentro «de los genios más dotados históricamente para el suspiro: el atlántico, el semítico y el trovadoresco. Lirismo *atlántico* y a la par *oriental*; casi de *portugués* y casi de *moro* o de *hebreo*. Que ésa es la imagen física de Juan Ramón Jiménez: palidez y barba de sionida, junto a una nostalgia o *saudade* musical, céltica, soñadora de ultramares por descubrir». Este atlantismo del poeta de Moguer—Colón, raya de Portugal—se traduciría en una profunda navegación hacia el infinito sentimental, en una doliente melancolía crepuscular y, sobre todo, en una definitiva *saudade*. *Saudade* de todo. De las rosas, de la primavera, de Platero, de Moguer, del sol que se pone y del mediodía. *Saudade* de la vida que se está yendo, de la belleza fugitiva. El subtítulo de *Platero y yo* es *Elegía andaluza*. Pero ¿qué entiende Juan Ramón por elegía? Elegía para Juan Ramón es *saudade* de la belleza que huye. Las nieves de Villon. Esta rosa que se irá y de la que ya tengo *saudades*, soledades. Toda belleza, por su transitoriedad necesaria, despierta en nosotros *saudade*. Y también sólo con una radical *saudade* se crea algo bello: belleza, fruto de *saudade*, nostalgia. *Todo lo bello que se pierde, eso es la elegía:*

*Fría, la fuente corre por la pradera verde,
que breves lirios de oro esmaltan de poesía.
La tarde cae. Todo lo bello que se pierde,
eterniza su fuga, ardiendo de armonía.*

*Tú sigues, mujer mustia, la orilla en flor, y mudamente
vas a sentarte entre ruinas claras,
que decora la yedra con la guirnalda ruda
de su bronce, en que huelen nuevas rosas preclaras.*

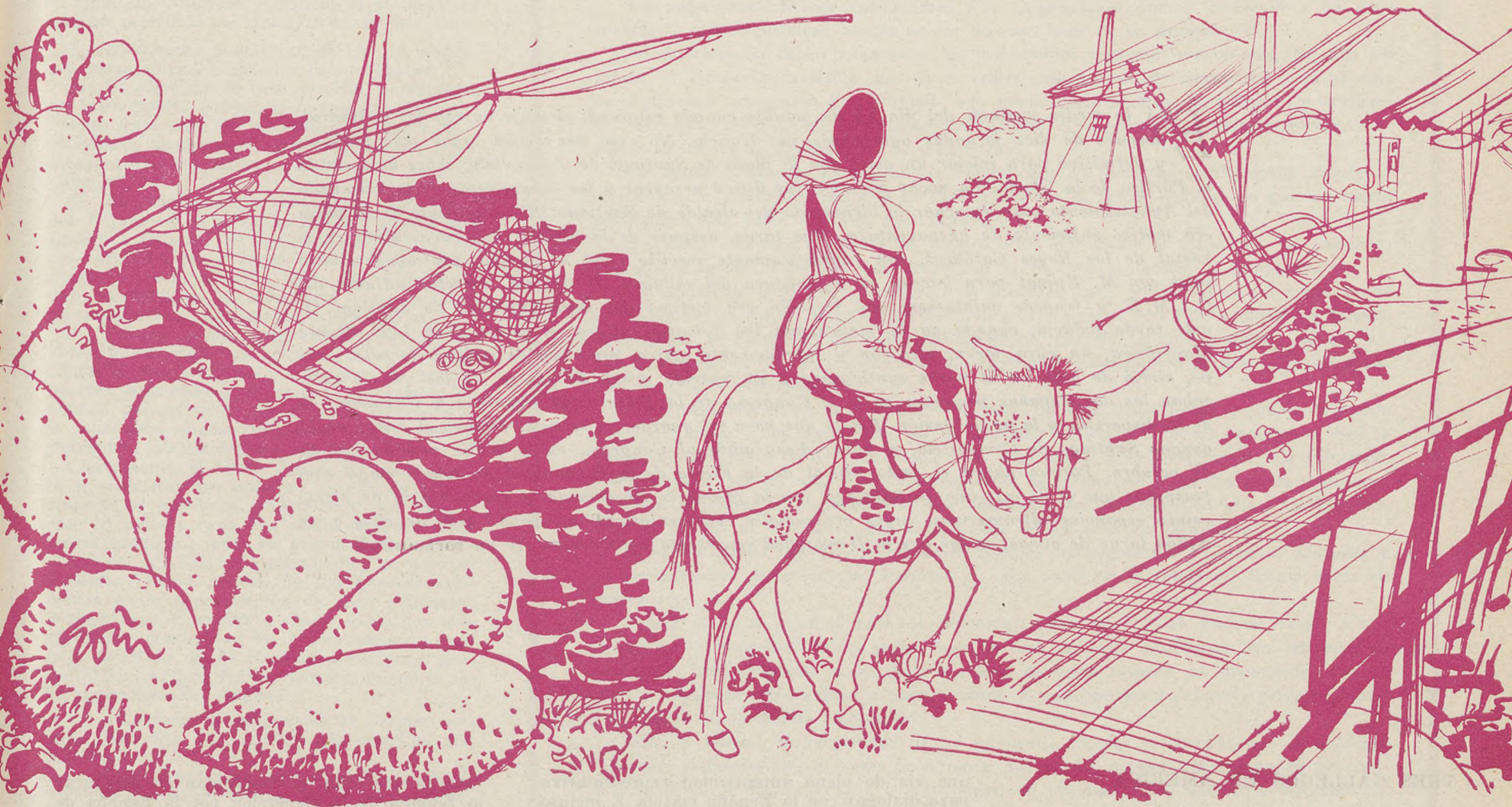
*El pájaro que viene, un momento, al paraje,
gotea mundos en la sombra de tu frente;*

la brisa niña abre, mansa y leve, el follaje;
huyen las nubes en la fugitiva corriente...

Y el mentón en la mano, y el codo en la rodilla,
ceñudamente piensas en toda la belleza,
mientras el sol que muere, exalta en su amarilla
lumbre tu veste blanca, luto de tu pureza.

Eso es *Platero y yo*. Un libro triste que, después de escrito, fué dedicado a los niños. En 1905, Juan Ramón, después de una grave crisis espiritual, busca el refugio de Moguer. Iba enfermo, «con una gran enfermedad de corazón, perdida toda esperanza». La antigua riqueza de su familia se venía abajo. En medio de esta depresión, el poeta todavía encuentra el consuelo de pasear, con el Platero real, por los campos de Moguer, cuya posesión sentimental nadie le podría arrebatar. Reviviendo, nostálgicamente, su infancia dorada desde un ángulo teñido, de melancolía. En 1907, el Platero de carne y hueso muere, y Juan Ramón lo entierra «al pie del pino grande», en la huerta «Fuentepiña», que era del poeta. Por estas fechas Juan Ramón co-

última vez estaba paseando en su tierra, sus flores y su cielo. Encara la belleza desde una previa saudade de ella. Por eso en su libro, donde la alegría y la pena son gemelas, como las orejas de Platero, encontramos aquel gozo exterior y dolor íntimo que, según Ortega, caracteriza a la saudade, emoción doble, sentimiento tornasolado: «En ella echamos de menos algo que un día gozamos: es el dolor de hallarnos enajenados del paisaje patrio que abrigó cálidamente nuestra infancia y donde todo nos hacía mimosos gestos de nodriza; es el vacío afectivo que nos queda al vivir separados de aquella mujer tan bella y tan amada que oprimía nuestras pupilas con aquellas sus miradas tan largas, tan hondas, tan nuestras... Mas al echar de menos estas realidades encantadoras, las traemos imaginariamente junto a nosotros, las revivimos, volvemos a notar sus perfecciones, sus delicadezas, sus delicias, y un sordo deleite va vertiéndose en nuestro espíritu. El gesto de desolación con que añoramos el tiempo feliz concluye en un gesto de vago placer alucinado. Al revés que la ternura, es la nostalgia hacia dentro dolor y hacia fuera placer.» Sentimiento irisado, agridulce. Y también inde-



mienza a crear el otro Platero, el de algodón, y publicará el libro en 1914. En 1916, al reeditar la obra, Juan Ramón añade un capítulo más, epilodal: *A Platero en su tierra*. Su tierra, de Platero. Porque ya no era más del poeta. La huerta Fuentepiña había sido embargada y subastada por el Banco de España a fines de 1911. Pero Juan Ramón aún es rico de la mejor riqueza: la sentimental. «Un momento, Platero, vengo a estar con tu muerte. No he vivido. Nada ha pasado. Estás vivo y yo contigo... Vengo solo. Ya los niños y las niñas son hombres y mujeres. La ruina acabó su obra sobre nosotros tres—ya tú sabes—, y sobre su desierto estamos en pie, dueños de la mejor riqueza: la de nuestro corazón.» Creímos oportuno mencionar estas circunstancias de la vida del poeta para mostrar cuál es el tono dominante de *Platero y yo*. El libro, repetimos, está transido de saudade. Saudade doble: la que, con Platero, sintió de su infancia, revivida al escribir el libro, y la que tiene del propio Platero, recién muerto, y de los instantes que vivió con él. El tono elegíaco fundamental está en el angustioso presentimiento —perturbándole el gozo— que embarga al poeta de que quizá por

finible, insaciable y de vagas fronteras. La imprecisión, característica del motivo central de *Platero y yo*, la saudade, se refleja en el cromatismo impresionista, ligado a la estética modernista, de los paisajes evocados: malvas y oros crepusculares, infinidad de cielo y mar, rielar de luna y estrellas. Hasta en la puntuación vemos esto: *Platero y yo* está lleno de puntos suspensivos. No deja de ofrecer interés el hecho de que el traductor brasileño no siempre tuvo necesidad de transcribir los puntos suspensivos. ¿Para qué? La propia lengua portuguesa, tan rica en esas palabras tornasoladas que, como rosas de los vientos del corazón, apuntan a mil sentidos—*macio, saudade, meiguice*—, pone al lector en situación oceánica, infinita. No hace falta un horizonte de puntos suspensivos para diluirse, con Juan Ramón, en la luz del ocaso: «*A paragem é conhecida, mas o momento transfigura-a e torna-a estranha, misteriosa e cheia de ruínas. Dir-se-á que, a qualquer instante, vamos descobrir um palácio abandonado. A tarde prolonga-se além de si mesma, e a hora, tocada de eternidade, é infinita, pacificadora e insondável.*

»¡Toca, Platero!»

EL CONGRESO DE EMIGRACION

CRONICA DE ISMAEL MEDINA PARA "M. H."

ERA la media mañana del día 12 de octubre cuando emprendí el viaje de regreso a Madrid, después de diez jornadas agotadoras por Galicia. No creo que exista lugar más hermoso y definitivo para iniciar un viaje que la plaza de Santiago de Compostela, sobre la que vela el Pórtico de la Gloria. La noche anterior fué difícil arrancar a los congresistas de la balconada del Ayuntamiento para escuchar la bienvenida del alcalde de Santiago. El espectáculo de la plaza era motivo suficiente de buenaventura. Más tarde, después de la última cena corporativa en el hostel de los Reyes Católicos, tan fantásticamente insólito como el propio Santiago, volví a salir con M. Epinat para bucear en la hondura del milagro. M. Epinat, director adjunto del C.I.M.E. y francés quintaesenciado, también era víctima del enamoramiento de Santiago. Y más tarde todavía, cuando ya la madrugada iba tomando altura, el padre José Luis Blanco Mancñeira, un cura joven, altiricón y terriblemente activo, prototipo de apóstol de este tiempo, sirvió de guía en la noche santiaguesa a un nutrido grupo de gentes, en las que se enlazaban las dos Españas presentes en el II Congreso de la Emigración Española a Ultramar: la de la dispersión y la de la tensión. Repito que para mí guarda un especial regusto el haber abandonado Santiago de Compostela, el haber dicho adiós al Congreso, en la media mañana del 12 de octubre. Porque nunca el fasto oficial de la Fiesta de la Hispanidad ha tenido mejor contrapunto que el de este año en Santiago, con la presencia emocionada y aprotocolaria de ciento veinte españoles ultramarinos, cuyas credenciales representativas agrupaban tras de ellos a un millón largo de almas, en las que la Hispanidad representa verdaderamente un hecho vital.

TRES GALLEGOS EN AMERICA

Alguien ha dicho que dos gallegos en Galicia desembocan en un pleito y tres gallegos en América lo hacen en una Casa de Galicia. Debe añadirse que 65.000 gallegos en La Habana constituyen una Casa de Galicia, con un capital de seis millones largos de dólares, dos millones y medio de dólares de presupuesto y la mejor instalación sanatorial del mundo. Pero cuando la Casa de Galicia, y las Hijas de Galicia, y el Centro Asturiano, y el Centro Castellano, y las otras asociaciones españolas se deciden a crear un comité conjunto, entonces sucede que hombres como José Pérez Rivas y Garcilaso Rey—setenta y dos años y un espíritu de delantero centro al estilo de «lo» de Amsterdam—alzan la voz en nombre de 400.000 españoles y un capital social de nivel internacional. Esa pretensión integradora que los españoles de Cuba instauraron hace veinte años y que también establecieron los de Chile, ha constituido precisamente una de las proclamaciones más valiosas del Congreso. En cada país deberá formarse una Junta de Instituciones Españolas, integradas por los representantes de cada una de las sociedades; los presidentes y vicepresidentes de estas juntas constituirán la Junta Central de Instituciones, con sede permanente en Madrid. La España de la dispersión, como llamó José María del Rey, Premio Nacional de Literatura de Uruguay, a la de nuestros emigrantes, tendrá así

una vía de plena autenticidad representativa para dialogar con la España matriz. E incluso para asesorar al Instituto Español de Emigración en el mejor cumplimiento de sus fines de orientación, ordenación y regulación de nuestra corriente emigratoria.

LAS CONCLUSIONES

Las conclusiones aclamadas por el Congreso han sido numerosas y de gran alcance. No sólo ellas, sino más todavía el excelente son de las deliberaciones, han hecho del II Congreso de la Emigración Española a Ultramar un acontecimiento de extraordinaria importancia. Mucha más de la que en principio pudiera presumirse un ánimo superoptimista. Yo escuché al sinceramente asombrado M. Epinat su opinión de que sólo España era capaz de convocar y realizar algo tan sensacional como este Congreso. Bastantes voces se elevarían luego en las últimas sesiones plenarias para pedir que no transeurrieran otros cincuenta años hasta el próximo encuentro de la España de la dispersión. Y se pidió convocatoria para dentro de cinco años como máximo. Pero es mi impresión que el III Congreso no se hará tardar más de tres años y que para entonces se duplicará, por lo menos, el número de delegados, y el millón de españoles representados llegará hasta los tres. Y también que en las deliberaciones tomarán parte sociedades españolas que ahora, por las

razones que sean, se empecinan en suplantar la España de la dispersión por la España de la desunión. Creo que tal actitud es poco ventajosa para sus asociados, menos para el interés general de las comunidades españolas del exterior, menos aún para España y menos atractiva todavía para los pueblos de adopción a cuyo servicio se deben. Hay, por otra parte, como asentamiento de esperanza en tal sentido, la petición hecha a las autoridades presentes en el Congreso por Mateu de Ros, representante de la Organización Sindical, quien, en nombre de diez millones de trabajadores, solicitó que se confirmara plenamente el magnífico espíritu de unidad puesto de manifiesto en el Congreso mediante las acciones necesarias para reintegrar a todos aquellos españoles que integraron la excepcional emigración subsiguiente a nuestra guerra y que así lo deseen.

Durante diez días seguí al Congreso en su feliz versión trashumante, que le llevó de La Coruña a El Ferrol del Caudillo, Lugo, Orense, Vigo, Pontevedra y, finalmente, a Santiago de Compostela. Las gentes de estas ciudades nos tenían preparado un programa de agasajos y visitas realmente comprometido por su emocionante efusión y por su densidad. Sin embargo, ni un sólo día faltó la sesión de trabajo, que en ocasiones fueron dos y hasta tres, en lucha a brazo partido con el horario y aun a costa de renunciar en algún momento a la visita y al obsequio y casi siempre al des-

canso. De esta suerte, las conclusiones, entre ponencias y comunicaciones libres, han sido tan numerosas como transidas de realismo. En ellas hay materia suficiente para la elaboración rápida de una completísima ley de Bases de la Emigración, cuya necesidad y urgencia ha quedado bien patente. Creo que a todos debe interesar el conocimiento global de las conclusiones adoptadas y de los estudios presentados. Pero dada su extensión, me temo que va a ser difícil el ofrecérselas a través de «M. H.» Por ello me veo en el trance difícil de resumirlas, cosa que hubiera resultado mollar de tratarse de una declaración de principios o de pronunciamientos generalizadores. Por el contrario, el Congreso ha estado presidido por el sentido práctico, y su acuerdo se concreta en más de un centenar de soluciones a problemas reales. Intentaré, no obstante, el resumen.

SESION INAUGURAL

En la sesión inaugural intervino el doctor Correa da Costa, jefe del Servicio Brasileño de Emigrantes en Europa, quien acertó a precisar en cuatro puntos el contenido de las ponencias y de la documentación que había sido distribuída entre los congresistas. Estos cuatro puntos, que continuaban siendo válidos al final del Congreso y expresivos del espíritu que ha presidido los trabajos del mismo, son:

1. El derecho a emigrar deriva de la propia personalidad humana y de su libertad.
2. El ejercicio de este derecho, entretanto, en las actuales condiciones, requiere del emigrante una serie de *aptitudes*, de orden psicológico y profesional, que le habiliten para incorporarse con éxito a la vida del país de elección.
3. En consecuencia, constituye un deber del Estado—y ésta es la función básica del Instituto Español de Emigración—la asistencia, preparación y capacitación de los candidatos a la emigración, para que éstos puedan alcanzar, en el más corto plazo posible, un rendimiento profesional compensador.
4. Puesto que las características de los movimientos migratorios actuales difieren totalmente de las antiguas migraciones de «canalización espontánea», se impone un cambio de actitud por parte de los Estados interesados, la cual debe quedar reflejada en acuerdos o convenios internacionales de emigración.

Ciertamente, el doctor Correa da Costa acertó a sintetizar un unánime estado de ánimo respecto al problema migratorio, que comparece en todos y cada uno de los acuerdos concretos adoptados, para su propuesta a las asociaciones españolas de ultramar y a nuestro Gobierno. Como prueba de esa general incidencia en la proclamación de unos principios básicos, creo conveniente añadir ahora los tres apartados contenidos en la comunicación que, bajo el título de *El derecho a emigrar*, presentó don Arturo Núñez-Samper, miembro de la representación sindical:

1. El derecho a emigrar es un derecho natural derivado de la libre personalidad del hombre.
2. Este derecho no puede tener más limitaciones que aquellas que sirvan para garantizar su libre ejercicio, sin perjuicio para el derecho de los demás. Para ello el Estado ejercerá el oportuno control de los emigrantes, establecerá medidas de protección de los mismos, tanto en su propio territorio nacional como en el extranjero, a través de los oportunos convenios o tratado internacional, etcétera.
3. El reconocimiento de este derecho deberá incorporarse a los textos fundamentales del Estado español.

Estos preceptos genéricos han encontrado expresión pormenorizada y aplicación práctica en el estudio y deliberación de las siguientes ponencias:

- Causas de la emigración.
- Ventajas e inconvenientes de la emigración.
- Preparación y orientación del emigrante.
- Vinculación del emigrado con España.
- Tratados de emigración.
- Seguridad social del emigrante.
- Problemas específicos de la emigración gallega, canaria, asturiana y de las distintas regiones españolas.

A título informativo, y de entre las diversas mociones de conjunto presentadas, entre ellas una de la delegación de Uruguay y otra de la Organización Sindical, tomo el siguiente resumen que, con las naturales salvedades, recoge el contenido de las ponencias:

EL CONGRESO EN 17 CONCLUSIONES

TODO español tiene libertad para elegir el lugar de su residencia, dentro de las limitaciones legales y administrativas que impone el Derecho internacional. Por ello no puede prohibirse la emigración, siempre que se cumplan las normas que garanticen la solvencia de los contratos de trabajo en el extranjero o queden salvaguardadas las condiciones de acogida e incorporación del emigrante o su familia al país de destino.

Los organismos oficiales competentes y la Organización Sindical prestarán a los emigrantes la mayor asistencia posible en las diversas fases de su expatriación.

En principio no deben fomentarse los movimientos migratorios exteriores, ya que, sin olvidar la influencia favorable que en el orden espiritual puede representar para el país de origen una emigración bien dirigida, ello implica una pérdida de energías potenciales. El crecimiento armónico de una comunidad nacional debe efectuarse, preferentemente, mediante soluciones de arraigo y no de expatriación.

No obstante, deberán protegerse las emigraciones en tanto las circunstancias sociales y económicas lo aconsejen, teniendo en cuenta además la actual realidad de que un fuerte contingente sale todos los años para ultramar.

El Estado orientará y asistirá las emigraciones individuales y planificará las colectivas mediante acuerdos bilaterales que garanticen la máxima protección al emigrante.

Los grupos de emigrantes deben ser, fundamentalmente, originarios de las zonas donde se manifieste un mayor desequilibrio entre su población y la economía regional de España, constituídos, en particular, por población campesina. Por ello, al mismo tiempo, se estimulará la emigración de tipo colonizador que facilite el asentamiento estable y la conservación de grupos homogéneos.

Debe procurarse evitar la emigración de mano de obra especializada en tanto la misma pueda perjudicar a las necesidades de la economía española, debiendo tenderse a que la formación profesional y de toda índole que deba darse a los emigrantes sea sufragada, principalmente, por los organismos internacionales de emigración y por los países receptores.

Debe estudiarse el procedimiento más adecuado para la protección eficaz de los emigrantes, además de la que reciben actualmente de los servicios consulares.

Asimismo deberá promulgarse, lo antes posible, una legislación emigratoria adecuada a las circunstancias presentes que acentúen el valor social de la tutela del Estado hacia los emigrantes.

Deberá vigilarse, especialmente, la emigración femenina por los grandes riesgos a que se expone la integridad de la mujer, aun en caso de éxito económico. No obstante, su emigración bien orientada, sobre todo a países de habla hispana, es importante para su ulterior influencia como esposa y posible madre. A esta emigración debería proceder, como a la masculina, la debida preparación.

Dado el número y complejidad de los problemas sociales y laborales que se producen o pueden producirse en los países de ultramar que poseen núcleos importantes de emigrantes españoles, se hace necesaria la designación en los mismos de agregados laborales encargados del estudio, planteamiento y posible solución de estos problemas.

Debe promoverse la actividad de los grupos españoles residentes en el extranjero para desarrollar fines económicos, sociales y culturales. A tal fin, el Estado, a través de sus organismos correspondientes y la Organización Sindical, prestará la ayuda que sea necesaria para la creación y sostenimiento de instituciones que fomenten la vinculación del emigrante con su patria.

Por los organismos competentes deberán concederse facilidades para que los emigrantes puedan enviar a España, en las más óptimas condiciones, sus ahorros y rentas de trabajo.

Deben otorgarse facilidades y estímulos de carácter extraordinario para que los emigrantes inviertan libremente en España los capitales obtenidos en sus países de residencia.

Por ser las migraciones interiores y exteriores en todo único e indivisible, los organismos competentes deben mantener un íntimo contacto y someter a una acción coordinada los excedentes de mano de obra.

Con el fin de prestar una más eficaz asistencia al emigrante, y singularmente a su familia, el Gobierno deberá mantener el mayor contacto posible con los organismos internacionales específicos dedicados a los problemas migratorios.

Por los organismos competentes, previa la oportuna función selectiva que garantice las más óptimas condiciones de desplazamiento, debe conceder la libertad al emigrante para elegir el barco, de pabellón español, que más le convenga para efectuar su viaje al extranjero, fomentándose, en todo caso, el mejoramiento y puesta a punto de los buques dedicados a la emigración y respetando la libre competencia entre las compañías navieras correspondientes.

Señal de libros

«LOS INFORTUNIOS DEL TRABAJO» es la tesis de Hugo Muñoz García con que se doctoró en Derecho por la Universidad de Madrid. El libro lo publica la Organización Iberoamericana de Seguridad Social, organismo encargado de promover la coordinación e intercambio de experiencias sobre seguridad social entre los países de Iberoamérica y Filipinas.

Muñoz García, abogado ecuatoriano que ha cultivado con especial atención los estudios de legislación laboral a través de sus viajes por Europa y América, estudia en esta interesante monografía la evolución histórica sobre riesgos del trabajo, nos trae cumplida noticia de las Conferencias Internacionales de Trabajo y analiza los fundamentos doctrinarios de la responsabilidad, teoría de la culpa, inversión de la prueba, riesgo profesional, etc.

Un importante capítulo de la obra está dedicado a estudiar la legislación del Ecuador, desde sus orígenes hasta el código de trabajo hoy vigente. El libro aparece documentado con gráficos y cuadros sinópticos y una nutrida bibliografía, que llega hasta nuestros días. Para los hispanoamericanos, un estudio como supone el de este excelente trabajo de Hugo Muñoz García, tiene un extraordinario interés, por cuanto el criterio legislativo es bastante parecido en la mayoría de los países.

CON EL TÍTULO «LITERATURA DE EVASION», Manuel F.-Delgado Marín-Baldó publica un libro que se ampara bajo el título de novela. El autor sitúa en Murcia, y en unos personajes hechos de calma y tiempo, una serie de morosas acciones, recamadas de pequeña observación atenta, donde el fluir de las cosas y de las horas se carga de confidencia y averiguación poética.

Delgado Marín-Baldó confirma en estas páginas su vocación con-

templativa, su devoción por una literatura intimista, que tiene su antecedente de más porte en Proust y que trae recuerdos y brillos de Gabriel Miró. La narración es sencilla, fluye con pausa y revela finura de pluma, mirada atenta y observadora, aunque dista mucho, naturalmente, del modo y la técnica que hoy utiliza la novelística contemporánea. El libro lleva una bella portada a color de Molina Sánchez.

EL PROFESOR MIGUEL A. ORTI Y BELMONTE, cronista de Cáceres, publica en la «Colección de Estudios Extremeños» un documentado estudio que fija con claridad la cronología del Episcopologio Caurense, que supone un excelente servicio a la historia de Extremadura y, especialmente, a la diócesis de Coria. Con tesón y fidelidad, Ortí y Belmonte ha consultado y repasado los archivos históricos y puesto en claro una serie de períodos oscuros. Desde los orígenes del cristianismo en Coria y los obispos visigodos hasta nuestros días, el Dr. Ortí hace un exigente repaso histórico, apoyado en extensa documentación de primera mano, de la que se reproducen abundantes pruebas en este catálogo monumental que ahora publica.

ALFONSO INIESTA es un profesor español, amorosamente dedicado a los temas de la enseñanza, en los que ha puesto a prueba su capacidad, su formación y su buen gusto. *Dicen las florecillas* es el título con el que ofrece ahora a los niños de habla española una serie de bellas y emotivas estampas, por las que discurre el encanto y la poesía hermosa de aquel dulce y santo varón de Asís, San Francisco. Los pasajes, seleccio-

nados, tienen una gran plasticidad y están animados de vida. El autor ha respetado, en esta inteligente y cuidada versión, el estilo y ambiente del texto del santo, aceptando el estilo y siguiendo los textos, literalmente, siempre que ha podido. Los niños tienen ahora la suerte de poder acercarse su corazón a este mensaje de belleza y paz, de amor predicado tan hermosamente en las florecillas de San Francisco.

Noticia de Exposiciones

TENIENDO en cuenta la excepcional situación obtenida en los últimos años por la pintura y la escultura españolas en las exposiciones internacionales en las que España ha tomado parte, y el hecho de que hayan sido artistas—pintores y escultores—abstractos los que han obtenido importantes premios en casi todas ellas, creemos oportuno y significativo comenzar estas notas con unos comentarios relativos a la importante exposición colectiva que se ha celebrado en la sala Biosca, en la que siete pintores jóvenes, seis de ellos no figurativos, nos han ofrecido su labor última.

Casi todos están incorporados a la línea más avanzada del arte llamado «informal», con nomenclatura no muy convincente, pero que hemos aceptado en decisión de urgencia. Uno de ellos, Vento, se ha decidido por la expresión figurativa, y, como los otros, en general, presenta en su obra características marcadamente «ibéricas», muy acusadas en Canogar, que con una materia de la más dúctil textura y una gama extremadamente sobria de color, en la que predominan el blanco y el negro, lo mismo que en Saura, uno de los descubridores de los orígenes hispánicos de casi todo el arte contemporáneo, crea unas superficies ampliamente surcadas por zonas densas o gráficas de acusado valor plástico, en contrapunto con espacios vacíos de peculiar expresión.

Saura, que hasta hace muy poco tiempo ha basado su sistema gráfico en un signo continuo de estructura muy personal y dinámica, incorpora en sus últimas telas, algunas de gran formato, un elemento basado en un esquema figurativo, generalmente una imagen femenina. Ha serenado, en cierto modo, su caligrafía, y apunta hacia una solución estética y formal de gran interés.

Viola, pintor lírico, que da a la superficie del cuadro un valor próximo al de los grandes pintores clásicos (del Renacimiento y del siglo XVII español), va depurando cada vez más sus llamas congeladas por el frío de la alta noche en una Castilla mística y secreta, y desde esta percepción directa, vital, llega a una plástica extremadamente sensible, personalísima.

Farrera, por el contrario, si no nos ofrece ninguna solución peculiar, desde un punto de vista espiritual, sí consigue, en cambio, unas refinadas superficies, en las que el decorativismo de las formas, delicadamente dispuestas, se valora por la utilización de tejidos de diversa trama, que dan a sus composiciones una grata presencia.

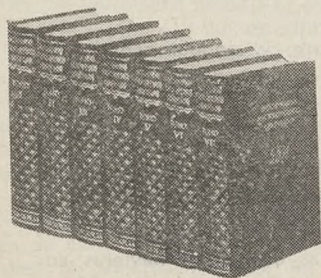
Lucio, uno de los más interesantes pintores españoles de la hora actual, ha descubierto, tallando directamente la madera sobre la que realiza sus obras, que es posible incorporar a la pintura procedimientos y técnicas pertenecientes a otras artes, sin que por ello pierda ésta ninguno de sus valores autóctonos, sino que, por el contrario, se enriquece y libera.

Suárez, pintor típicamente español, para el que la materia, la pasta de sus cuadros, es uno de los factores expresivos más importantes, más cargados de sugerencias de origen visual y táctil, consigue en sus últimas obras coordinar el contraste que existe entre el magma cálido, densísimo, de sus empastes y huellas de espátula y un color intenso, pero armónico, que a veces se adelgaza hasta convertirse en pura efusión colorista.

Vento, el único pintor figurativo del grupo, también ha evolucionado considerablemente hacia un gigantismo que tiene puntos de contacto con el de Picasso, pero expresado a través de una materia directa, sin preocupación esteticista, sólida y austera, que sirve a un color igualmente sobrio y elemental. Sus temas revelan el propósito de expresar algunas de las grandes ideas del hombre: la madre y el hijo, la mujer, etc. Posiblemente sea esta postura ante la pintura una de las que mayores posibilidades ofrezca hacia el futuro. Cuando, pasada quizá la etapa tan fértil de la no figuración, el arte se oriente por caminos nuevos, que serán otra vez los de siempre.

Manuel CONDE

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ABREVIADO



Completo, Moderno, Util y espléndido este diccionario. Siete tomos, gran formato, tamaño 25 X 18. Remítanos cheque de 49 dólares y se le enviará seguidamente sin más gasto.

Servimos cuantos libros desee, todas las editoriales, acompañando cheque en dólares (cambio 60 pesetas). Catálogo general de librería 1959, de 126 páginas, enviamos gratis.

CREDITO EDITORIAL HERNANDO.- Carretas, 21, 1.º Ap. 1.003. Madrid



4

**PALABRAS
QUE
SIGNIFICAN
BUEN
CREDITO
EN TODO
EL MUNDO**

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

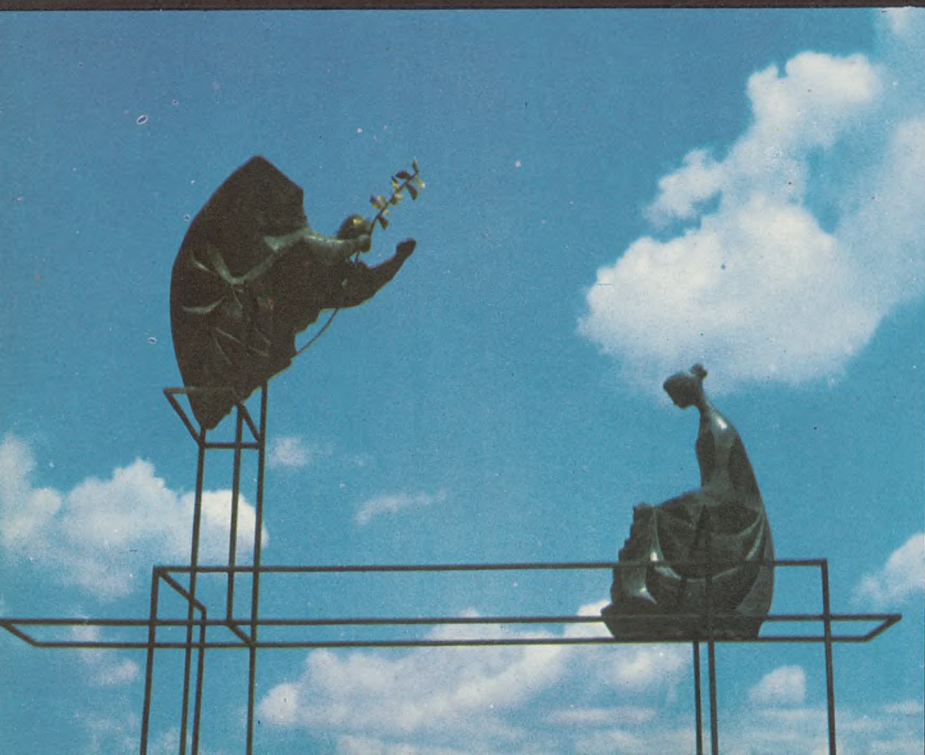
CAPITAL Y RESERVAS: Ptas: 826.250.000

*Un Banco especializado
en exportaciones
e importaciones,
y con una experiencia
internacionalmente
reconocida.*





La escultura religiosa de José Luis Sánchez



JOSÉ Luis Sánchez es uno de los más jóvenes y ambiciosos escultores españoles de hoy. Podríamos decir que, en su afán creador, ninguna materia le ha sido ajena: junto al solemne bronce, él ha probado la suerte de todos los metales, la humildad del cemento, el expresivo hierro, la cerámica, el vidrio y la madera, dejando en cada ocasión huella perdurable de su alta calidad artística. Su fervor personal, orientado a hacer comunicable el arte, a ponerlo al servicio de las necesidades de los hombres de nuestro tiempo, le ha hecho no considerarse satisfecho con la pieza de estudio. Y así ha irrumpido, con valentía y rigor, en el ámbito trascendente de lo religioso. Una abreviada muestra de su obra de este carácter es la que ofrecemos en esta página de color. Reproducimos el cáliz y copón, en plata martelada, para el Colegio Mayor Aquinas; la Virgen de la Correa, réplica en chapa de cobre y terracota de la figura central del retablo en cerámica para el altar de la Virgen de la Consolación en la nueva iglesia de Santa Rita, y una Anunciación en chapa de metal y cobre. La finura expresiva de estas obras, la delicadeza y arranque de su trazado y las buenas maneras artísticas, tan repetidamente probadas por José Luis Sánchez, se hacen evidentes en esta triple muestra de color de arte religioso.



HA LLEGADO LA HORA DE LA AMISTAD LEAL

Una nueva etapa, acorde con el signo del buen entendimiento de Europa, se inicia en las relaciones entre España y Francia. La hora de nuestro tiempo es la de la unidad, frente a la dispersión de ayer; la de la buena amistad entre los pueblos, mucho más necesaria y entrañable cuando viven en vecindad tan íntima como españoles y franceses. "Ha llegado la hora de la amistad leal y entera entre los europeos", ha dicho, serena, noble, lúcidamente, Fernando María Castiella, ministro español de Asuntos Exteriores. El texto de su importante discurso en la isla de los Faisanes y una amplia información de la memorable conmemoración del tricentenario de la Paz de los Pirineos, se recogen en las páginas siguientes, como señal gozosa de ese afán pirenaico, que Ramón de Basterra cantara, de acometer la vida hacia adelante.

UN gran político español—a un tiempo conservador y liberal—, que amaba la Historia, comentando el reinado de Felipe IV, calificó de necia toda conmemoración que España aquí celebre, pensando, sin duda, en primer lugar, en el pequeño monumento que tenemos a nuestra vista y que recuerda un Tratado famoso firmado en esta isla de los Faisanes.

La Paz de los Pirineos, cuyo tricentenario celebramos, es en muchos aspectos un recuerdo triste de la historia de España; corresponde, en cierto modo, al otoño de una época gloriosa de nuestra patria y los españoles no podemos olvidar que en su gracia perdimos importantes posiciones, disminuyendo con ello nuestra influencia en el mundo. En aquel momento España comenzaba a retirarse a sus cuarteles peninsulares después de haber desempeñado durante siglo y medio una misión de carácter universal y cristiano que nadie puede desconocer.

Pero, dicho esto, la verdad es que el Tratado de 1659 también poseía valores y virtudes que por su bondad perduran aún, produciendo bienes permanentes que acercan, en vez de separar, a los dos grandes pueblos ribereños de este río, al que un gran escritor español, nacido a su vera, hizo decir: «Soy un río pequeño, pero con gracia y con más fama que muchos ríos grandes.»

LA ISLA DE LOS FAISANES: AFAN DE ENTENDIMIENTO

CÁNOVAS del Castillo tendría razón al calificar duramente estas conmemoraciones si el monumento a cuyo lado estamos nos recordara a los españoles tan sólo lo que significó en su tiempo, políticamente, la Paz de los Pirineos. Pero este monumento, y más aún la isla de los Faisanes y el propio río Bidasoa, significan para nosotros, sobre todo, un afán de entendimiento, un lugar de vecindad al que los dos pueblos se asoman diariamente a través de su historia inmemorial, un sitio en donde, por encima de las rivalidades y las guerras pasajeras, está la vida, nuestra vida común y entrelazada tantas veces a lo largo de los siglos; un borde cordial y amigo en donde los hombres de uno y otro lado se han encontrado siempre como «faceros», como plenipotenciarios o como soberanos, para hablar llanamente y para hallar, en ese diálogo, el camino que salve lo que, por ser interés común, perdura, olvidando lo que, por ser circunstancial, puede separarnos. Y en ese diálogo leal, que puede recaer, humilde y familiarmente, sobre la propiedad de un salmón o una becada, o sobre el derecho de pasto de unos rebaños en las altas praderías pirenaicas, o, más gravemente, sobre la guerra y la paz, hemos de descubrir, franceses y españoles, el sentido más profundo de esta frontera del río Bidasoa, en medio del cual nació, graciosamente y como para resolver todos los problemas del protocolo fronterizo, este pequeño condominio fluvial que es la breve isla de los Faisanes.

ASPECTO POSITIVO DEL TRATADO DE 1659

EN su aspecto positivo, el Tratado de 1659 significa, principalmente, la fijación de una frontera, la delimitación de un territorio, el amojonamiento de un dominio, y ello realizado con tal acierto, que, tres siglos después, podemos reunirnos exactamente al borde de la misma línea, mientras están en pie las viejas mugas desde Fuenterrabía a Cerdère sobre la espina soberbia de la cordillera. La frontera de los Pirineos es, tal vez, la más antigua del mundo actual, y por haber señalado claramente el alcance de la soberanía territorial de cada vecino, tiende a unir más que a separar, pues es fuente de entendimiento más que de discusión.

Pero la frontera pirenaica, fiel espejo, en gran parte, del sistema de comunidad surgido de la Edad Media, no es una «frontera línea» de tipo moderno que separe radicalmente a dos países, sino una «frontera zona» de colaboración que los une merced a las relaciones de buena vecindad, convivencia fecunda y armonía pacífica. Si deja bien claro dónde están los límites, funciona con la elasticidad suficiente para no separar violentamente a las poblaciones vecinas, cuya fisonomía y tradiciones peculiares fueron respetadas, en buena medida, al llegar hasta el borde fronterizo la soberanía de cada nación. Y esto, que es un hecho incontrovertible a lo largo de nuestra historia de vecindad, tuvo su sanción en el Tratado de los Pirineos, que al salvaguardar el espíritu y las formas de vida de los pueblos fronterizos creó, en vez de una línea de choque y fricción, una zona de inicial entendimiento común, anticipándose así a la idea moderna y actual de la convivencia pacífica entre los pueblos afines y superando estrechos localismos y viejos conceptos de «frontera-muralla», que en el asombroso instante que hoy vivimos serían enteramente anacrónicos.

Y al hacerlo así, el Tratado de 1659 trazó con tan aguda visión la frontera, que no sólo ésta ha soportado anomalías geográficas y división de comunidades históricas antiquísimas, sino que ha resistido también la presencia a sus lados de dos grandes pueblos europeos que siempre se sintieron protagonistas de la Historia, y por ello, en muchas ocasiones, cruzaron sus caminos, enfrentándose sobre los campos de batalla.

LA TRADICION PIRENAICA

MAS tal vez nada de esto hubiera sido posible si por debajo de convenciones y tratados no corriera sin cesar el fresco venero de una tradición común e inmemorial que une a los pueblos de la frontera. Viejas tradiciones como la de la Mesa de los Tres Reyes, en la juntura de Navarra, Francia y Aragón; como los diálogos que siempre resolvieron los problemas de los hombres de mar de estas costas, aquellos marinos que pactaban en la Edad Media, como soberanos, con los reyes de Inglaterra, o pescaban ballenas en las costas misteriosas de lo que había de ser América; como las «compascuidades» que siempre defendieron los habitantes de los altos valles. Simplemente, como esa grave dignidad de reyes pirenaicos con que los alcaldes pastores del Roncal guardan el tributo anual de las rubias vacas baztanesas.

Este espíritu de conservación ha sido mantenido por los acuerdos que Francia y España han ido concertando a través de los tiempos, y muchas de las antiguas instituciones fronterizas se han ido incorporando a los Convenios de límites entre los dos países, de suerte que todo el cuerpo de legislación internacional sobre el que se basa la vida de la frontera pirenaica es un reconocimiento de la raíz de amistad y buena vecindad que hallamos en el subsuelo de esa vida.

«UN CANT DE GERMANOR»

Y es que, señores, el Pirineo realmente—casi diría afortunadamente—existe. Pero es montaña que más une que separa, y a través de sus escobios, entre los bosques profundos de hayas y robles, cruzan las calzadas romanas que enlazaban las Galias con la Tarraconense; pasa el Camino de Santiago, por donde anduvieron los reyes de Francia y en cuyas sendas quedó la huella de Aymeric Picaud, romero francés que llevaba a Compostela, como un tesoro, el *Codex Calixtinus*, escrito por otro peregrino jacobeo, el borgoñón Papa Calixto II. En la hoz de Roncesvalles aún resuena el olifante marfileño de Rolando llamando a Carlomagno, el emperador de la barba florida, como resuenan ambos nombres en los romances de España desde hace mil años. Desde Sainte Foy de Conques y Saint Martin de Tours al Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, una cadena de templos románicos que pasa por el Pirineo ha unido durante siglos a dos pueblos en la misma fe y en la misma cultura. Y la leyenda europea y cristiana del Santo Grial o el viejo mito clásico de la Atlántida, que desde Platón a mosén Jacinto Verdaguer cantaron los poetas de Europa, han reposado, guardados como en un cofre de roca, en estas montañas francesas y españolas, en cuya honra podríamos entonar hoy la estrofa de Maragall, escrita en la ilustre lengua catalana, hermana de la «langue d'oc»:

«Tots els teus fills te fem la gran cançó
Que de l'un cap al altre a amor convida
Y es va tornant un cant de germanor.»

Al lado de esa virtud de respeto que reconocemos en la Paz de los Pirineos, tanto el Tratado como las negociaciones precedentes y las veinticinco conferencias que aquí celebraron don Luis de Haro, marqués del Carpio y el cardenal Mazarino, primer ministro de Francia, ponen de manifiesto dos realidades que aún pervivían en la vida europea, y que por ello no podían dejar de informar el espíritu de este episodio histórico. Porque tienen en el día de hoy de nuevo plena vigencia, quiero señalarlas de manera muy principal.

EL NEGOCIO DE LA PAZ Y LA «UNIVERSITAS» CRISTIANA

Es la primera el sentimiento de pertenencia a una comunidad superior que ambos negociadores y sus reales soberanos sintieron en todo momento, percatándose de sus deberes hacia la universalidad cristiana de la que eran y se sentían miembros. Felipe IV—en cuyos pulsos latía, tal vez con desmayo, pero también con lealtad, la sangre del emperador Carlos V, gran paladín de la unidad de Europa—persiguió con afán la paz, no solamente pensando en sus reinos necesitados de reposo, sino, muy principalmente, en sus deberes universales. Como él decía a sor María de Agreda, la sagaz monja franciscana, en cuya prudencia y sabiduría hallaba el rey sosiego y luces espirituales, «*ahora el negocio más principal que se trata es el de la paz, negocio tan importante para el servicio de Dios y para el bien de toda la cristiandad*». Haciendo honor al desprendido sentimiento del rey, y tal vez ante un último escrúpulo real por las pérdidas materiales que el posible Tratado de Paz va a suponer, la abadesa sor María, su confidente, le responde: «*Y esté cierto V. M. que por la paz, el perder es ganar*». No era ésta simple resignación porque España perdía sin remedio. El consejo de sor María de Agreda hace resonar en mi memoria unas palabras impresionantes que hace años tuve la honra de evocar ante el trono más augusto de la tierra. Palabras de un embajador español al emperador Carlos V. Entonces España no perdía: ganaba. Europa conocía la gloria indiscutida del César, y, sin embargo, don Diego López de Haro, en su patético mensaje al bisabuelo de Felipe IV, le exhortaba: «*...la paz se ha de buscar, porque la guerra ella se viene. Si dada la hallare, tomalla; y, si no, compralla, que nunca será cara*».

No era nueva ni desusada, ciertamente, esta preocupación española. Años antes de la Paz de los Pirineos, cuando la de Westfalia, mientras otros plenipotenciarios europeos recibían de sus soberanos instrucciones en cuyo título literalmente se ordenaba la protección de los intereses de sus respectivos países y de sus aliados, Saavedra Fajardo, embajador de España, llegaba a la conferencia con unos poderes del rey Felipe IV que decían simplemente así: «*Plenipotencia para el Congreso de una Paz Universal... para dar reposo a la Cristiandad*».

La paz es así deseada por el monarca español no sólo por convenir al interés material y egoísta del momento. Hay también un deseo profundo que obliga a Felipe IV a ceder, pensando en el bienestar de toda una comunidad de la que pudo ser señor, pero de la que es, en todo caso, miembro. Y por eso otra vez escribe a sor María de Agreda con auténtico dolor: «*...de mi parte se ha facilitado siempre tan importante negocio, hasta sacrificarme en la división de mi hija, apartándola de mí con mucho gusto para dar tan buen día a todo el orbe cristiano*».

Ese interés por la paz y el sacrificio personal del monarca que trascienden del acento de ternura de estas frases son, en verdad, un ejemplo tal de responsabilidad política, de conciencia histórica y de sentido universal de la misión de un pueblo, que al llamar la atención sobre él contribuimos a recibir de nuevo una lección moral de permanente valor.

SENTIDO DE LA FAMILIA EUROPEA

Y tras esta realidad de la subordinación al bien común que advertimos como fundamento del Tratado de los Pirineos, está otra de igual valía e idéntica raíz: la ausencia de animosidad contra el vecino, la carencia de un sentimiento nacionalista definido en los pueblos que participaron en la gran tragedia que durante treinta años ensangrentó a Europa. Francia y España no son aún, plenamente, en ese momento, dos naciones modernas en pugna. Todavía gravitaba sobre ellas, con su gloriosa pesadumbre, algo de la vieja unidad europea que había empezado a perderse, años antes, en Westfalia. Podríamos pensar que Francia y España son todavía dos provincias de un todo que luchan por la supremacía en el conjunto, pero conscientes de su semejanza, de su común origen y responsabilidad y de su mutuo deber hacia una unidad superior. Nunca mejor podríamos hablar de una lucha entre hermanos, de una auténtica guerra civil que disgrega a la gran familia europea. Recordemos también que a los antiguos y permanentes lazos que unen, por encima de la frontera, a ambos pueblos, se añaden los que atan a las dos estirpes reales. Que Luis XIV es sobrino carnal de Felipe IV, que la reina madre de Francia es hermana del rey de España, y que la futura soberana cristianísima es hija del Rey Católico y prima de su prometido esposo. Este íntimo tejido humano que entrelaza a Francia y España queda al descubierto en el momento de la paz y hace decir a Felipe, rey de España, a la reina de Francia: «*Hermana y señora, vos cumplisteis con nuestra obligación y por el mismo caso os estimo más*».

Trescientos años más tarde la Europa dividida y parcelada por el nacionalismo de los siglos XVIII y XIX, vuelve a encontrarse a sí misma, y, con respeto a lo que la Historia ya no dejará borrar, inicia un retorno al sentido familiar que había olvidado, a ese hondo sentimiento unitario que impedía a las antiguas dinastías reales ver las fronteras como si fueran fosos, a esa voluntad de común entendimiento sin el cual el mundo nuevo en que vivimos no podría subsistir. Viendo así las cosas, esta entrevista en la isla de los Faisanes puede cobrar una nueva significación y adquirir un valor más permanente, al no quedar reducida al puro intercambio de discursos más o menos circunstanciales. Mourlane Michelena, un gran escritor vasco, amigo inolvidable y lleno de bondad, que nació aquí en Irún al borde de este río fronterizo, dijo: «*De las islas, se repite que segregan soledad como las atalayas horizonte. La de los Faisanes, más que aislamiento, ha incitado siempre a la compañía y al diálogo*». Y en verdad, esta pequeña isla nupcial, a la que tantas veces hemos venido los pueblos ribereños a entregarnos prendas de mutua amistad—¿qué mejor prenda que la mano delicada de una infanta?—, es un símbolo permanente en medio de la corriente del río, de lo que ha de ser la vecindad.

LIMITES DE LA HOSPITALIDAD

MAS las enseñanzas que nos ofrece la historia de la Paz de los Pirineos no acaban aquí. Descendiendo de aquellos principios superiores y de valor permanente que hemos recordado, viene a mi memoria el tesón de don Luis de Haro defendiendo al príncipe de Condé, rebelde contra su rey y acogido a la protección española. La nobleza del gesto era justa en quien se sentía heredero de toda una tradición hospitalaria y caballeresca. España siempre ha hecho honor a la hospitalidad y admira a quien la practica. Pero tal vez el cardenal Mazarino tenía razón al responder a Haro, que llamaba aliado al refugiado: «*Des alliés! Nous n'avons garde d'appeler ainsi des sujets qui se révoltent contre leur roi et se mettent sous la protection d'un autre*». Pues si la hospitalidad es noble virtud, el abuso de ella por quien la recibe no debe ser permitido por quien la da. Es bien posible que a lo largo de los últimos años un mayor respeto a la afirmación del cardenal hubiera evitado más de una situación desagradable entre dos vecinos que desean entenderse.

APORTACIONES AL ORDEN JURIDICO INTERNACIONAL

Y como de guerra y paz hemos hablado, pienso que no será inoportuno recordar que nuestros juristas, en común, aquí sentaron las bases de principios hoy reconocidos internacionalmente, aun cuando no siempre se cite su origen, tales como el derecho de los neutrales a comerciar con los beligerantes, el procedimiento a seguir en la visita de inspección a las naves mercantes en alta mar en tiempo de guerra y aquel según el cual el pabellón cubre la mercancía, costumbre que los marinos de estas costas consiguieron elevar a norma después de haber sabido, durante siglos, mantener y respetar un modo de conducir la guerra que fué siempre caballeroso y digno para el contrario.

No quisiera terminar sin aprovechar esta ocasión para rendir tributo de agradecimiento a las dos delegaciones de la Comisión de Límites, que desde 1875, en su primera reunión de Bayona, tanto y tan bien han trabajado en silencio por el mejoramiento de las relaciones entre los dos países, sabiendo encontrar soluciones de compromiso que, sin olvidar el derecho de cada parte, han procurado siempre hallar la concordia de las dos.

En la práctica, la Comisión Internacional de los Pirineos ha venido operando, en cierto sentido, como una Conferencia diplomática de carácter permanente, gracias a la cual se han ido resolviendo con imparcialidad y diligencia los múltiples problemas concretos derivados de la propia coexistencia fronteriza. Su eficacia conciliadora ha sido tal, que, aun habiendo sido creada inicialmente para atender las cuestiones relacionadas con el curso del Bidasoa y la bahía de Higuier, su competencia se extiende hoy, por consentimiento mutuo de los dos Gobiernos, «*de mare usque ad mare*», esto es, a toda la frontera de tierra y a las líneas de demarcación de las aguas territoriales de los dos Estados.

Cierto es que la Comisión Internacional no podrá erigirse, como corroboraba el embajador de Francia en Madrid en 1887, «*en Tribunal administrativo con facultad de pronunciar sentencias*», pero no es menos justo reconocer que sus facultades de encuesta e investigación, estudio y propuesta, conciliación y recomendación, han sido estimadas siempre en alto grado por los Gobiernos de España y de Francia al adoptar las resoluciones y acuerdos definitivos requeridos por la buena vecindad.

La Comisión Internacional ha evitado, además, que la correspondencia diplomática entre ambos Gobiernos se viese recargada con «*los detalles inherentes a la discusión, más o menos animada, de las cuestiones secundarias*» y de los incidentes de carácter fronterizo que se refieren a puntos de hecho difíciles de verificar a distancia.

Los resultados positivos alcanzados por la Comisión Internacional obedecen, en parte, a su acertada composición, en la que entran, al lado de los representantes técnicos y expertos, los diplomáticos también, añadiendo así al conocimiento especializado de los problemas concretos, la visión de conjunto y la discreción diplomáticas, que contribuyen a llevar a un terreno de mutua comprensión las cuestiones debatidas.

AMPLIACION DE SU COMPETENCIA

La eficacia de la tarea realizada por la Comisión se prueba no sólo en la extensión de su inicial competencia territorial, sino en el mayor alcance actual de su esfera de asuntos a tratar, que van desde los convenios sobre intercambio de energía eléctrica o aprovechamiento hidráulico a los recientes Acuerdos de Pesca del Bidasoa y de la bahía de Higuier, de Asistencia Mutua en caso de incendios, de Higiene y Sanidad pecuaria o de modificación de sanciones relativas a pastos.

El desarrollo gradual y orgánico, consentido por ambos Gobiernos durante casi una centuria, de la Comisión Internacional de los Pirineos, es un ejemplo único de buena vecindad en la historia contemporánea europea y la continuidad de los trabajos de dicha Comisión contrasta con las interrupciones que ha sufrido el funcionamiento de Comisiones análogas en otras fronteras extranjeras.

Este homenaje a la Comisión Internacional aquí reunida, a esta institución de consulta permanente, que, como los mismos Pirineos, es lugar de reunión y de diálogo de ambos países, debe conducirnos a nuestra última reflexión.

Ha llegado la hora de la amistad leal y entera entre los europeos. Hoy ya no debe haber enemigos hereditarios y la vieja política de arruinar y debilitar al vecino es una política anacrónica que no tiene ningún sentido en el momento que vivimos.

AMISTAD LEAL Y ENTERA ENTRE FRANCESES Y ESPAÑOLES

DIGO esto desde el borde de mi Vasconia natal, la fuerte y noble Euzcalerría, que dió a mi patria desde siempre sus mejores hijos, los santos y los almirantes, los marinos y los letrados, los colonizadores y los soldados. Pero esta Vasconia de españolismo irrenunciable, cuyo espíritu no sólo nacional, sino universalista, la llevó a llenar de nombres vascos el Nuevo Mundo, ha sabido también dar el ejemplo de la buena vecindad local. Y cuando la defensa de la patria grande no le reclamaba estar sobre las armas, supo vivir en amistosa armonía con los vecinos del otro lado del Bidasoa. Aquí, en este punto en donde nos encontramos, todo nos evoca esa convivencia. La Rhune y el Jaizquibel, las montañas matricias que guardan el río; los bosques de hayas y de robles españoles, de donde salían antiguamente las cuadernas para los astilleros de San Juan de Luz y Bayona; Echalar, abierto en el muro del Pirineo, como un portillo por el que en estos días pasan palomas como un augurio de amistad. El Pirineo, en fin, al que un diplomático y poeta, vasco también, Ramón de Basterra, cantó con un acento alegre y optimista:

*«...en todo el Pirineo hay un ánimo, hay un pulso, un semblante;
el afán pirenaico es acometer la vida hacia adelante.»*

Pues bien, acometamos todos la vida hacia adelante, sin mirar para atrás más que lo debido, pues así no nos convertiremos en estatuas de sal. Sigamos todos el camino de la amistad verdadera. Los que hemos estudiado la historia diplomática europea y hemos observado a fondo el suceder de los acontecimientos dentro del campo de las relaciones internacionales, sabemos muy bien a cuánto dolor, a cuánta injusticia, a cuánto mal de toda índole pueden conducir la amistad insincera, el egoísmo, la ambición desmedida. No nos dejemos caer en estos peligros que la experiencia nos dice que son ciertos y acechan la convivencia de los vecinos como las tinieblas rondan la luz. Hagamos de la amistad no una vana frase y llenemos de sentido y de esperanza esta celebración de la isla de los Faisanes, envuelta siempre—bajo cendales de lluvia o claridades de sol—en un alegre aire de esponsales.



EL PIRINEO UNE MAS QUE SEPARA

A las once de la mañana—una mañana soleada y suave de otoño—del día 24 de octubre, los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y España, señores Couve de Murville y Castiella, avanzaron el uno hacia el otro con las manos extendidas, en un gesto cordial. Se hallaban los dos ministros sobre el puente provisional construido por los pontoneros españoles del Regimiento de Zaragoza para enlazar la isla de los Faisanes, situada en el medio del río Bidasoa, con las dos riberas vecinas, la francesa y la española. Sonaban la *Marsellesa* y el himno español, ejecutados por las bandas de música del Regimiento francés de Paracaidistas Coloniales y el Regimiento español de Infantería número 8, que rendían honores a cada lado de la frontera fluvial. Los ministros se encontraron en la mitad exacta de su camino, en el punto de la isla por donde pasa la línea imaginaria que señala la frontera. Los comandantes navales francés y español del Bidasoa dieron la «novedad» a los ministros, como si la isla fuera un navío anclado en medio del río y los visitantes subieran a bordo. Se oyó la «pitada larga» del *Reglamento de honores y saludos* de la Marina, en tanto que los ministros de Francia y España cambiaban un saludo de efusiva amistad. A su lado estaba el monumento que, desde el siglo pasado, conmemora la Paz de los Pirineos. En el centro del monumento aparecen esculpidas dos manos entrelazadas, que, aludiendo a los esponsales de la infanta española María Teresa con el rey Luis XIV de Francia, celebrados cuando la Paz de los Pirineos, simbolizaban al mismo tiempo algo más hondo e importante: la amistad entre España y Francia.

A esta amistad rendían homenaje los ministros Castiella y Couve de Murville, al celebrar, con una serie de encuentros y ceremonias que comenzaron en la isla de los Faisanes el día 24 de octubre, el III Centenario del Tratado de los Pirineos, por el cual se firmó la paz entre España y Francia después de un cuarto de siglo de guerras sangrientas.

Su celebración se ha abierto con una reunión extraordinaria de la Comisión Internacional de los Pirineos, presidida por los dos ministros. Esta reunión tuvo lugar en la pequeña isla de los Faisanes, en la que tres siglos antes se habían realizado las conferencias de la Paz de los Pirineos y, finalmente, los esponsales entre la infanta española y el rey francés. Un hermoso tapiz, que representa la escena del encuentro de las dos familias reales, servía de fondo a la entrevista de los ministros de Asuntos Exteriores.

El señor Couve de Murville pronunció un discurso, en el que explicó el sentido de la ceremonia que se realizaba; hizo la historia del Tratado de los Pirineos y de las vicisitudes de las relaciones entre los dos países, y expuso la necesidad y la conveniencia de que Francia y España, elementos fundamentales del equilibrio europeo, estrecharan cada vez más la amistad.

El ministro Castiella respondió con un discurso que ha sido ampliamente comentado dentro y fuera de España por su calidad literaria y por la importancia grande de su contenido. Recordó todo lo que había de negativo y perjudicial para España en el Tratado de los Pirineos, pero dijo que era necesario pensar ahora en lo que tiene de positivo y benéfico, y que es, fundamentalmente, la conciencia de los firmantes del Tratado de pertenecer a una comunidad superior—la comunidad cristiana y europea—a las particularidades nacionales y la falta de animosidad contra el rival. Aludió al acierto con que se fijó la frontera hispano-francesa, y dijo de los Pirineos: «Y es que, señores, el Pirineo realmente—casi diría afortunadamente—existe. Pero es montaña que más une que separa...»

Terminó diciendo que había llegado la hora de la amistad verdadera entre los europeos, y acabó su discurso con estas palabras: «Hagamos de la amistad no una vana frase y llenemos de sentido y esperanza esta celebración en la isla de los Faisanes, envuelta siempre—bajo cendales de lluvia o claridades de sol—en un alegre aire de esponsales.»

Aquel día el ministro Couve de Murville ofreció, en el Club de Golf de Chantaco, un almuerzo en honor de su colega español. Al final de la comida, de una manera muy espontánea y cordial, el señor Couve de Murville se levantó para proponer a sus invitados un brindis «a la salud del general Franco», propuesta que fué acogida con una calurosa muestra de amistad por los asistentes al acto. El señor Castiella respondió al gentil brindis de Couve de Murville alzando su copa por la salud del Presidente de la República francesa, general De Gaulle, y por la prosperidad de Francia.

Después del almuerzo, los dos ministros sostuvieron una conversación en privado durante cerca de dos horas, durante la cual pasaron revista, en un ambiente de amistad y comprensión, a todos los problemas de interés mutuo para Francia y España.

Por la tarde de aquel día se celebró un *Te Deum* y un concierto de música sacra—con varias obras de polifonistas españoles—en la iglesia de San Juan de Luz, en donde se realizó hace tres siglos la boda de Luis XIV con la infanta de España. Y en la noche tuvo lugar una brillante recepción en

Los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y de España, señores Couve de Murville y Castiella, sobre el puente provisional construido por pontoneros españoles para enlazar la isla de los Faisanes, en el río Bidasoa, con las dos riberas vecinas, la francesa y la española. Rinden honores fuerzas de las dos Marinas.





Arriba: El señor Castiella, durante su discurso en la isla de los Faisanes. Recordó todo lo que había de negativo para España en el Tratado de los Pirineos y abogó por la estrecha amistad de Francia y España.—Abajo: Castiella firma el acta final de la reunión extraordinaria de la Comisión de los Pirineos.

el histórico castillo de Urtubía, especialmente iluminado y decorado para este acto.

Al día siguiente, 25 de octubre, los dos ministros volvieron a encontrarse en la isla de los Faisanes, en donde embarcaron, con sus respectivos séquitos, en lanchas rápidas de la Marina para descender, río abajo, hasta el puerto de Fuenterrabía. En la bahía de Higer estaban anclados la fragata española *Hernán Cortés* y el buque escolta francés *Quepatre*, que rindieron las salvas de ordenanza mientras los ministros de Francia y España desembarcaban en el pequeño puerto pesquero. Maceros del Ayuntamiento, «chistularis», remeros de trainera, los pescadores de la Hermandad de Fuenterrabía, brava gente de mar, hicieron calle a los ministros mientras éstos ascendían por las calles de la vieja puebla ondarabitarra camino del castillo de Carlos V, inteligentemente restaurado de su anterior estado ominoso, en donde fué inaugurada una Exposición histórico-documental que evocaba la época del Tratado de los Pirineos y la boda real.

Esta exposición, verdadero alarde de buen gusto y cultura, alberga, entre otras piezas importantes, los dos tapices que estuvieron colgados, hace tres siglos, durante las ceremonias de la boda real, y los originales de las actas del Tratado de Paz. Estaban expuestas también varias obras cumbre de la literatura española que influyeron decisivamente en las letras clásicas francesas y que aparecían en la exposición junto a los textos franceses que en ellas se inspiraron. Hay también un magnífico busto de Mazarino y el famoso dosel del trono del emperador Carlos V.

A las dos de la tarde, el ministro español de Asuntos Exteriores ofreció, en el Club de Gudamendi, un almuerzo en honor del señor Couve de Murville y de los séquitos de ambos. Durante el almuerzo, unos grupos de coros y danzas vascos exhibieron ante los comensales bellas pruebas de su arte. Al final del almuerzo, el señor Castiella, al proponer a sus invitados un brindis, se refirió, en un recuerdo cordial, «a los amigos franceses de las horas difíciles», a quienes expresó su gratitud y su alegría por ver algunos de ellos entre los comensales. El señor Couve de Murville le respondió renovando su brindis del día anterior en honor del Generalísimo Franco.

En las primeras horas de la tarde, los ministros de Asuntos Exteriores se despidieron en el puente Internacional de Irún, entre la música de los himnos nacionales respectivos, interpretados por las bandas militares de las unidades que rindieron honores a los señores Couve de Murville y Castiella.

Durante la celebración de todos estos actos, a lo largo de los dos días que duraron las fiestas del tricentenario de la Paz de los Pirineos, se ha puesto de manifiesto el sincero deseo de los Gobiernos de España y Francia de promover una más estrecha amistad y leal colaboración entre los dos países. Así lo han interpretado la prensa francesa y la española y algunos importantes órganos de la prensa internacional, en los que ha encontrado amplio eco este acontecimiento hispano-francés.

Parece indudable, pues, que se ha dado un paso más en el camino de la unidad europea, dentro de la cual la amistad entre España y Francia es un elemento de especial importancia.



UNA LANZA POR PIMENTEL

LOS manuales de Historia suelen despachar la Paz de los Pirineos con un desconsolador balance: perdimos el Rosellón, es decir, la Cataluña transpirenaica, y, en la otra orilla europea del Imperio, se nos fué de la mano el condado de Artois. Y, como elegíaco estrambote, hubimos de ceder el rosario de plazas fuertes con que habíamos intentado represar, ante las tierras bajas del Mosela y del Escalda, la impetuosa riada francesa. Ciertamente, no pocos de los 124 artículos de aquél Tratado dan fe de amputaciones y de restas. Pero este saldo negativo de territorios no refleja, ni con rigor ni con justicia, el perfil histórico de aquella jornada tricentenaria en que Haro y Mazarino, acampados sobre el breve refugio fluvial de la isla de los Faisanes, firmaron un largo y laborioso documento, pronto bautizado poéticamente con el evocador nombre de Paz de los Pirineos.

¿Cómo se llegó a aquel 7 de noviembre de 1659? ¿Qué quedaba, Bidasoa arriba, a espaldas de los enojados plenipotenciarios? Como la isla de los Faisanes, la Paz de los Pirineos era un accidente de desembocadura que sólo se puede explicar retrocediendo. Todo empezó cuando el rubio infante Fernando de Austria, gobernador de Flandes, cardenal desde los diez años y glorioso caudillo en la triunfal gesta de Nordlingen, recibió la declaración de hostilidades de Richelieu, otro ministro con capelo. Se cuenta que en aquella ocasión el cardenal-infante sonrió despreocupada y desdeñosamente. Fué un gesto cesáreo y velazqueño, pero también un craso error, porque aquella guerra, que iba a durar exactamente un cuarto de siglo, asentaría el irreversible golpe de muerte a nuestra hegemonía. Era el principio del fin. Ante las grises murallas de Arras, en la ondulada campiña piemontesa, en la tristísima encrucijada de Rocroy, en la Costa Brava entrañable, en las llanadas de Extremadura, fueron cayendo nuestros estandartes sin pausa. De un lado, Luis XIII y Luis XIV; del otro, Felipe IV. Tras los montes, una Francia coherente, dominada ya la Fronda. Aquende, una España desgarrada por la rebeldía de tres duques: el de Braganza, en Portugal; el de Medinaceli, en Andalucía, y el de Híjar, en Aragón; y lacerada por la rebelión de Cataluña, que proclamó conde de Barcelona a nuestro implacable enemigo el rey francés. «Vérité en deçà des Pyrénées, erreur au delà», escribía Pascal por aquellos días en un papel castigado por las cicatrices de innumerables tachaduras y apenas descifrable. Era exacto: al norte del plegamiento pirenaico amanecía el Rey Sol, al sur se ponía la pálida estrella de los Austrias.

Cuando Pimentel negociaba en París las bases del armisticio y del tratado de paz (como suele acontecer en estas lides, el verdadero autor estuvo ausente en la hora brillante y espectacular de la signatura), España llevaba un cuarto de siglo replegándose en todos los frentes, y desde hacía más de dos años no se había despertado al alba de ninguna esporádica victoria. Margarita de Saboya acababa de ser recibida en Lyon como presunta prometida de Luis XIV. La irresistible tenaza anglo-francesa había roto la resistencia hispana en Dunkerque, y el enemigo hostigaba las puertas de Bruselas. Las lises doradas de Luis XIV ondeaban en Ripoll, Puigcerdá, Rosas, Cadaqués y amenazaban Barcelona. Apenas podíamos defender Badajoz de los rebeldes lusitanos. Saint-Evremond llegó a pedir poco menos que la cabeza de Mazarino por haber firmado éste la paz con España, cuando ejércitos franceses de refresco estaban a punto para acabar con la dominación española en los Países Bajos. En este clima, tenso y agobiante, negociaron nuestros plenipotenciarios y obtuvieron la paz, el matrimonio de la infanta María Teresa, unas fronteras definitivas y, por añadidura, la evacuación de las zonas ocupadas en los condados de Cerdeña y de Barcelona, tierras que definitivamente se recobraron para España, ricos valles que engastan iglesias románicas y curvas playas de arenas traslúcidas que acunan el poso de la cultura grecolatina. Y quedó a salvo el honor.

Cuando, al cabo de trescientos años, se vuelve a aquella isla de la conferencia, sobre la que, como escribía Víctor Hugo, «Mazarin, l'athlète de l'astuce, a lutté corps à corps avec Louis de Haro, l'athlète de l'orgueil», hay que preguntarse: ¿hasta dónde habrían podido llegar los soldados del Rey Sol? Seguramente, muy dentro de nuestros dominios. Estamos, sin duda, en la dimensión inescrutable de los futuros, pero asomarse a ella tiene muchas veces la virtud de hacernos entrever las más insondables perspectivas de la Historia. En Rocroy habíamos dejado de ser invencibles. Desde el punto de vista militar, cuando se firmó la Paz de los Pirineos estábamos casi a merced de la coalición franco-inglesa. Dadas la oscura coyuntura bélica y la inexorable voluntad real de mantener por un punto de honor el compromiso contraído con Condé, Pimentel—una de las más extraordinarias figuras de nuestra diplomacia—y Haro casi hicieron milagros. Con la Paz de los Pirineos y con las que le sucedieron—Aquisgrán, Nimega, Ryswick, Utrecht...—, reyes y validos, aunque siempre en retirada, alcanzaron a remansar el proceso de desmembración imperial hasta 1898, casi ayer. Esta pervivencia es mucho más difícil de explicar que la derrota en los campos de batalla de un país pobre, agotado por el esfuerzo imperial y escindido por cantonalismos suicidas.

Hasta aquí el pasado, que, como ha dicho Castiella a orillas del Bidasoa, no conviene mirar más de lo debido para no convertirnos en estatuas de sal. Con la vista en el futuro, y desde la altura de 1959, la Paz de los Pirineos es el sólido cimiento de una colaboración hispano-francesa, que cada día ha de ser más verdadera. Los actos del tricentenario, han acrecentado la cordialidad y la esperanza. Es preciso esforzarse porque esta pequeña cristiandad del siglo XX que es Europa no se malogre, como la de antaño, por obra y gracia de las aldeanas rivalidades que atizan los anacrónicos prejuicios nacionalistas.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA



Couve de Murville y Castiella conversan privadamente en el chalet del Club de Golf de Chantaco, donde el ministro francés obsequió con un almuerzo a su colega español.



Arriba: Los ministros, acompañados por el embajador español, conde de Casa Rojas, y el gobernador civil de Guipúzcoa, don José María del Moral, paseando por la isla de los Faisanes.—Abajo: Llegada al puerto pesquero de Fuenterrabía de los señores Castiella y Couve de Murville. En la lancha, las banderas de España y Francia.





EL CASTILLO DE FUENTERRABIA, CATEDRA DE ESTILO

Aquí, aquí mismo, en la raya marina de Francia, donde suelta sus aguas—porque ya no puede con tanto riachuelo—el Bidasoa, río de esponsales y de duelos entre reyes, hay un pueblo bravo, apretado y duro como la palabra «soldado» en un romance fronterizo. Aquí, en Fuenterrabía, tuvo su castillo el buen visitador de imperios y padre de esa criatura llamada Europa, el bien barbado Carlos V.

Aquí mismo acaba de abrirse y cerrarse la magnífica Exposición del Tricentenario de la Paz de los Pirineos, donde Francia y España han juntado millonadas de riqueza en tapices, armaduras, cuadros, estatuas, monedas, manuscritos, libros, estampas, objetos los más peregrinos e incapaces de juntarse si no era para una ocasión como ésta desde que cada nación echó por su lado.

La Exposición, montada toda ella sobre el hecho concreto de la firma de la Paz de los Pirineos, en la isla de los Faisanes, en 1659, lleva por delante una serie de premisas y conclusiones del máximo interés. Premisas bien expuestas son todos los precedentes de la Paz: planos militares, protagonistas de hechos, árboles genealógicos, etcétera. El blanco armiño y el carmesí, el birrete y las espadas, las llaves de los gentilhombres, todo el severo atuendo de la Casa de Austria, en contraposición con el centelleante boato de la corte de Luis XIV, aparece de manera lenta, persuasiva y noble.

Luego viene la proclamación de la paz y todas sus consecuencias, de las cuales la más sonada y triste a la vez fué el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria, cláusula del Tratado número 33, de las 124 que tiene. La ceremonia y las fiestas de París, recuerdos personales, documentos tan expresivos como la amnistía de Condé y el diccionario que con palabras clave usó el cardenal Mazarino en las conversaciones—que duraron nada menos que tres meses—, todo tiene un marco dignísimo y está mostrado con un rigor selectivo muy de estimar.

Todavía hay más Exposición, porque todo el palacio está convertido en argumento histórico, aunque de manera suelta y decorosa, y sin forzar el rango de las piezas. Siguen las salas para probar ciertos aspectos de la cultura hispano-francesa en el siglo XVII, sobre todo lo que significó la influencia del teatro y de la novela española en los autores franceses, más la fuerza expansiva del castellano. Algunas de estas salas muestran cartas y dibujos de Velázquez, que en estas jornadas fué, como aposentador mayor del reino que era, el que dió ambiente de suntuosidad y decoro a los históricos encuentros.

La Exposición la preside una bella estatua de Carlos V, propiedad de don Fernando María Castiella. En la Exposición han intervenido, entre Museos, Bibliotecas, Archivos, Municipios, Diputaciones, casas nobles y particulares, cerca de sesenta expositores. La han visitado en pocos días más de veinticinco mil personas.

La Exposición del Tricentenario de la Paz de los Pirineos es un lugar donde, además de historia y arte, se puede aprender humanidad y estilo.

JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

En las fotografías superior e inferior, dos aspectos interiores del castillo de Carlos V, en Fuenterrabía, inteligentemente restaurado, en donde fué inaugurada una Exposición histórico-documental que evocaba la época del Tratado de los Pirineos y la boda real. La Exposición es un alarde de buen gusto.



Couve de Murville y Castiella visitaron detenidamente, en Fuenterrabía, el castillo de Carlos V y la Exposición. Aquí aparecen a la salida bajo el arco triunfal que los marineros formaron cruzando sus remos. Después, en el Club Gudamendi, el ministro español ofreció un almuerzo a su colega francés.



FIESTA GAUCHA





El gordo, «cara divertida», tiene un aire feliz: parece alcanzar el anillo sin equivocarse. El entra, triunfante, en la dinámica y alegre fiesta, y pone con su figura un noble acento de humana simpatía, de buena voluntad.

«**Q**ué de ande yerba... si son puros palos...!» No, amigo, no. La fiesta criolla, la fiesta gaucha, es como la flor de la madreselva, que no aroma cuando se la arranca de la enredadera. La fiesta gaucha quitada del patio de la estancia, de los alrededores del rancho o de la pulpería, se convierte en cosa ignorante a la gracia y al donaire. Esta fiesta no nació para tablado, no es espectáculo; es un simple rito campesino, que se celebra de tarde en tarde para puntear una esquila, celebrar una yerba, alegrar un bautizo o el triunfo de una patriada.

Vea, amigo: es fiesta estival; cosa de hombres, no de gurises, y de hembras vestidas de percal. Es fiesta de gente con la voz mojada y la tonada fácil, que decía mi compadre y maestro, don Fernán Silva Valdés.

Mientras echamos un trago de caña o de ginebra, se la voy a contar. Cae la tarde. Llega la hora de la oración o de las ánimas. Santiguéese, no más. Ya las luciérnagas encienden sus luces, que amplían la tímida claridad que da un farol. Se va formando la reunión alrededor del ombú, porque, ¡oiga, amigo!, si falta el ombú, el árbol bombero y solitario de nuestra pampa, entonces no hay fiesta. Van llegando los hombres. Vienen de muchas leguas de distancia, subiendo del bajito o cruzando la cuchilla, jinetes en sus fletes, que dejan atados al palenque. Son gentes de pocas palabras, pero sentenciosas. «No necesitan leer p'a enterarse.» Los recibe el mujeriego, que dice en la mirada coqueta lo que calla el pudor. Ellas lucen un pulcro atavío: falda amplia, cuyo primer modelo vino de Andalucía; bata ceñida al talle, y por todo adorno supletorio, un pañuelo al cuello. Huelan a *agua florida*, y su maquillaje se limita a unos toquillos de polvos de arroz. Ellos usan la bombacha amplia, de color negro los más; blanco el de los más jóvenes y *engallados*. Calzan botas de media caña, y en la cintura, el tiro, de cuero adobado, en el que prenden monedas de plata. Atravesando el tiro, llevan el facón, el inseparable cuchillo con empuñadura de plata, repujada con una pieza de oro. La chaqueta, corta, que vino en el mismo embarque que las faldas femeninas, de un cortijo andaluz. Y al cuello, un pañuelo, la golilla, que es divisa partidaria y dice con su lenguaje de colores la condición de su dueño.

Un voluntario rasguea un *vidalita* como para hacer ambiente, mientras el mate amargo, cimarrón, prepara el gizonte para otras bebidas, cuyo repertorio se limita a la caña o la ginebra. La caña, de La Habana; la ginebra, de porrón. Se adelanta un mozo, e imitando al gallo, empieza un lento zapateado, invitando a su moza. Y ya los tenemos bailando el *gato*. Al guitarrero que inició el canto de la bordona se suman otros, y otros, y alguno, osado, entona un *cielito*. Entre *cielito* y *vidalita*, entre *gato* y zapateado, alterna alguna polquita, y de pronto, a la voz de *aura*, se forman las figuras equilibradas, gráciles y casi solemnes del *pericón*. ¡Ah!, pero el *pericón* ha de ser con *relaciones*, es decir, que se interrumpe de cuando en cuando para hacer corro a una pareja, que dialoga, más o menos, en forma versificada: «¿Me quiere decir cuál es la distancia entre la orilla y el mar?» Es el desafío de la hembra, al que el hombre replica rápido: «La misma que hay entre el beso y la boca.»

Así, hasta el alba, y luego, hasta otro año. Y retornan a su querencia los hombres, al trote corto de sus tordillos, o bayos, o gateados. Y van mentando lo ricos que estaban los pastelitos de dulce, la bondad de las tortas fritas, el ingenio de aquel payador de otro pago... Un guascaso alarga el trote de los parejeros: «Y aquella china será querendona.» Pero eso es para pensarlo, para rematar el tranquilo goce de la fiesta gaucha; nunca para decirlo.

Amigo, ¿se da cuenta ahora de que la fiesta gaucha no es para tabladitos?

Los bailes y canciones tradicionales son los favoritos de la fiesta. El diálogo, cortés y galante, de los pañuelos, adorna y explica el nuevo amor, que sigue diciéndose, fielmente, con las bellas y ancestrales costumbres.



Con antiguas y nuevas monedas de la Argentina se fabricó, con amor artesano, el cinturón del gaucha. A los brillos y reflejos de plata, que multiplican la luz, se une el efecto del cuchillo tradicional. No es leve la carga, aunque sea sonada. La fiesta gaucha convoca en su costumbre a la comida al aire libre. Los participantes acuden con sus viandas y montan sus improvisadas cocinas en el campamento. El número de las guitarras figura entre los más espectaculares. Más difícil todavía: el gaucha coloca la guitarra sobre la cabeza para hacer oír sus graves cuerdas sonoras. Se exige una gran habilidad y un indudable arte para cantar y bailar y recitar de esta manera. Finalmente, el labrado y noble metal de las espuelas junto a la delicadeza de la piel trabajada amorosa, cuidadosamente. La plata de las espuelas y el cuero se armonizan en esta estampa, plena de brío y autenticidad, que constituye estrofa admirativa, en la que se alojan el orgullo del gaucha y su arrogante nobleza.

Reportaje gráfico: Kurt Severin, exclusivo para «M. H.»—Texto: C. L.





EL CINE HISPANOAMERICANO EN LA «MOSTRA» FILMICA DE VENECIA

Por
LUIS
GOMEZ MESA

PARA los organizadores—y ahora también para los componentes del Comité de Selección—de la Mostra Internacional de Arte Cinematográfico de Venecia—que así se la ha denominado, y no festival, a esta manifestación, la primera en su clase que se creó—el cine hispanoamericano no es importante. ¿Y para nosotros, para los que hablamos la misma lengua? Sí, y por esa razón esencial.

Cada año que acudimos a este certamen nos impulsa, como su interés cardinal—en sueño e ilusión profundos—, ver películas argentinas, mexicanas y de los otros países de nuestra comunidad idiomática. Y más que en las seleccionadas oficialmente—con derecho a premio—, fijamos nuestra atención, que es honda y vibrante fervorosa, en las pertenecientes a esas naciones, cuyos títulos resaltan entre las que se proyectan en la sección informativa.

Por distintas causas, que algún día tendremos que escrutar con entera franqueza castellana, no se exhiben en pantallas es-



pañolas películas de producción argentina, mexicana o de cualquier otro país de nuestra viva y espiritual fraternidad hispánica. Y las pocas que se ofrecen al público o son viejas o de muy deficiente calidad.

Gracias—exactamente, ¡gracias!—a los festivales, he podido seguir la trayectoria de estas cinematografías, tan amadas, con idéntica intensidad como a los seres que verdaderamente se quiere—y toda actividad filmica nacional constituye un ser vivo—, tanto en el infortunio como en el éxito.

En el reciente certamen veneciano se han exhibido, en la sesión informativa, dos películas argentinas—*En la ardiente oscuridad* y *Campo arado*—y dos mexicanas—*Sed de amor* y *Los desarraigados*—, excluida *Sonatas*, de coproducción hispano-mexicana, cuyo comentario crítico dejo para el momento en que estudie las últimas obras de diversos directores actuales del cine español.

* * *

Las dos películas argentinas responden a unos conceptos distintos, preferidos y muy cuidados, del cine de este país: la adaptación de una obra conocida del público, triunfadora en el teatro o en la novela, y el afán de encontrar un estilo propio en la autenticidad completa: tema, trama, personajes y ambiente.

En la ardiente oscuridad, sin perder ninguno de los valores y calidades de la obra original de Antonio Buero Vallejo, está ajustada a la nueva modalidad. Es lo que se ha de cumplir con una obra teatral lograda en sus propósitos. Asunto trascendental que descubre a las gentes contradictorias intimidades—angustia y esperanza, instantes dolorosos y jubilosos—del mundo de los ciegos, se ha conservado su sustancialidad dramática en el guión de Eduardo Borrás. Autor teatral, Borrás, como Buero, le gusta alternar esa tarea con el cine. Su cometido, fiel al texto original, es hábil. Pero lo decisivo para la calidad de la película es el trabajo del director, Daniel Tinayre, artista y técnico, expertísimo en la armonización de ambos componentes cinematográficos. Interpretan emocionalmente sus personajes Mirtha Legrand, Lautaro Murúa, Duilio Marzio, Luisa Vehil, María Vaner y Leonardo Favio.

Campo arado procede de la novela de este título de Ernesto L. Castro, acoplada al cine por éste, en colaboración con Oswald Falabella. Se eligió esta narración precisamente por su «argentinismo». Se evoca la dura lucha—una ardua etapa, que exigió caracteres y espíritus fuertes—de la conquista del desierto. ¿Una trama «del Oeste», como las de Hollywood? Unos recios y violentos hechos verídicos, con pocos remansos tranquilos, que sucedieron en tiempos muy difíciles para la Argentina. En la misma línea que *El último perro*, de Lucas Demare, por citar una película no muy lejana. Leo Fleider desarrolló eficazmente su labor directiva. Incorporan bien los diversos papeles Silvia Legrand, Santiago Gómez Cou, Luis Dávila, Nelly Panizza, Tito Alonso y Alfredo Almanza.

* * *

Consiguió el cine mexicano propagarse



Una violenta escena de «Sed de amor», con el popular actor Pedro Armendáriz.

Santiago Gómez y Nelly Panizza, en un plano de la producción «Campo arado».

También en «Campo arado» aparecen los famosos Silva Legrand y Tito Alonso.

En «Los desarraigados» figuran de protagonistas Lola Tinoco y J. Moreno.





en el mundo por las películas del Indio Fernández—*Flor silvestre, María Candalaria, La perla, La red...*—, exhibidas en los festivales y muy elogiadas por los críticos. Representan, indudablemente, facetas genuinas del pueblo azteca. Pero por creerse que es ése el camino del éxito artístico—opuesto al pintoresquismo, expresado en canciones y bailes típicos, asegurador del comercial—, se repite demasiado. Y en su entusiasmo por lo bravío, por lo violento—de otra forma que «la ley del más fuerte» de los relatos del «Oeste»—, caen ya en la exageración. Puestos a pelear, a tiros o a porrazos, un charro y un vaquero, ganaría aquél en una película mexicana y éste en una hollywoodense. ¿Y no hay, en la exaltación de la valentía del charro—¡que nunca se raja!—, una réplica a las falsedades que perpetra ese cine con los personajes mexicanos?

Sed de amor es una acumulación de incidencias melodramáticas. La trama está recargada de brutalidad. Por un lado—el de la viuda María, que ansía volver a casarse—, desenfreno de instintos y pasiones, y por otro—el de su hermana Rosaura—, honda devoción religiosa. Desviado este sentimiento hacia el folletinismo, se mezcla con la superstición de la abuela, que practica el curanderismo de los indígenas. Argumentalmente, no resiste el menor análisis riguroso. Yuxtaposición de disparates. Dirigida por Alfonso Corona Blake, con realce de lo virulento, su única nota encomiable es la belleza de los paisajes de Janitzio, reflejados en Cinemascope. Silvana Pampanini acentúa los excesos de su enloquecido personaje de María; Ana Luisa Peluffo interpreta a Rosaura, y Pedro Armendáriz se supera—en el papel del forastero—en rudeza.

Y *Los desarraigados* acomete un tema importante: los mexicanos que viven en la otra orilla del río Bravo, que ni los norteamericanos ni sus propios compatriotas consideran como suyos. Se centra el drama en la familia de Francisco Pacheco, que, deseoso de crearse una existencia próspera, cruzó la frontera muy joven, ya casado, y se instaló en una ciudad del sur de los Estados Unidos. Los padres permanecen fieles a México, pero los hijos, nacidos y nacionalizados en los Estados Unidos—uno de ellos murió como soldado en la segunda guerra mundial—, sufren, en la carne y en el alma, en sus afanes y en sus corazones, el patetismo de ese conflicto. No los quieren en México porque son norteamericanos; y para los blancos de los Estados Unidos, no son de su raza. Aunque predominan en la película los lances melodramáticos, vence la intensidad del tema, superior a esa fácil inclinación. Es una lástima que no se la contuviese, porque, de haberlo hecho, la película estaría plenamente lograda. Dirigida por Gilberto Gazcón, son sus intérpretes Pedro Armendáriz—en un papel bien matizado—, José Elías Moreno, Lola Tinoco, Adriadne Welter, Agustín de Anda y Sonia Furio. quede anotado, en veracidad informativa, que ha sido una de las pocas películas aplaudidas en la XX Mostra Internacional de Arte Cinematográfico de Venecia.



▲
A la versión filmica de «En la ardiente oscuridad», de Buero Vallejo, pertenece esta escena, con Mirtha Legrand.

◀ Otro plano de «Los desarraigados». Pedro Armendáriz y Agustín de Anda, en un momento dramático de este film.

▼
Mirtha Legrand, Nelly Panizza y Daniel Tynaire, durante la proyección de un film argentino, en el palco de honor.



NADA MENOS QUE CARMEN

Por César González-Ruano

La reaparición en España, y sobre todo en Madrid, de donde faltaba hacía años, de Carmen Amaya, ha sido algo que ya está por encima del éxito, al que nos tiene acostumbrados, y que entra en el auténtico olor de multitud.

Carmen Amaya, sin antecedentes muy concretos y sin continuidad clara, es un fenómeno individual en el que se mezclan con impar fortuna la sabiduría con el «ángel», «duende» o como prefiráis llamar a ese estado de gracia que permanentemente la ha asistido siempre.

Gran embajadora de las más puras esencias españolas, insoportables e intransferibles, Carmen Amaya ha recorrido varias veces el mundo, y su eco perdura, con voz decidida, en América, de cuya pluralidad—así hay que decirlo—guarda ella memoria siempre viva y emocionada.

Muy lejos de cualquier asomo de cansancio o de amaneramiento—ese cansancio natural del artista—, Carmen Amaya está no como siempre, sino mejor que nunca, porque a todas sus virtudes y virtuosismos, añade esa sabiduría que da la inteligencia en la insistencia, el fervor que alza sobre sus cimientos, nacimientos y renacimientos, el tuétano de la recreación diaria. Nadie habrá visto bailar lo mismo una misma cosa a Carmen. Cada vez nace de ella misma, animada estatua de su propio ser, mito de su viviente y vigente personalidad.

Quienes la conocemos sabemos que ella tiembla en cada actuación última como si fuera la primera. Esta virginidad renovada es admirable e impar.

Decir a Carmen «bailarina» es concepto que no ajusta con precisión a su arte. A llamarla «bailaora» se resisten íntimas conciencias que encuentran desacreditada esa palabra. Carmen es como la sacerdotisa de un culto milenario. La podríamos llamar danzarina si no prefiriéramos llamarla nada menos que Carmen.

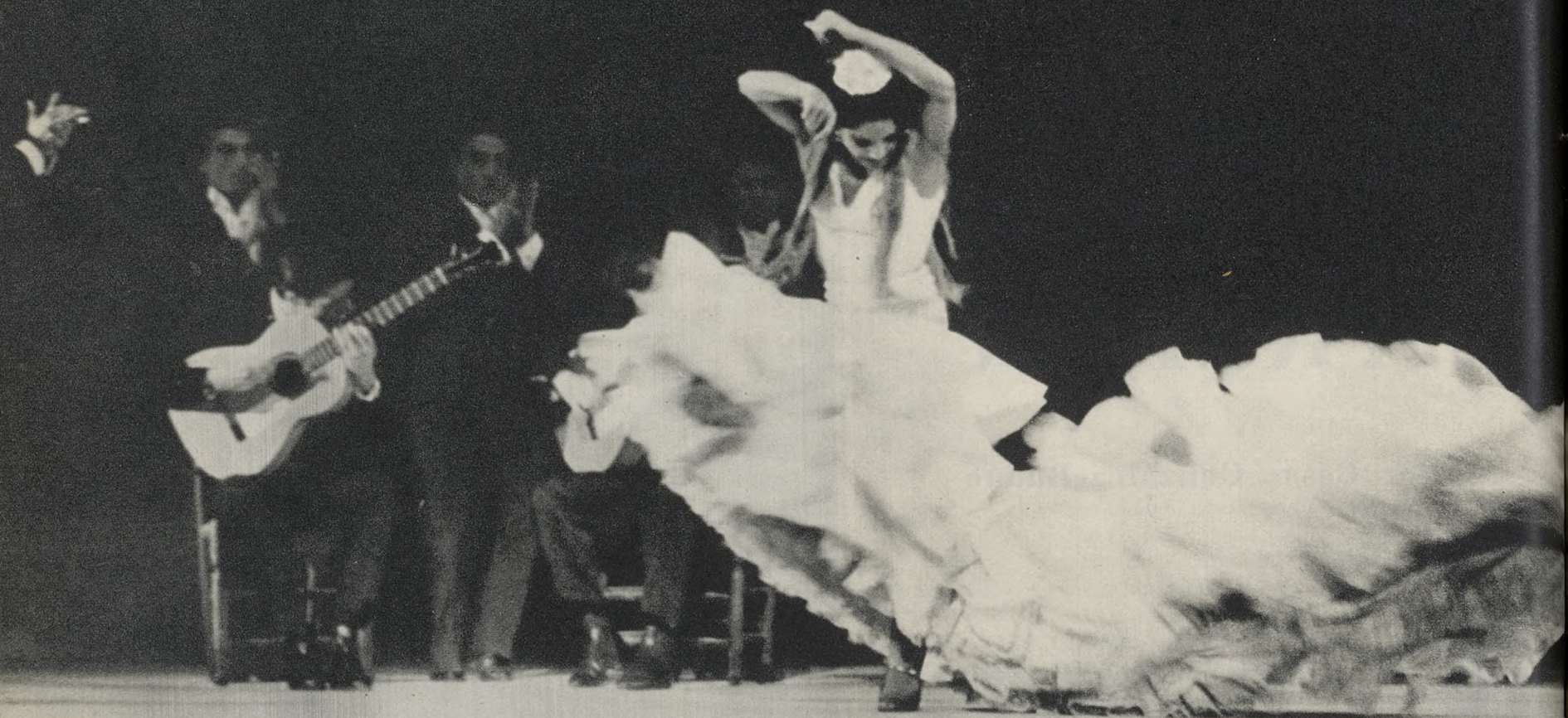
Una jira triunfal por España, luego Oriente, y siempre esa llamada del mundo americano, que en ella tiene el valor constante de un grito casi onírico, porque en la varia América—antigua o adolescente, nunca vieja—es donde Carmen encuentra el tablado universal de las Españas.

Carmen, gitana pura, podría parecer igual una india pura. Hay en ella esa cobriza majestad de ídolo, ese sentido innato del ritmo, esa sabiduría y ese fervor antológico de la huella de muchas civilizaciones.

Después de que el Verbo se hizo Hombre y la cultura piedra, el bronce se hizo mujer en Carmen.

A ese bronce estremecido, monumento en la plaza mayor de nuestras admiraciones y devociones, van estas líneas con la intención de un ramo de flores.





El arte maravilloso de Carmen Amaya, de la más pura raíz flamenca, se expresa con toda la fogosa libertad que le otorga su temperamento.

En el camerino, la espera tensa de la artista apenas tiene la breve evasión del cigarrillo. Carmen, entre bastidores, está atenta, sobre todo, a sí misma.



CARMEN

"la del mundo"

CARMEN «la del mundo», como dijera casi ahora mismo González-Ruano, es «estatua de su fuego», testimonio y afirmación de sí misma como máxima extensión y síntesis de una personalidad que crea la gracia del instante para cada instante. Su fuerza, su terrible impulso de vital torrencialidad inventa, juega, cambia constantemente su pura improvisación en limpia fantasía, traspasa su propia atmósfera con el fuego serpeante de su vigorosa femineidad, quema para sí su propio arte.

* * *

Su mundo, su experiencia, el ancho paisaje presentido y descubierto en sus viajes, en su anecdótica y densa vida; sus más viejas tradiciones, incorporadas y conllevadas con sabiduría y con orden; su fiel costumbre de trabajo y de convivencia, su generosa donación a los demás, ¿qué lugar ocupan en esta fiesta de tabladillo grande y de cacharrería de cobre? ¿Cuál de estos gratos y densos tufillos de cocina brillante y entrañable, donde se cuecen en su antigua salsa los más puros y singulares elementos, corresponde al primitivo y nuevo goce que nos depara? ¿Qué es todo y cada cosa en esta síntesis de Carmen Amaya?

* * *

Todo el temblor y el vértigo de su torbellino de faralaes, el gesto mínimo de su desplante; la serena quietud de su atención ceñida a un difícil acorde en equilibrio entre la guitarra y el movimiento, están impregnados del mismo aroma de madera joven, de suave y dúctil materia vegetal, juñco de vida nueva en creación constante.

* * *

Sobre el sobrio contrapunto del ritmo canta la figura dramática de la bailaora. Es un claroscuro de formas, de música, de sentimientos, que hace, del quiebro dramático de una tensa línea de angustia y de ensueño, un culto místico y fulgurante a no se sabe qué pagano ídolo encarnado, a no se sabe qué inmortal vivencia triunfal y fogosa. La bailaora es, en una plástica y musical verticalidad, la expresión de una individual victoria en la que une los más profundos y remotos orígenes de casta y de temperamento, de raza y de historia.

* * *

Más que alas, más que formas redondas o verdeantes, ella es espuma, nube de sal, viento de intenso aroma y temperatura. Es una forma furiosa y violenta de la líquida femineidad en movimiento.

* * *

Entrega total, sueño sin sueño, delirio de vida o de ser vivida en trance permanente de invención. Muda actitud de anhelo interior, de saberse esperada, de recordarse presente, de sentirse plena y libérrima. Su antagonista es ella misma; está inventando hasta esa misma fuerza ciega que se le enfrenta, ante la que se crece, a la que vence...

EDUARDO MARCO



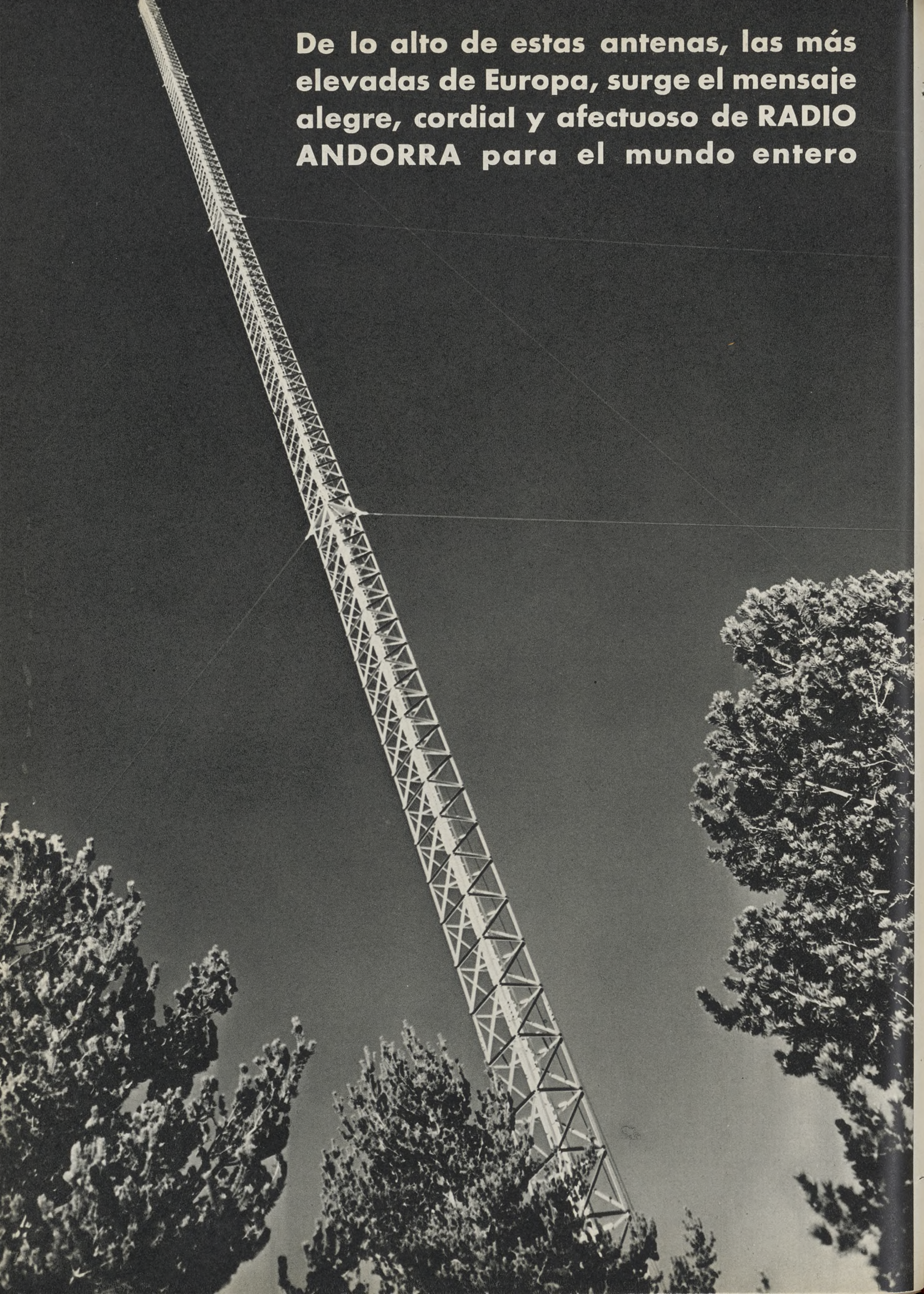
Otra vez en escena, la síntesis inexplicable de las palmas, el rasguear de la guitarra y el rítmico taconeo dan el soporte necesario para ese vibrante espectáculo del movimiento.



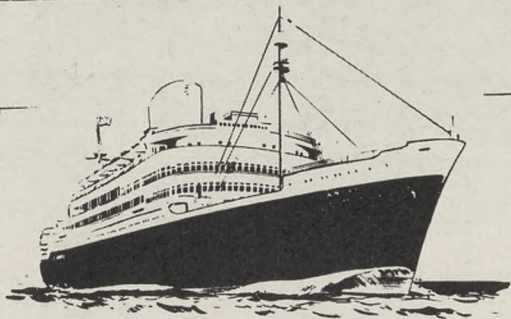
La faceta más particularmente íntima de Carmen Amaya parece ser esta fiesta gitana, tan vehementemente improvisada, que el gesto está ceñido al más exigente y depurado estilo.



De lo alto de estas antenas, las más elevadas de Europa, surge el mensaje alegre, cordial y afectuoso de RADIO ANDORRA para el mundo entero



LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

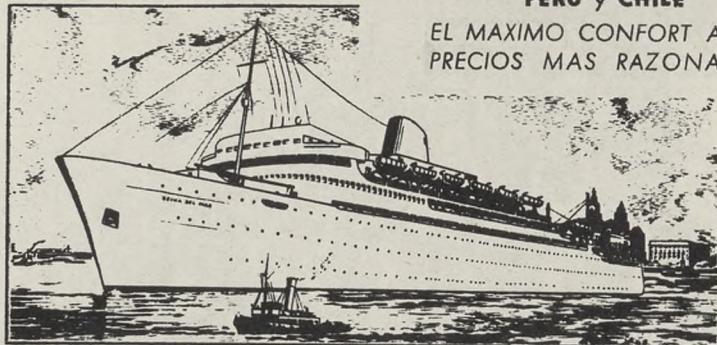
VAPOR	DE VIGO	DE LISBOA	DE LAS PALMAS
Highland Monarch.	3 de Noviembre	4 de Noviembre	6 de Noviembre
Amazonas	25 de Enero	26 de Enero	28 de Enero
Highland Monarch.	12 de Febrero	13 de Febrero	15 de Febrero

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular del magnífico trasatlántico "Reina del Mar", entre ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE

EL MAXIMO CONFORT A LOS PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS "REINA DEL MAR"

De Santander: 17 de Enero
De La Coruña: 18 de Enero

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

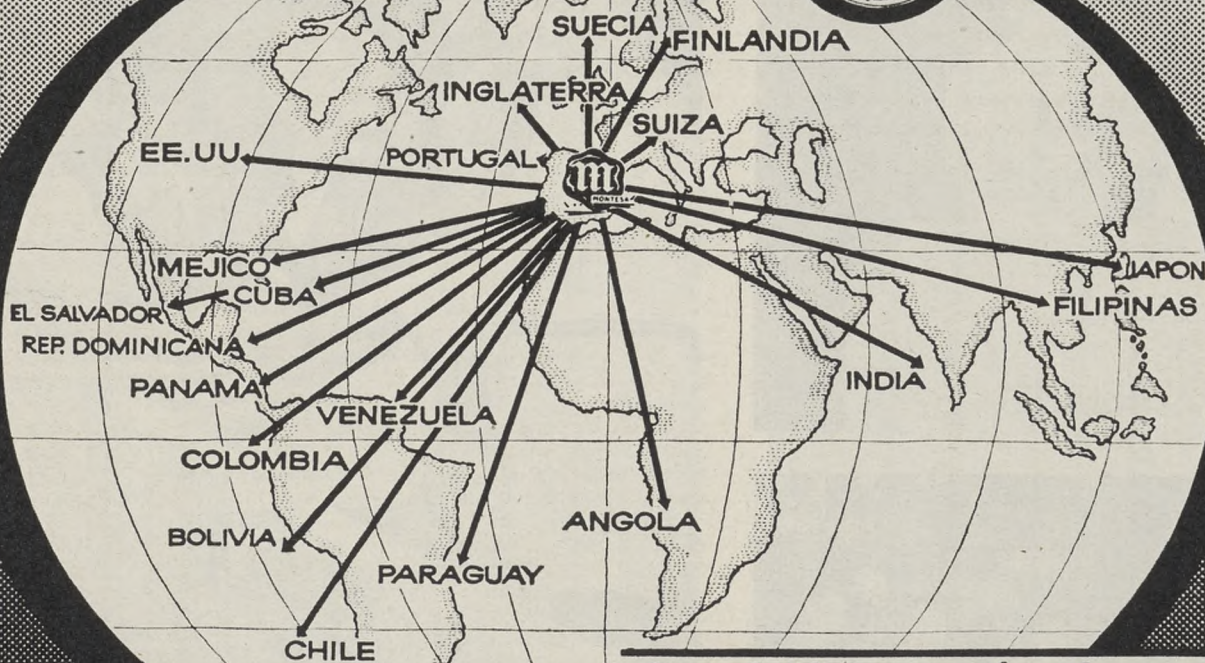
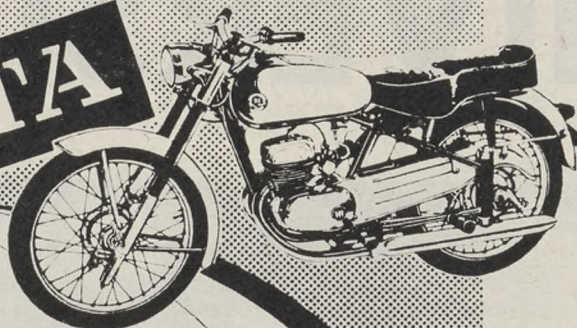
ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246
MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22.46.43 - 22.46.44 - 22.46.45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

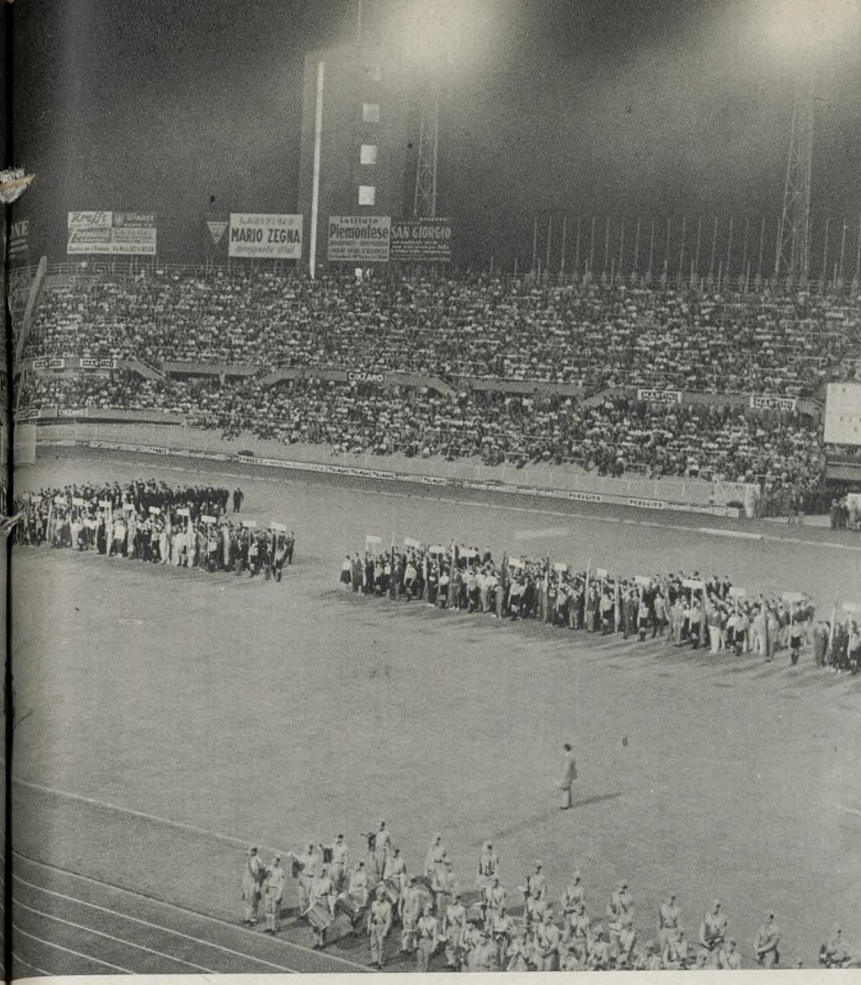
SOBRINOS DE JOSE PASTOR
Edificio Pastor: LA CORUÑA y VIGO

MONTESA EXPORTA



Sea Vd. usuario de una motocicleta que ya circula por todo el mundo.

Fabricada por PERMANYER, S.A. Barcelona. (España)

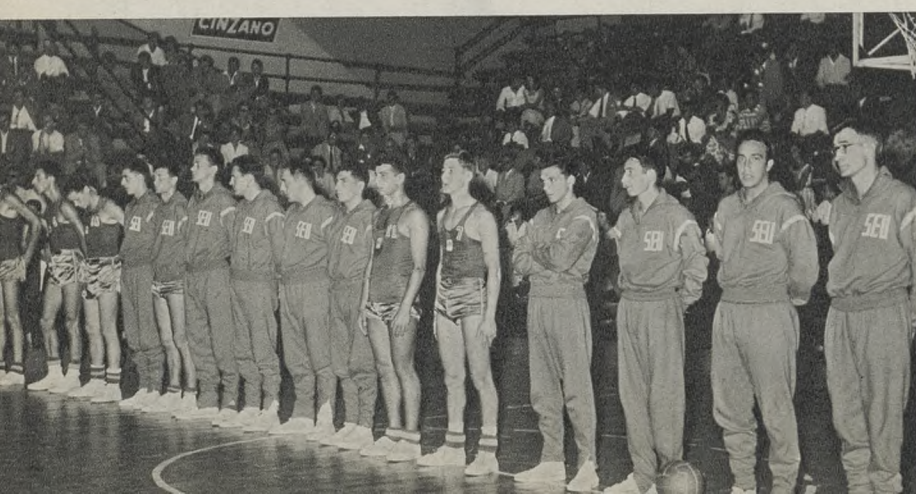
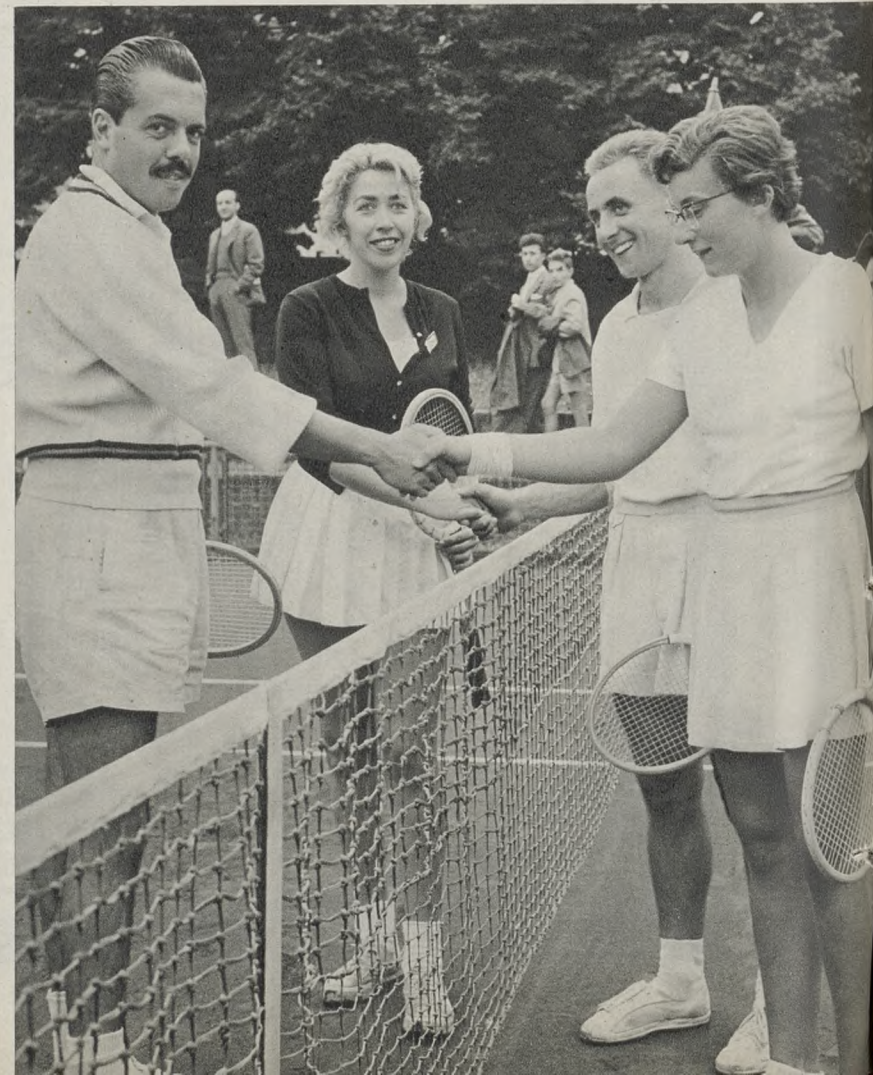


IBEROAMERICA en la UNIVERSIADA 1959

TURIN FUE ESTADIO PARA 1.500 ESTUDIANTES DE 50 NACIONALIDADES



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Panorámica del estadio Comunale, de Turín, en el acto inaugural de la Universiada.—Estandartes de universidades italianas.—El campeón italiano de natación Paolo Pucci lee el juramento deportivo.—El equipo español de baloncesto.—Encuentro Brasil-Francia de tenis.—Un momento del encuentro de baloncesto España-Brasil.



TURIN abrió sus brazos, su señorial hospitalidad, a los mil quinientos estudiantes de todo el mundo que llegaron a la ciudad italiana para competir en siete modalidades deportivas durante los últimos días de agosto y primeros de septiembre. Eran casi cincuenta naciones. Entre ellas, Hispanoamérica estaba presente.

En principio fueron Guatemala, Perú, Costa Rica, Honduras, Brasil, Nicaragua, España, Portugal, México, Venezuela, Chile, Ecuador, Colombia y Panamá las que mandaron su adhesión y decidieron participar. Pero a última hora, quizá por haber compaginado desafortunadamente el calendario de competiciones mundiales deportivas por aquella temporada, solamente participaron Brasil, Portugal, España, Perú, Costa Rica y Honduras.

Estas tres últimas estuvieron presentes con una representación de atletismo. Brasil participó en atletismo, balón volea, tenis y baloncesto; Portugal, en esgrima y atletismo; España llevó tres equipos: atletismo, natación—en cuyas pruebas conquistó una medalla en la prueba de los 1.500 metros libres—y baloncesto. Este era el elenco de los deportes sobre los que corrieron los días y los hechos de la Universiada 1959.

Andrés Ocho representó al Perú en atletismo. Un muchacho que estudia urbanística en Roma, y cuya especialidad son las carreras de 800 metros. Orlando Gei, tirador de peso, era el atleta costarricense. También estudiante en Roma, terminando la carrera de Medicina. Y los hermanos Graco y Rufo Paredes, estudiantes de Ciencias Biológicas y Medicina en Roma, fueron los que llevaron a los Juegos Mundiales Deportivos Universitarios de Turín la voz de Honduras.

España, a través de la selección realizada por el S. E. U., presentó un plantel de cuarenta universitarios, que realizaron un papel digno en la Universiada. Clasificados en casi todas las semifinales y en bastantes finales, alcanzaron el primer puesto en el torneo de consolación de baloncesto y la medalla de bronce de los 1.500 metros libres de natación.

Brasil, que jugó en baloncesto contra España, a quien derrotó, realizó un buen papel en los Juegos. A pesar de que los equipos que llevó a la Universiada no eran de los mejores que están dentro de la Confederación Brasileña de Desportos Univeritários, ya que sus figuras estaban en los Juegos Panamericanos de Chicago. A Turín acudieron veintitrés estudiantes de varias universidades brasileñas.

Por último, Portugal acudió con seis tiradores de esgrima y tres atletas. En Turín se jugó con nobleza, con estilo propio de universitarios. Pero lo más importante fué la conversión de los Juegos en una continua cátedra de enseñanza. Para los que sabían más, al demostrar sus saberes; para los menos enterados, al recibir una lección que se aprendía con afán.

PEDRO PASCUAL



Las telas: el marrón, el verde, el violeta...



VARGAS OCHAGAVIA

UN estilo tan femenino como el de la moda actual lleva consigo la dulzura de las telas.

Están tejidas de una manera que al tacto son agradabilísimas y confortables. El «tweed», que se sostiene de una manera constante en todas las colecciones, gana este año los primeros puestos, dando a los modelos un aire muy a lo «Coco Chanel» de siempre.

El escocés es aún, más que el «tweed», el



VARGAS OCHAGAVIA



dueño de la situación. En los tonos más inesperados, en dibujos de un tamaño jamás alcanzado, el escocés se pasea triunfal por toda la escala de colores. Jacques Griffe y Guy Laroche lo emplean en rojo y negro, y verde y negro, respectivamente, en un verdadero alarde, que rematan ambos con un gorrito de nutria negra, que es ahora y siempre el complemento ideal de las telas escocesas.

Los colores son variados, dominando mucho el marrón, pero el marrón simpático y aterciopelado. También el negro y blanco y el jaspeado o la espiguilla blanca y gris. Algo los azules



PEDRO RODRIGUEZ



y los verdes, pero mirados con poco entusiasmo, y muy apreciados los rojos y los violetas.

En fin, todas las telas de abrigo tienen un común denominador: «apetecen», son ligeras y calientes, no pesan y sugieren deseos de caminar por un parque con paso rápido, seguras y protegidas mientras el viento pela los árboles de hojas secas.

En cambio, las que podríamos decir telas para el interior son sutiles y lujosas. El negro manda siempre y también el blanco; los brochados en esta ocasión más que nunca. La moda un poco oriental de las túnicas los ha traído al primer plano, y ahí están ellos imponiendo sus reflejos oro y plata, bajo un cuello cargado con infinitas vueltas de collares, tiosos y un poco solemnes sobre faldas de terciopelo.

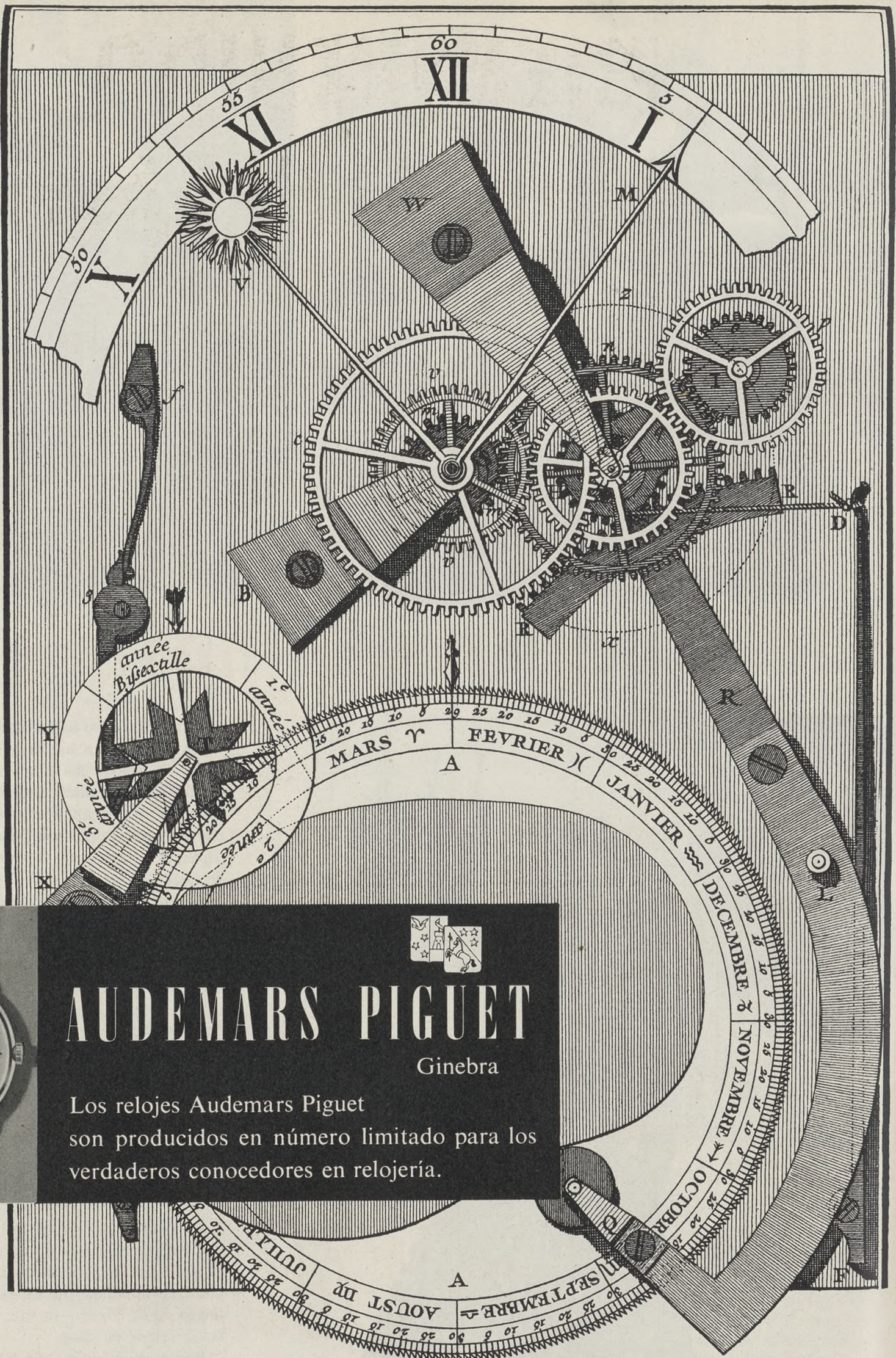
En ocasiones, bastantes frecuentes por lo demás, el brochado baja hasta el zapato, cuando no el satén o el terciopelo.

* * *

Tres modelos de cock-tail de Vargas Ochagavía, realizados, respectivamente, en encaje marfil con lazo de terciopelo marrón, tul y encaje plata, acompañado de un bonetito de terciopelo negro, y el tercero, de tul, también negro, con lazos «sire» en raso.

Pedro Rodríguez nos presenta una túnica brochada y dos abrigos en terciopelo, adornado con martas el de noche y en gruesa lana con guarnición de castor el de calle.

VARGAS OCHAGAVIA



AUDEMARS PIGUET



Ginebra

Los relojes Audemars Piguet son producidos en número limitado para los verdaderos conocedores en relojería.

¡BIEN VENIDO, PEPE MONAGAS!

Por JOSE BENITEZ BRAVO DE LAGUNA

A sí como el inmenso Menéndez Pelayo comenzaba su maravillosa *Epístola a Horacio* con estas bellas y emotivas palabras: «Yo guardo con amor un libro viejo...», también yo tengo que decir, después de haberme exquisitamente deleitado con la lectura de las *Memorias de Pepe Monagas*, del inclito Pancho Guerra, que las atesoro, con entrañable afecto, en mi canaria caja de cedro.

Párrafo aparte merece el impacto emocional que en mi espíritu ha dejado la referida lectura, habida cuenta del casi un lustro que llevo de ausencia del terruño amado, con la *saudade* al rojo vivo ante la sugestiva proyección de hechos, detalles, tipos, expresiones, costumbres, anécdotas, etc., de la insula, tan admirable y difícilmente urdidos y con tan excepcional gracia dichos, en el más auténtico lenguaje de nuestro pueblo y con los modismos propios de sus diferentes comarcas, que, según la estupenda síntesis crítica de nuestra ilustre paisana Carmen Laforet, y empleando sus mismas palabras, «yo creo que no se ha hecho hasta ahora un libro mejor sobre las islas Canarias».

Esta obra, en nuestro ecuménico ámbito isleño—pues los canarios, ¡y en qué número!, nos hallamos desparramados por el mundo, pese al tamaño de deyecciones de mosca con que aparecen nuestras islas a la banda de babor del mapa de Africa—, está llamada a ser de tan perenne e indispensable solaz en cada hogar como en el inefable mundo infantil lo son y serán los inmortales cuentos del genial danés Hans Christian Andersen.

Imposible abarcar, en el corto espacio de un artículo periodístico, las tantas facetas del refulgente brillante que Pancho Guerra, en el diamante de su ingenio, ha logrado tallar tan primorosamente. Será preciso hacer la indispensable simplificación, hasta llegar al límite de lo irreducible, para destacar únicamente los aspectos fundamentales. Y una vez dispuesto, yo aprecio, con superlativo entusiasmo, la doble creación, por el autor, de la *Novela Picaresca Canaria* y del personaje más representativo de nuestro pueblo, encarnado en Pepe Monagas, digna la primera de codearse con las tan valiosas obras de tal género de nuestra rica literatura española, y alternar el segundo con sus colegas Juan Español, el Tío Sam, John Bull, el venezolano Juan Bimba o el cubano Liborio.

El lenguaje de las *Memorias* es uno de los elementos de mayor importancia, no sólo por ser reflejo fiel del habla popular, tanto de la *siudad* como de los campos—que, con perdón de la Gramática, por constituir un atentado contra sus cuatro partes, tiene un irresistible encanto para los que amamos sus bellezas, incluidos los tacos de grueso calibre, soldados sin malicia y para «reforzar»—, sino porque, como en el *Quijote*, hay un arsenal de vocablos, modismos y sentencias tan privativamente nuestros, que merecen el estudio, por parte de los especialistas, de sus orígenes y evolución. De aquí que también se haya ganado Pancho la gratitud de la *gens* canaria, cuando su cosmopolitismo *in crescendo* amenaza dejar en desuso muchas de esas voces, por haberlas, certeramente, consignado a tiempo. Y ya que hemos tocado este importantísimo punto, animémosle todos, incluso por patriotismo, a que lleve a cabo su magno proyecto de publicar el exhaustivo léxico de Gran Canaria que se propone, facilitándole cuantos datos tengamos a mano, ya sean vocablos o bien anécdotas de la inagotable cantera del Risco de San Nicolás, o de las muy ricas también de San Cristóbal,

de los campos o de nuestro Puerto de la Luz, sin faltar en las de éste el graciosísimo «inglés de campullón», asimismo registrado por el autor en su nunca bien mencionado libro. Esto serviría, al propio tiempo, de materia prima para su tan deseada segunda parte de las *Memorias*, que comentamos, ya que todavía queda mucho por decir, y, llegado el caso, sus mecenas en Madrid tampoco regatearían su generoso concurso.

Examinando cuidadosamente la filiación literaria de esta singular producción, puede apreciarse un venturoso consorcio del género picaresco con la novela de costumbres, ya que toda ella es una regocijante enumeración de las bien originales nuestras, algunas, tristemente, desaparecidas. Sirvan de ejemplo además, por su verismo y belleza, aquellos bailes de taifas a la antigua usanza, con sus cantares de «rasquera»...; los coches de hora de tracción animal—¡cómo recuerdo, por haber viajado en ellos, los de Carreño, Pepito de Armas y Antonio Matacán, entre otros, donde, si el punto de destino era San Mateo, verbigracia, había que salir de Las Palmas a las siete y media de la mañana para poder llegar dadas las doce del mediodía!—; los maleficios, mal de ojo, etc., con sus correspondientes «santiguados», rezos, ensalmos y demás; la cría de la cochinilla y la caída de tan formidable negocio, que abrió y cerró una época de esplendor tal vez única en nuestros anales; las famosas misas de la Luz (aquí no puedo con la tentación de dedicarles un emocionado recuerdo a las de mi infancia, en mi inolvidable y querida parroquia de Santo Domingo, donde el presbítero, don Juan Díaz Quevedo, que cantaba magistralmente la misa, al entonar el Prefacio, y haciendo gorjeos, trinos y trémolos, diera envidia a nuestro excelso pájaro capirote; asimismo, en el coro alto del histórico templo, especialmente durante el Ofertorio, la maravilla de las castañetas tocadas por el colosal Rafael «Mamela», uno de los isleños más célebres de todos los tiempos, se unía al alegre concierto de panderos, pitos, triángulo y otros instrumentos músicos, presididos por el órgano, para acompañar la voz angelical del entonces niño Chano Madera y la del magnífico barítono y, como sochantre, digno sucesor del sublime Mateito, el señor Silvestre Cabrera, en el canto de los poéticos villancicos); los inocentes baños de mar nocturnos, de «sopita y pon»—de los que alcancé las «raspas», trasladados al «albita» y por la pedregosa playa de Santa Isabel, cuando aún estaba en pie el ruinoso castillo, cuyas venerables piedras hoy forman parte de una de las paredes de la piscina del colegio de San Ignacio—; el movido juego de las cometas y cometonos, ya en los riscos, bien en el entonces «cercado de Avellaneda», o en las Arenas; las serenatas, con todo su historial galante y bélico...; las riñas de gallos de los eternos partidos rivales de San José y Triana; la clásica lucha canaria; el cambullón, con su complemento de la cría de pájaros y los métodos empleados para la transformación de los bastos en finos, verdadero vivero de «macanudas» anécdotas; el tan isleño y nómada negocio del turrón; la boda de los «colingos» de Cuevas Caídas, que, como todos los casamientos de la zona cumbreña en la isla, está revestida de un colorido especial y del más original encanto, y finalmente, por exigencias de espacio, la sufrida y precaria existencia de nuestra vieja Guardia Municipal, la que, hasta en mis tiempos de chaval, no ganaba para disgustos, «toreadas» e inútiles carreras persecutorias a los mozalbetes.

Respecto a tipos, hay que destacar, como protagonista, el de Pepe Monagas, cuya picardía está en consonancia con la benignidad de nuestro cli-



ma, ya que, teniendo de común con los de dicho género literario la facundia para expresarse siempre sagazmente, no puede decirse que haya en él vileza, maldad ni falta de honra. En su infancia y mocedades abundan las travesuras de muchacho, y muchas veces la burla inocente; y ya de mayor, las vivezas propias de su hirviente sangre y fecundo ingenio, cuya gracia, además, aun en los peores casos, predispone siempre a la indulgencia. Buena prueba de lo dicho es que nunca se vió envuelto en ningún proceso, y sólo de chiquillo fué llevado alguna vez al «cemento», sin que llegara a ingresar en ninguna celda, ni siquiera a estar incurso en el número de los que, años más tarde, consideraba don Diego debía recetárseles sus buenos «vergajazos». El mismo dirá de sí, categóricamente: «En el fondo, soy un hombre cristiano y bueno», en la carta que dirige al autor, remitiéndole el «fleje de papeles» de sus *Memorias*, cuyo comienzo es el inconfundible de las cartas de La Habana y cuyo sabor sólo podemos apreciar, íntegramente, quienes tuvimos la dicha, allá en la tierra y antes de la «mioratoria» cubana, de oír su lectura en el campo, a cargo de la persona que menos mal supiera hacerlo y ante el expectante corro de familiares y vecinos.

La Robencina es uno de los personajes altamente interesantes, máxime porque hasta el día existe en nuestra tierra, como si se reprodujera por esporas, lo mismo en la Cumbre que en el Ingenio, en la Isleta como en los Riscos, etc. Su ciencia y poderes son tan temidos por parte del pueblo sencillo y crédulo, que no le falta a éste sino poner a las y los tales en un altar, ya que a su lado los augures, arúspices, magos, nigromantes, las sibilas, incluida la de Cumas, las brujas de Macbeth y hasta el oráculo de Delfos, más la filosofía Yoghi, son todos juntos una gota de agua comparada con el océano.

El episodio de la turronera Matilde la «Sajoná» con su marido, el mestre Miguel, muestra dos espléndidos ejemplares isleños de la más pura cepa, y hace recordar, a los que ya tenemos los diez lustros con reboso, una serie de historias de la «Costa», en las que los ausentes llevaban las de perder... Además, dicho episodio viene, por carambola, a iniciar a Monagas, ventajosamente, en la «carrera de turronero», en la que se «doctora», como más tarde en la del cambullón, con nota de *meritissimus* las dos veces.

El nacimiento de Monagas, que por lo accidentado tiene hasta su parentesco con el de Moisés, da lugar a que entren en escena Candelarita la de Ayacata y el caballeroso don Antonino, especímenes una y otro de la mujer dispuesta de «tierra adentro», que de todo entiende, hasta de «santiguar», y del padrino superlativamente rumboso que, con zorrería y como sin querer, suele buscarse el campesino canario en tales grandes acontecimientos familiares. (¡No hablemos de cuando el ahijado es un misacantano!) Luego, para la crianza del recién nacido, cuando «malofician» a Estefanita, hacen su aparición una castiza «jaira», que en su «castío» a lo mejor descendiera de aquella olímpica cabra *Amaltea* que amamantó a Júpiter, y María del Pino, la vivaz huérfana de Taidia, justamente llamada la «Primorosa». No cabe duda, como el interesado asegura, de que muchos de sus resabios tuvieron origen en tan complicada lactancia.

El triunvirato integrado por el sargento Antúnez como comandante en jefe, el inconmensurable Ramón Mirabal, cuya filosofía, dicho sea de paso, tan magníficamente asimilaron sus colegas de entonces y muchos de después, y Chanito Monagas, venían a ser, con algún que otro «guindilla», la Scotland Yard de Las Palmas durante los paradisíacos tiempos del pasado siglo XIX. Famosos fueron sus «hechos de armas», según la novela, con el «ganado del Seis de Copas» y los balleneros de los «países nórdicos»—que hubiese dicho el «cosechero de los Barrancos»—, así como el desastroso de la serenata en Vegueta, donde, por culpa del repulsivo Canseco—vil correveidile, del que, desgraciadamente, tan crecido número de homónimos quedan aún—, salió el pobre Chanito, cuarta más, cuarta menos, algo por el estilo a Don Quijote de su malhadada aventura de los molinos. ¡Menos mal que el soplón de referencia, en este caso, recibió, *a posteriori*, su chistosísimo merecido, por partida doble, de padre e hijo!

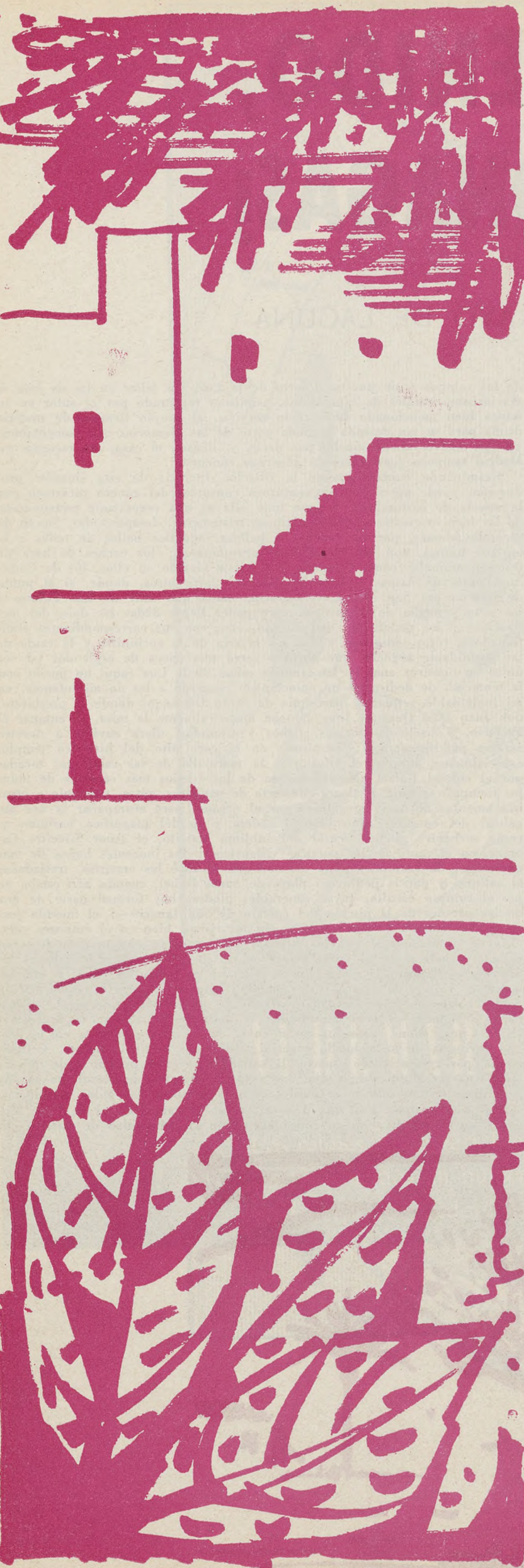
La tertulia en la carpintería del maestro Juan Garepa es fidedigna rememoración de una muy decente, en taller similar de la vieja Vegueta, a la que concurrían, hasta hace poco tiempo, personas bastante destacadas en nuestro ambiente, que todos conocimos de grata memoria.

Y para que no falte la nota de exotismo—¡y eso que todavía la chiquillería de «Fuera la Portada» no recibía a los «chones» cantándoles el «chararapumbiri», mientras «hacia la palma» delante de sus tartanas!—, las extravagancias de Mr. Robert Green y las inglesas Sonia y Marlene, hospedados en el hotel Metropole, donde Monagas, a la sazón hecho un niño bien, saca partido de lo lindo. Eso le lleva más tarde, para «calafatearse», al despacho de don Buenaventura, que no es otro que aquel sabio médico y sobresaliente grancanario don Ventura Ramírez y Doreste, en la divertidísima anécdota suya con Juanito Argumento—aquél ciclope de andar precipitado, grueso bastón de bambú, argpol y mirada de cegato, con sus periódicos, sus fósforos y sus «versos»...—, que Pancho Guerra ha sabido camuflar a las mil maravillas.

Lástima que el inexorable espacio vital no me permita—por haberme extendido demasiado—continuar analizando tipos tan interesantes como don Clemente, el del «contencioso-administrativo», paradigma del sabihondo isleño; el lunático don Nicolasio y sus correrías en «trasmarrino», con la vela de su hija «sita» Isabel y la tan festiva volada de su yerno, apopado por Monagas; el mollar señor Cazorla, «con el barranco de banda a banda» malogrado, por la estratagema de nuestro Pepe, antes de llegar a la «desembocadura»; el atravesado Martín el «Brusco», que, con su matonismo, y como otros de su mismo marchamo, en los que el Risco fué tan pródigo, murió, como suele decirse, con los zapatos puestos; el melindroso don Cayetano y su chasco en la marea de San Agustín—otra diablura de Pepillo—, cuando las púdicas bañistas, como enjambre de abejas irritadas, le enterraron los agujones de sus alfileres de cabeza negra, y doña Constanza Marrero, con su trompada de «muerte de cochino», terminó dejándole «K. O.», de cuya hipnosis vino a salvarle el inmediato y des congestionante remojo que al desplomarse recibiera, y, para terminar, la extraordinaria personalidad gallística de Castrito el «Tollo», tan grande en su línea como en la suya Alejandro.

Inicié este artículo evocando al eterno Horacio, y voy a finalizarlo estableciendo un paralelismo, a veinte siglos fecha, y por lo que al elogio a Canarias se refiere, entre el eximio vate de Venusa y nuestro festivo escritor, pues nadie como aquél en el mundo antiguo y como éste en nuestros días lo ha hecho ni tan poética (1) ni tan graciosamente. De aquí que acojamos con verdadera exultación la llegada a América de las *Memorias de Pepe Monagas*, a las que bien se puede asegurar el más risueño éxito entre la asaz numerosa familia isleña.

(1) *Epodos*, XVI.



A los LECTORES también describen

Sr. Director de MUNDO HISPANICO. Madrid.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a usted para rogarle que transmita al señor director general de Cinematografía Española las lamentaciones de un español que ve impotente como las copias de películas españolas se proyectan por estas latitudes australes con una serie de cortes y defectos sonoros que son un verdadero desprestigio para la cinematografía española en todos sus aspectos.

Soy de la opinión de que ganaríamos mucho en el concepto de apreciación de nuestros films si se obligara un tanto a las empresas contratantes a retirar las copias viejas y ofrecer al término del tiempo señalado copia nueva, a través de las cuales pudiesen constatar los méritos que, a no dudar, hay en las películas que de España nos llegan.

Desgraciadamente, según mis informes, los mismos defectos son ya peculiares en todas las salas de proyección de provincias, ya que únicamente los salones de estreno de la capital federal gozan del privilegio de «pasar» las cintas íntegras; a partir de ahí empiezan los cortes sistemáticos y, por ende, el desprestigio del cine nacional español, cosa que para los que llevamos en nosotros el amor a nuestras cosas patrias no deja de ser motivo de tristeza.

Sin otro particular, y agradeciéndole la deferencia que dispense a las presentes líneas, le saluda atentamente

JUAN RAMOS CUEVAS

Trelew, Chubut (República Argentina).

P.D.: ¿Caben estas líneas en la sección «Los lectores también escriben»?

República Argentina, Corrientes, 25 de julio de 1959.

Señor director de MUNDO HISPANICO. Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid-España (Europa).

En primer lugar, les envío un cordial saludo y un fuerte apretón de manos a los editores de esta magnífica revista; digo magnífica por su interesantísimo material gráfico y literario, que, número tras número, va superándose con gran esfuerzo por ofrecer a sus lectores algo bueno.

En especial debo mencionarles los números dedicados a Caracas (Venezuela) y Barcelona (número 114), donde se describe la revolucionaria arquitectura moderna; los de León y Asturias, donde con interesantes fotografías se puede apreciar el clasicismo español en sus catedrales y construcciones generales de época, y, por último, el del Brasil, un esfuerzo sin precedentes; otra cosa que no puedo dejar de mencionar son los bocetos de afiches en colores, donde se puede apreciar el arte, el gusto y el sentido de los artistas españoles, tales como la Muestra Industrial Flotante, etc., etc. Todos estos números tienen un lugar en la biblioteca de mi estudio; algo que no leo más desde hace varios números son los temas filatélicos y numismáticos, que como aficionado nunca dejaba de curiosear.

Ahora les ruego, siempre y cuando les sea posible, me informen a qué dirección puedo dirigirme en su país con el propósito de adquirir publicaciones técnicas, tales como catálogos, folletos, prospectos, revistas, etc., etc., referentes a hormigón armado, arquitectura, decoración, iluminación comercial y de la industria de la construcción española.

Sin más y en espera de su muy atenta, vuelvo a reiterarme nuevamente. ¡¡Adelante!!

Mi dirección: Hilarión Rodríguez. Casilla de Correo número 101. C/Central Distrito 13. Corrientes (Argentina) (South of America).

Señor Director de la revista MUNDO HISPANICO. Apartado de Correos 245. Madrid.

Muy señor mío:

Soy asiduo lector de la bella e interesante revista MUNDO HISPANICO, aunque aquí la recibimos con demasiado retraso; prueba de ello es que acabo de recibir los números correspondientes a los meses de enero a abril del presente año.

Leyendo el artículo titulado: «La Virgen del Pilar, abanderada hispánica», encuentro un párrafo que dice: «Tras la misa se verificó el relevo de las banderas. El embajador de El Salvador, como decano de los diplomáticos, leyó el emocionado mensaje de ofrenda, en el que recordó que su país era también el decano del mundo hispánico, porque El Salvador fué la primera tierra que descubrió Colón.»

Lamento mucho que la historia disiente de la opinión del señor embajador, porque el lugar al cual puso Colón el nombre de San Salvador fué la isla de Guanahani, del archipiélago de las Bahamas y Lucayas, en el mar Caribe, adonde llegó el 12 de octubre de 1492. Conocidas son las luchas que sostuvo Colón para apaciguar a los tripulantes de las tres carabelas, porque andaban ya sublevándose a causa de que no avistaban tierras después de más de dos meses de haber embarcado, por lo cual se comprende que a esta primera tierra le hubiese puesto San Salvador.

La tierra centroamericana fué descubierta por Colón en su cuarto y último viaje de 1502. Llegó a Guanaja, de Honduras, el 30 de julio de dicho año, desembarcando en el cabo que llamó de Gracias a Dios, en la costa norte de Honduras.

Más bien fué don Pedro de Alvarado el descubridor de El Salvador en Centroamérica, pues habiendo salido de México el 6 de diciembre de 1523, pasó por Tehuantepec, Soconusco, Zapotlán, Quiché, Escuintla (en Guatemala); desembarcó en Acajutla, donde quedó cojo en un combate, lo que le obligó a regresar a la capital de los Cackchiqueles el 21 de julio de 1524, habiendo fundado la primera capital del reino de Guatemala el 25 de julio del propio año en Iximché o Tecpam-Guathemalan.

Hay probabilidades, dice la historia, de que en 1525 se emprendió de nuevo la conquista de Cuscatlán (hoy El Salvador), y no admite duda que en mayo del propio año existía ya una villa en San Salvador de la cual era alcalde Diego de Olguin.

De Iximché se trasladó la capital de Guatemala al valle de Almolonga, capital que fué destruida en septiembre de 1541 por los desbordamientos del volcán, a causa de las torrenciales lluvias, catástrofe en la cual encontraron la muerte doña Beatriz de la Cueva, esposa de Alvarado, y sus nobles damas que le acompañaban.

De Almolonga (hoy Ciudad Vieja) fué trasladada la capital al valle de Panchoy, que es lo que hoy se llama Antigua Guatemala. Esta nueva capital fué destruida por los terremotos llamados de Santa Marta, en 1773.

Estos dos últimos párrafos aclaran la nota que se encuentra en el número 132 de MUNDO HISPANICO, al pie del fotograbado de la iglesia de la Merced de La Antigua, que dice: «Como esta maravillosa iglesia había medio centenar en La Antigua, que se las llevó un famoso terremoto, que se convirtió en tromba inundadora de agua.»

Perdonen mi larga aclaración y que me haya tomado la libertad de hacerla; pero es necesario poner la verdad en el tapete de la historia.

De ustedes muy atento servidor,

Luis Carlos CHAVEZ

Esencia de la tradición hispánica

El sentido real y válido del término *tradición*, en la vida colectiva, es el de *realidad social radical*. Y precisamente, a mi juicio, el problema profundo que plantea la interpretación sociológica del presente en la comunidad de pueblos ibéricos exige ser tratado como una superposición de tradiciones, de las cuales una—la que expresa la intuición fundamental del mundo elaborada por el propio pueblo—es la auténtica, integradora y personalizadora, y las otras—las aculturaciones producidas por el impacto de las contexturas vitales de sociedades extrañas, pero estrechamente relacionadas con la nuestra—son las positivas, desintegradoras y despersonalizadoras. No hace mucho se lo escribía a un amigo iberoamericano. Nuestra historia puede disponerse como un monumental sociodrama, en el que los papeles, jugados por todas las partes del conjunto, van esclareciendo el sentido radical de nuestra realidad.

Un primer actor es el Imperio español del XVI. Desempeña el papel varonil central. Junto a él entran en escena tres realidades telúricas maternas: las democracias medievales y cristianas de «caballeros villanos», organizados en autogobierno comunal, de los reinos peninsulares ibéricos de la Reconquista en los siglos X al XV; el Incario, Imperio azteca, y demás pueblos indoamericanos abiertos en la conquista a la fecundación ibérica, y la sociedad insular asiática, cuya impronta de hispanización se la confieren el nombre del segundo Felipe austríaco y la asombrosa acción transformante de las cuatro órdenes evangelizadoras de las islas. Un grupo de pueblos iberoeuropeos, iberoamericanos e iberoasiáticos quedan así, al nacer, huérfanos de madre en las respectivas culturas autóctonas vencidas. Conservamos todos imborrable, es cierto, en la sangre y en el espíritu, cada tradición materna, pero la que nos configura en común la personalidad histórica profunda, fraternalmente y universalizadamente, es la herencia paterna. El padre, por su parte, cuando va alcanzando el cabo de los dos siglos, ve debilitarse notablemente su vigor, para entrar en un tercero, el XVIII, en el que ya se alternan los periodos finales de lucidez con los de decrepitud manifiesta. Al comenzar el siglo XIX, veintidós hermanos, inadaptables al mundo circundante, quedamos al fin huérfanos, bajo el atuendo, un tanto estrafalario e inadecuado para nuestra reciedumbre, de unos estados burgueses, impopulares y cerrados en sí mismos, que la improvisación y la codicia del momento nos colocó encima precipitadamente. Y se nos puso a trabajar—de alguna manera hay que decirlo—en trabajos serviles.

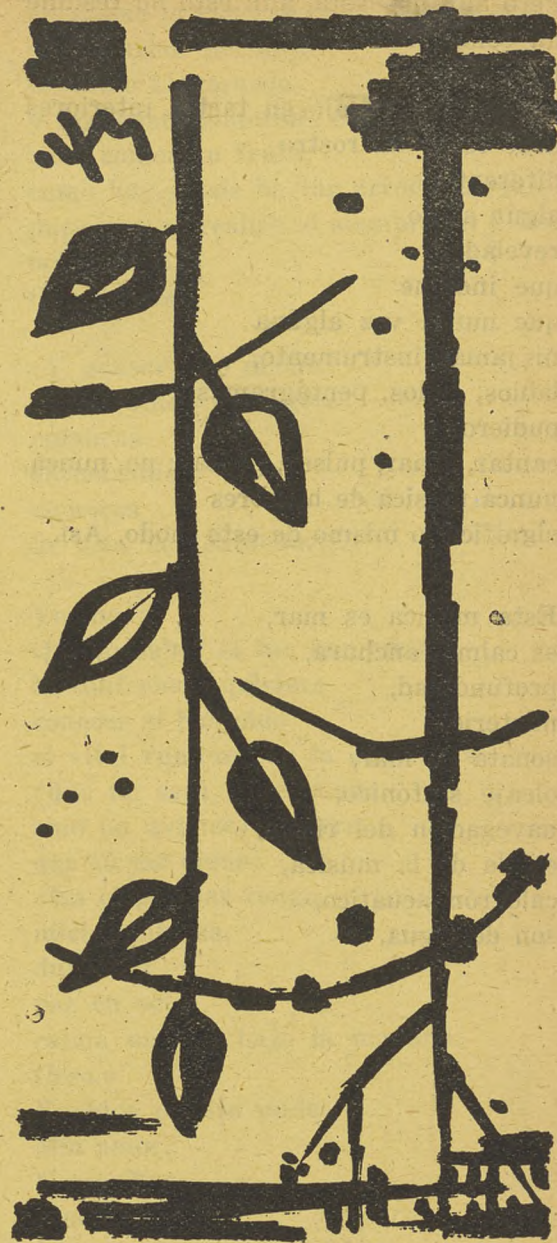
Porque ése fué el punto en que entraron en escena los «tíos tutelares». El francés-liberal y anglosajón-capitalista. Sobre nuestra genuina tradición cristiana y mestiza—paterno-materna—, ellos nos uniformaron aprisa con estas deslucidas pseudotradiciones actuales: la *latino-* y la *pana-*. Más los casos idénticos, sólo geográficamente laterales, de los «europeizantes» liberales españoles y portugueses de cada generación, en el último siglo y medio, hasta Ortega, por ejemplo; a los de la *rising generation* filipina. Se nos pretende «europeizar», pero sólo marginalmente, como a los afroasiáticos (esto lo ve con claridad definitiva Leopoldo Zea en *América en la Historia*; volveremos sobre ello en otra ocasión). La tradición paterna va a seguir pensando en nosotros, como un estigma, ante los ojos de los «tíos tutelares». Fríamente, con un tratamiento igual al de las colonias afroasiáticas del capitalismo, se nos reducirá a servidumbre. Por supuesto, sobre toda nuestra rica tradición religiosa, familiar y humanista. Generaciones nuestras enteras son educadas y legisladas para idólatras del materialismo, el confort y la pseudodemocracia del credo liberal-capitalista.

Así es como se forjan los mitos de nuestros pueblos políticamente «ingobernables» o «adolescentes». Los inventan quienes viven sumidos, como la cosa más natural del mundo, en las transitorias corrientes de aculturación de las dichas «pseudo-tradiciones», y los demás nos hemos habituado a repetirlos, como lugares comunes vacíos de sentido. Por su parte, las oligarquías domésticas—por curiosa paradoja, extranjerizantes y reaccionarias al mismo tiempo—impiden tercamente al pueblo en cada país, bajo la vigilancia del «tío tutelar» respectivo, el reencuentro actualizado de su propia forma histórica de autogobierno. Formas, por cierto, que vienen en nosotros de muy atrás, de una tradición milenaria, y que siguen viviendo en el alma colectiva y poniéndola en tensión. Entonces los pueblos se sacuden convulsamente. Y se suceden las dictaduras. Es el siglo y medio último de conflictos entre oligarquía y pueblo, que nada, o muy poco, tienen que ver en Iberoamérica, por ejemplo, con la lucha de clases del determinismo marxista. Conflictos en los que era normal que hasta ahora le tocara al pueblo la peor parte, porque centenares de veces dieron ya lugar a la misma aparente solución de urgencia: el dictador criollo, que, puesto al servicio, en un primer momento, de determinados valores populares en litigio—revolucionarios, religiosos, de saneamiento administrativo o de independencia política—, termina por alinearse al servicio incondicional de los intereses de la oligarquía. Sólo falta saber, pues, si detrás de las espectaculares caídas de la media docena última de dictaduras iberoamericanas es, por fin, el pueblo, mediante minorías populares auténticas, o de nuevo los mismos grupos oligárquicos, quienes se van adueñando de las nuevas situaciones. Aunque todo induce a pensar que se trata ya de la salida del túnel.

Porque lo que surge entre nosotros es concretamente—y ésta es la obra de la generación más joven—la radical actualización de nuestra profunda herencia paterno-materna, la síntesis de todas nuestras últimamente irreconciliables energías, el legado ibérico y mestizo, comunal, y humanista cristiano.

MANUEL LIZCANO

FELIX GRANDE



OBERTURA DUAL

Compañera:

(he de aclararte a ti que esta palabra
me suena en la garganta
y viaja ecos leales a lo largo
de todas mis raíces
hasta llegar al tacto de mis dedos;
allí persiste, tiembla: se hace opaca
y conmocionadora
y tengo
que acariciarte;
entonces comunico mi palabra
a la piel de tu cara;
la miro, me sumerjo
en mi voz, ahora ya
visible, extendida en ti, tuya,
y por mis ojos
vuelve así, a mí, mi voz, enriquecida
con tu forma:
résuelta en poros,
definida en blancos.
Sí; cuando digo «compañera»,
tú y yo, como los mares y las playas,
nos devolvemos y nos requerimos,
biplaya tú y biocéano suave
mi voz, en calma,
en calma.

Yo quería decirte
explicaciones de mi ánimo,
anchas voces,
párrafos clave sobre esta mía
sensación vespertina;
yo quería contarte
milagros del decir que te impulsaran
a la alta comprensión que hoy necesito
justa a mi complicado sentimiento

Voy contigo, y el campo,
el campo, va contigo y con mi alma;
tú vienes por el campo al lado mío...
Abrazo a tres, o sea,
un solo personaje
con un tricorazón de igual latido.
Así es.

Así es, y no resume
mi conmoción; existe
otro algo mayor, cuyo contorno
se permanece oculto,
pero cuya razón penetra al fondo
de nuestro pecho, sin salir del aire;
introduce su magia en mí y se guarda
su forma; es como un ritmo,

ritmo y silencio; es música.
Tiempo y son en la pauta del paisaje.
Mira las hierbas, mira los ramajes;
hacen su aprendizaje de columpios,
nadan en aire,
bucean en sus colores;
la flor menea su testuz redonda
mientras su tallo la dirige apenas...
¿No podría ser danza?
Danza, sí. Un minueto delicado,
largo en ternura, corto en movimiento,
hondo en gracia, elevado de colores.
Y puedo estar seguro:
lo que mueve a las flores no es la brisa,
sino la música de la creación.

¿Quién asegura que las aves siguen,
sin fin, su curva? ¿Quién afirma
que el conjunto de círculos de pájaro
no es un bello dibujo en la pizarra
de los espacios?
Ahora estoy seguro;
la trayectoria de las alas forma
figuras arqueadas, líneas puras,
simetría
y música.

Pero aun no basta, aun esto no resume mi conmoción...

La música que hoy yo recojo en tactos interiores debe tener un rostro diferente, algún signo revelador que indique que nunca voz alguna ni jamás instrumento, labios, dedos, pentágramas, pudieron cantar, sonar, pulsar, pautar; no, nunca, nunca música de hombres significó lo mismo de este modo. Así.

Esta música es mar, es calma, anchura, profundidad, misterio, sonata en mar, oleaje sinfónico, navegación del ritmo, estela de la música, calderón acuático, son del agua,

mar. Música.
¡Playas para el sonido!

Compañera: derramo sobre ti mis palabras; cerca contemplo el campo y miro tus rasgos blancos y rosales, acuso el musical asentimiento de la creación y oigo el leve roce en tu respiratoria presencia...
Ahora comprendo;

este sonar que sube, igual que sombra, desde todo hasta todo (como si el mundo fuera un recipiente en «sol» para esta música asombrada); esta música es así porque es par, es dual, biforme, nuestra, tuya desde mi voz, mía, desde tu acogimiento y tu belleza; suena en pareja; ése es su apellido; la digital que la define

y que la diferencia de las otras digitales del son tiene forma de labio, estatura de lazo, aspecto a magia, pura magia; paseando contigo ha sido descubierta la clave clara, el sencillo empuje que abre la puerta de dos hojas para que pasemos los dos.

Dual obertura, compañera, descubrimiento musical-marino; el amor es la magia interpretada, la magia aclarada en uniones, resuelta en par, bilateral renuncia dirigida contra la soledad. La magia limpia.
Amor.
Música.
Y el mar. El mar para multiplicarte.



LARGO EN CLAVE DE ESPERANZA

Veamos:
mientras la luz, añeja miel, miel trasvasada, miel diaria; mientras la luz me busca los espejos con los que he de acusar su impacto miélico, transparente; [suave, mientras la luz ocurre pienso a ti, tarea grata, y pienso en la certeza de tus sombras, mío amor, compañera en tus sombras: ingrato resultado del pensarte.

He aquí tus versos: de una forma oscura pides la luz, sospechas

que está creada, abres los ojos, miras...
Y como la del faro de la noche de mar y cielo negro y viento hosco, tu mirada no mira, sino llama; no vigila, sino que es vigilada por las sombras.
He aquí tus versos: claman breve y dialogan consigo, gritan en sueños, para despertarse asustados, llorando...
Se adivina que eras tú quien soñaba, que eres tú quien se asusta.
Tú.
Me duele.

Veamos:

mírame a los ojos: vente aquí. Permanece en mis retinas. Dame tus manos.
Así.
Descansa.
.....
¿Qué fué la vida en otro tiempo?
¿Cuándo dió más?
¿Qué tuvo que hoy no sea?
No, no hables; ahora me lo pregunto a mí; en este instante soy yo quien se regresa.

Yo entorno la voz y digo:
«Si el poeta supiera distribuirse, regarse en el presente...
Y si su corazón tuviera puertas a la mañana, calles para las dos del mediodía

como tiene
callejones abiertos a la noche,
portones gris hacia las madrugadas...»

Pues ¿qué creías?

Yo también he danzado al son macabro
de la desilusión,
danza fría...

Yo también he cruzado el país del ansia,
la nación de las hambres interiores,
la región de la angustia.

Y no como turista, no.

Y he traído

una sonrisa:

esta que tú creías
que era valor ante la vida
o comprensión (algo
explicable...),

y es algo más oculto y más austero:

es la fotografía

de mi viaje

extraño,

doloroso,

largo,

sin fin... Cuando sonreía

preocúpate:

en ese momento

están sufriendo

los pasados.

Veamos:

He aquí tus versos.

Te obsesiona la piedra,

utilizas los árboles nocturnos,

hablas de estrellas distanciadamente,

averiguas senderos,

ves el mar...

«...soledad, piedra redonda,
corazón, barco sin remos...»

No.

No del todo...

Mírame: contribuye

a que te explique,

ayúdame

a alegrarte,

colabora conmigo

en tu esperanza; alarga

las manos, roza

el contorno filial

del cuerpo de las calmas;

siente en el tacto de tus dedos

el suave polvo

que nos deja la vida

al ser acariciada.

Sí. Sí. Y sí...:

También se hace posible

la luz, la rosa,

el cisne, la gacela,

los niños,

los manantiales, los atardeceres

y la paternidad,

el campo,

un jardín,

las parejas,

los ancianos simpáticos,

jardines

y los niños...;

el futuro está lleno:

rebosa, colma, sobresale todo;

será bueno pensar en un mañana
en donde la esperanza se haya hecho
árbol, árbol hermoso
parecido al naranjo,

y nos basté ponernos de puntillas

para comer su fruta,

como hoy puede bastar arrodillarnos

para que se realice el siembro, el árbol,
la esperanza.

O nosotros.

(Y pensar que debías

ser tú quien produjera

palabras,

entusiasmos,

rumores

de alta contentación...)

Veamos:

Quiero saber si me has creído

la confesión; quisiera

conocer si has oído

el vital rumoreo de la esperanza

(que no será un ensueño,

sino un avance); quiero

que tú me digas:

«En el paladar tengo

miel luminosa,

dulce luz,

paz en sol,

calma marina bajo la mañana.

Creo.»

Yo hice cuanto pude.

Mío amor.

Compañera.

Cuanto pude.



TARTARÍN

(CUENTO)

Por

JOSE MARIA SANJUAN

TARTARÍN tiene ocho años y es cojo. Fué cosa de una parálisis mal controlada, ¡y ahí es nada! Tartarín, desde entonces, se ha convertido en zagal serio, tímido y poco decidor, que es precisamente lo que distingue a los chicos entre sí.

El rubicundo señor Atanasio, lechero de oficio y animal de las más feas costumbres, dice que los cojos tienen grandes ventajas en la vida.

—Andan menos y ven menos cosas, ¿verdá usted?

—¡Hombre!, no sé...

—Sí, sí, porque para ver lo que el

mundo nos enseña..., más nos valdría amolarnos todos.

Tartarín tiene un complejo enorme dentro de su cuerpo y de su pierna. En el colegio siente la vaga nostalgia del chico impedido, del niño que no puede arrear un guantazo al compañero, así porque sí, porque lo mandan los sagrados cánones de la buena vecindad, y nota sobre sus carnes la mirada irónica o el rabillo del ojo del compañero despectivo.

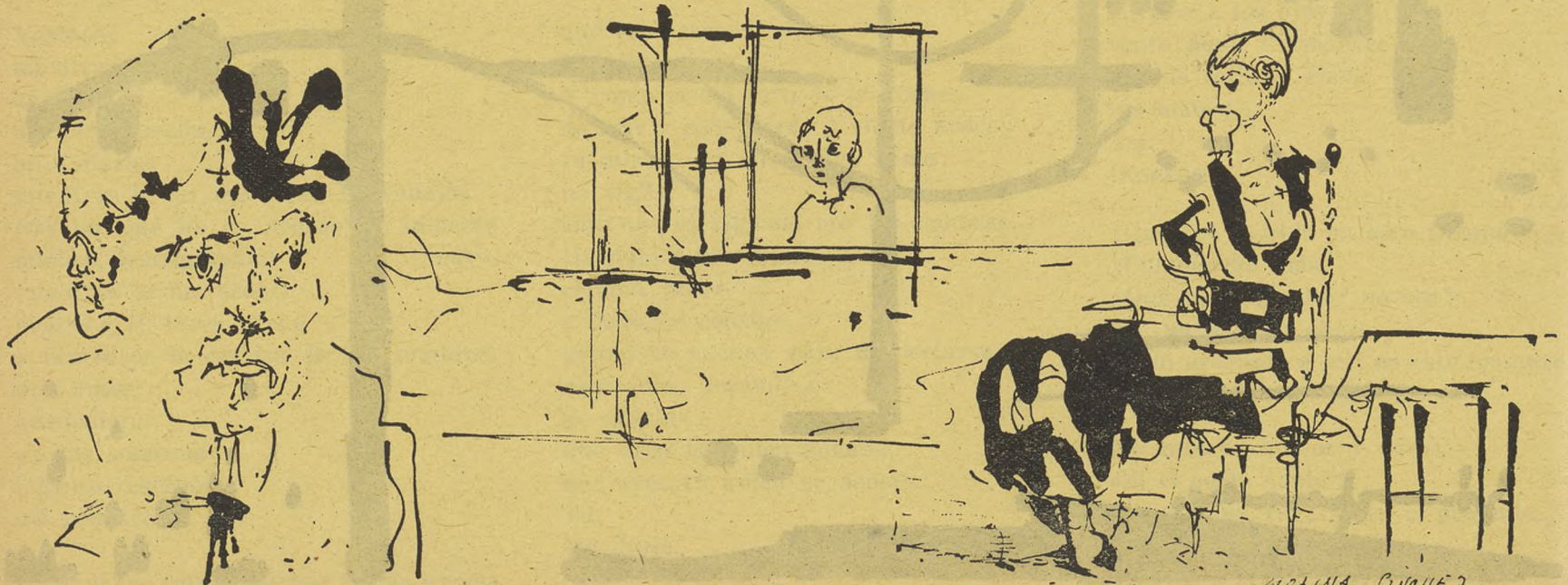
* * *

Marcial es el listo de la clase, el que más cosas sabe de la vida. Marcial tiene más cromos que nadie, fuma a escon-

didias picadura selecta y da envidia a todos por sus vastos conocimientos sobre el mundo. Marcial sabe que los niños no vienen de París, ¡ni mucho menos!, y que los Reyes Magos no llevan ni barba, ni corona, ni son reyes ni nada de todo eso. Marcial es en la escuela todo un símbolo. Marcial da también sus opiniones sobre Tartarín y su cojera.

—Claro, la madre tiene también torcidas las piernas. Las tiene en paréntesis...

En el circulito de pequeños sabios, de mocosos rapaces, se hace un silencio grave, profundo. Es el momento de la supremacía de Marcial.



VICINA BURCH

—El paréntesis es algo así...; ¡cómo os lo diría, camaradas!; pues algo parecido a un aro partido, a las mondas de la naranja...

En el circulito se comienzan a barajar mentalmente los aros, los paréntesis y las naranjas, todo mezclado con las piernas de Tartarín y de su madre. A los diez minutos de barajar, el círculo tiene en la cabeza un lío fenomenal.

—Será mejor que nos lo expliques otro día...

—Eso, eso...

* * *

Tartarín, con lo de la pierna, dejó mucho tiempo de ir al colegio. Tartarín, en ese espacio, dejó de saber lo poco que había aprendido. Don Dagoberto, maestro nacional por la gracia de Dios y bigotudo ciudadano de la libertad y la democracia, chilla a Tartarín y le dice que así no se va a ninguna parte. Don Dagoberto es hombre de métodos medievales y de ideas progresistas. Don Dagoberto las pasó relativamente mal en la guerra por esa minucia de las ideas. ¡Siempre las dichosas ideas!

—Yo digo, ¿por qué no se dejarán los hombres de tantas ideas?

—Eso mismo pienso yo... Pero ¡lo de siempre, las ideas!

Don Dagoberto cree que el estado de naturaleza es el ideal para el desenvolvimiento del hombre. Don Dagoberto tiene en su casa un par de libros de Rousseau—edición económica—, que los enseña a todo hijo de vecino que acierta a confundirse de piso.

Entre el maestro y el cojo discípulo no van las cosas muy bien que digamos. Tartarín sale cada dos por tres con el cuerpo descalabrado. Y es que don Dagoberto, a pesar de sus ideas avanzadas y de su «estado de naturaleza», no puede dejar en el tintero ni en el bolsillo sus velludas manos de celtibérico castellano. Don Dagoberto es, en el fondo, un enamorado de la pelliza piñosa de Viriato y de la pelada serranía del viejo reino. Don Dagoberto se contradice en las ideas. ¡Siempre las ideas, caray!

* * *

Tartarín tiene unos padres que no se llevan nada bien. La madre es mujer sufrida, aparentemente sufrida y callada. El padre es hombre cetrino, de espesa cabellera y de negros sentimientos tras



su cabezota de animal. El padre de Tartarín tan pronto trabaja de albañil como no trabaja de nada, que es galana y bonita forma de andar por la vida, desde luego. El padre de Tartarín tiene la fea y desajustada costumbre de emborracharse. Noche sí, noche no, el padre de Tartarín llega a casa con un más que regular cargamento de alcohol. Es el momento en que Felisín llora; es el instante en que la madre de Felisín llora un poco también. Las amanecidas del padre son lentas, pesadas, resbaladizas en cuanto cabe.

El pasado año Tartarín tenía que haber hecho su primera comunión. El padre alegó que el sueldo no llega para tantos lujos. La madre contó las reservas y llegó a la conclusión y al convencimiento de que sí, que a lo mejor eso de la primera comunión es un lujo, no apto para personas de pobres recursos. Y Tartarín, en medio, se convenció muy a duras penas, pero se convenció de que hacer la primera comunión es cosa solamente reservada a niños con piernas ligeras y juguetonas como de gacelas vírgenes.

* * *

—Y tú, ¿qué vas a ser?

En el pringoso circulito de los pequeños sabios, Marcial y los suyos ensayan la vaga estadística de los oficios. Tartarín se ha acercado al grupo y hurga entre la gente para echar su cuarto a espadas. A Tartarín, como a cada hijo de vecino, le gusta que le consulten sobre estas cosas.

Todos dan su parecer. Marcial, rapazuelo gran sacerdote, escucha ceremonioso las palabras del Sanedrín. Le llega el instante a Tartarín. Hay un rumor ondulante, de chapoteo en un lago de cabezas humanas.

—No, tú no, que tú eres cojo y no puedes ser nada...

Las palabras han caído duramente sobre el estanque a medio secar. Hay una armería de miradas rectas, como finas cuchillas a medio templar por el fuego de la ironía, de la burla. Tartarín protesta en el silencio. Pero el silencio le ahoga. Un fino mandoble de palabra da punto final al cuadro.

—No, tú no, que tú eres cojo, y además tu madre tiene las piernas en paréntesis...

Las palabras anónimas son toda una reverencia hacia la ciencia de Marcial, un respeto hacia la magistratura del jefe. Hay al final un leve murmullo, muy leve, apenas si perceptible...

JUEVES



Por

MELIANO PERAILE

LA escuela canta la tabla de multiplicar. Están en el 5 por 6; los mayores, sin ninguna convicción, ya saben que después viene 35 y luego 40. El Zacarías, allí tan serio, tan tieso, lo que hace es escribir, al socaire de la espalda del Pisa, una carta a la Petra, que la está esperando dos bancos detrás, tan modosa y tan hipócrita. Los pequeños se dejan arrastrar. El coro: «...cuarenta y cinco.» Los párvulos: «...ta y cinco.»

Doña Aurora pone de par en par el balcón sobre la plaza, que tiene abiertos doce huecos a los pasillos de los soportales, abiertas las bocas de dos calles. El ruido de la «Tortuga» entra por el balcón. Detrás llega el viento de diciembre, apagando de un soplo las voces. Es la lección que mejor se saben: silencio cuando, los jueves, el correo comienza la cuesta.

Un día la Quica preguntó:

—Madre, ¿a ti te pegaba doña Aurora?

—¡No, hija!

—¿Porque te callabas los jueves cuando la «Tortuga»?

—No era la «Tortuga»; era el «Gavilán».

—¿Corría más, madre?

—Corría menos; era más viejo.

—¿Por qué, madre?

La madre coge una bufanda y tapa la boca a su cría.

—Anda, que vas a llegar tarde.

El diablo de los chicos; lo que no se le ocurra. Bueno, pero entonces, cuando ella,

lo hacían todos: la Goya, que se murió con la primera amonestación; el Juanón, ya con dos mellizos; que Dios libre a su Quica... Llegaba el «Gavilán» los jueves y se quedaban como muertos. Doña Aurora iba al balcón y al rato volvía. «Vamos, vamos.» Ya lo dice Valeriano, que cada uno tiene sus rarezas: a don Lucas, tras de guardar en su alacena jamones con bisnietos, le gustan las migas; mira que las migas; el «Pintao» se deja en el porche dos tartanas y se va pian piano a la dehesa; el mismo señor cura, antes de predicar en la función, se dice que cuelga una herradura por detrás del púlpito. Y doña Aurora, el correo de los jueves. Pero ¡si la pobre no tiene otra diversión en veinte años!

Espantando. gallinas emancipadas, libres del tirano del corral, el hocico de la «Tortuga» asoma en la plaza; dos varas delante, impertérrito, seguro por experiencia, va el marrano Antón.

Doña Aurora se apoya en el pretil mientras el cartero cambia al del coche un saco por otro, y el Cándido saluda a la doña Justinita del pueblo de al lado, que en la ventanilla delantera va al especialista por el aquel de la caída de su estómago. Al instante la «Tortuga», dando a la plaza la media vuelta que le faltaba, se va. El Emi, el Tuto, la Toña y el Casio tiritan en los pupitres vecinos al balcón. La Juli, con el gancho del pie se trae por el suelo la bolita enviada por el «Pisa», que antes se llamaba

M.P.

Antonio; pero el notario, al volver de Italia, tomó el desnivel de los hombros del muchacho para demostrar la eficacia cultural de los viajes. La Juli deslía la carta: «Cerida Guli...»

Contesta por el mismo conducto: «Embustero; por la derecha sí tienes ocho años; pero por la izquierda, siete. Tuvieras siete y medio en cada...»

El mirar de doña Aurora vuelve de la carretera por encima de las bardas, dura pelambre de las tapias.

—Vamos, vamos...

La escuela ahora no multiplica, sino que se divide, naturalmente, en dos partes: una que comienza la resignación y la esperanza por el almohadón con bodoques, y otra que escribe: «Queridos padres y hermanos: Esta

La noche se ha echado. La Consola se lamenta:

—¡Ay doña Aurora, qué tinieblas!

—Sí, hija, sí...

Ni al día siguiente, viernes, ni el sábado ni el domingo, llegó el correo. El secretario predice, al concluirle el rosario al yerno de la panadera:

—Tendrán que poner otro nuevo; tal como quedó... Tiene usted mala cara, doña Aurora.

La maestra titubea:

—No..., no es nada.

El secretario enuncia una filosofía municipal del consuelo:

—Y gracias a Dios que eran forasteros, desconocidos...

Doña Aurora insinúa la controversia:

se atraganta, casi estrella el botijo y grita desde muy cerca de los cristales:

—Doña Aurora... Todo nuevo y más grande. Se llamará, lo menos, el «Aguila».

—Anda, ve a tu sitio.

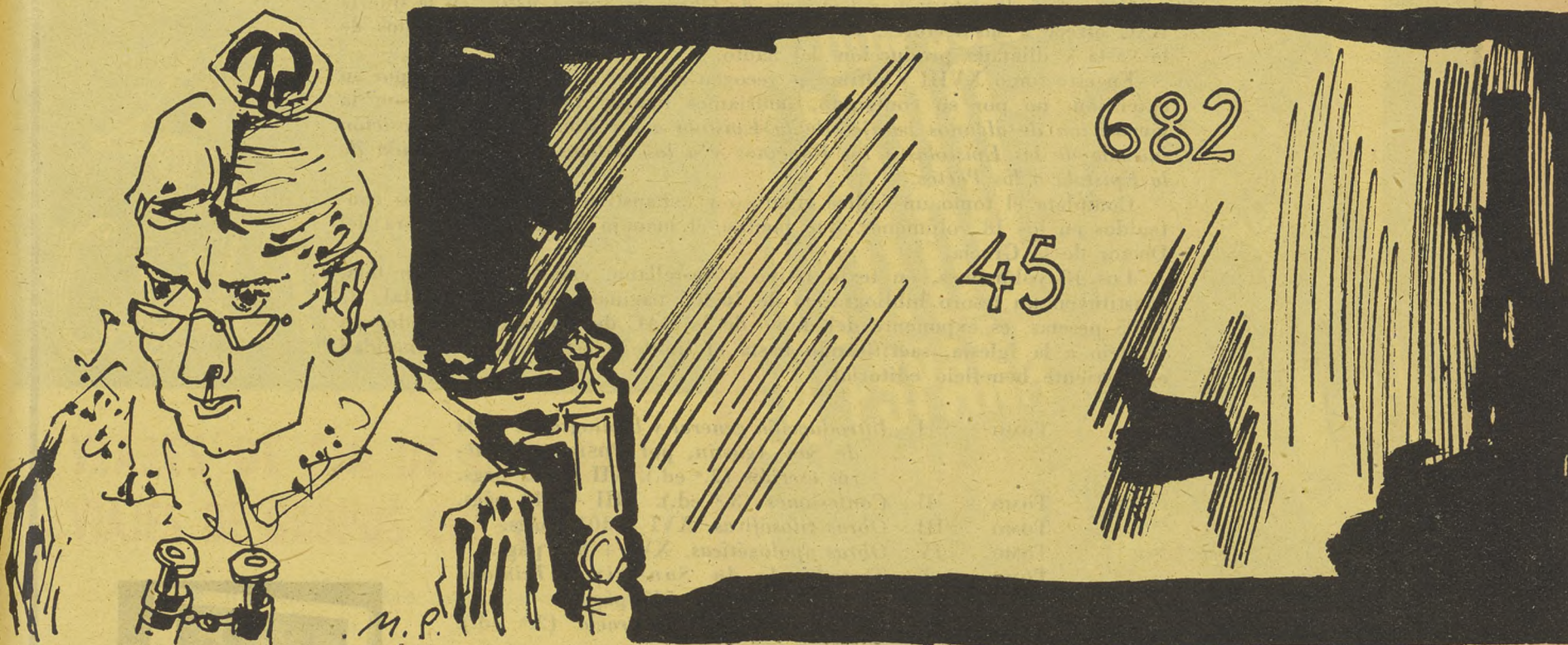
Y la maestra abre el cajón de la mesa, revuelve y extrae unos pequeños prismáticos de nácar, amarillo de años. Los limpia con esmero, laboriosamente. Los prueba. La España colgada enfrente se agranda. Junto a las punteadas villas y ciudades la maestra descubre antiguas poblaciones, debidas, sin duda, a las fundadoras moscas.

Duerme mal. Vela el sueño.

Al entrar otra vez en la escuela, doña Aurora manda:

—Poli, quita la hoja de ayer.

Alza la cabeza despacio, mira «Jueves».



es para... También os digo que el capitán tiene su genio, pero me ha prometido...»

—¿No oís?—pregunta doña Aurora.

—¿Salgo a ver—dice el Emi, dispuesto siempre a zafarse.

Pero el muchacho no tiene suerte. La Consola se ha presentado de súbito, demudada, con el aliento incapaz:

—¡Ay doña Aurora de mi vida...!

—Qué, Consola...

—La..., la «Tortuga»... Tres vueltas y ¡panza arriba! ¡Dos hombres, doña Aurora! La maestra se sienta.

—Hasta mañana, niños.

En el hueco de la escalera suena, envidiosa y asombrada, la voz del Ginés, un chiquillo inquieto y acróbata: «¡Ahí va, tres volteretas!»

—Siéntate, Consola—ruega la maestra—. Y dices que dos hombres...

—Dos, señora; un chalán y un viajante. En el término de Villabuena. Para allá van el juez y el forense del partido.

—Todos somos del amor de Dios...

El martes, por fin, se oye el ruido del correo en la cuesta. El Emi, que anda trabucado por los mandamientos, aprovecha:

—Doña Aurora, ¿qué viene!

La maestra reprende:

—Vamos, sigue...

El Emi no tiene más remedio que ser hereje.

Por la tarde la Polita, mirando al piso enrejado de su pupitre, se queja:

—¿Hoy tampoco cantamos, doña Aurora?...

La maestra se ha quedado sola, con el mapa cuarteado enfrente, con el fúnebre panel de la pizarra, con el periódico abierto y la noticia: «Un viajante y un chalán.» En el mapa, líneas vagas; en la pizarra, 45, 682, números sin sentido; en el periódico, dos nombres desprovistos. Líneas, números, nombres, sin contenido. Doña Aurora está sola.

Dan las once de la mañana del miércoles en el reloj de péndulo, cuando el Marcos

—Emi, el reloj no tiene cuerda.

—Que sí, palabra—dice el crío hombreando.

El puntero, gobernado por el Nico, hace navegación de cabotaje, deteniéndose en cada puerto, en cada golfo: «Machichaco, en Vizcaya...»

—¿Seguro, Emi...?—insiste la maestra.

Al muchacho le ofende la desconfianza.

—¡Pues claro!—exclama con morro!

Ahora la escuela anda a gritos por la Casa de Austria. Una súbita mordaza de silencio ahoga las voces. Doña Aurora se lanza al balcón, se vuelve, toma los prismáticos, abre las vidrieras.

El sucesor de la «Tortuga» llega a la plaza.

La maestra gradúa, acota para ella la ventanilla trasera. Allí, como en un marco que doña Aurora agranda, hay una cabeza cenicienta, unas gafas de antología dióptrica y una sonrisa que avanza, igual que dos tijeretazos, hacia unas mejillas.

Doña Aurora cierra las ventanas, regresa:

—¿Cantamos, Juli?

Biblioteca de Autores Cristianos



APARECE EL ULTIMO TOMO DE LAS OBRAS DE SAN AGUSTIN

TOMO XVIII

Con este volumen se cierra la serie de *Obras de San Agustín*, en la que la BAC ofrece a sus lectores, en edición bilingüe, los principales tratados de la vasta y dilatada producción del Santo.

En este tomo XVIII y último se recogen algunas de sus obras que por su extensión, no por su contenido, podríamos llamar menores. Tales son la *Exposición de algunos pasajes de la Epístola a los Romanos*, la *Exposición incoada de las Epístolas a los Romanos y a los Gálatas* y la *Exposición de la Epístola a los Partos*.

Completa el tomo un índice riguroso y exhaustivo de los conceptos contenidos en los 18 volúmenes, que facilita el manejo de la ingente obra del Doctor de la Gracia.

Los 18 volúmenes, en texto latino y castellano, encuadernados en tela, constituyen un tesoro bibliográfico de 16.405 páginas, cuyo precio total, de 1.405 pesetas, es exponente del deseo de la BAC de prestar, ante todo, un servicio a la Iglesia, sacrificando hasta el límite a esta principal finalidad el corriente beneficio editorial.

- TOMO I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por Posidio. *Primeros escritos* (2.^a ed.). XII + 822 págs.
- TOMO II: *Confesiones* (3.^a ed.). VIII + 740 págs.
- TOMO III: *Obras filosóficas*. XVI + 1047 págs.
- TOMO IV: *Obras apologéticas*. XVI + 800 págs.
- TOMO V: *Tratado de la Santísima Trinidad* (2.^a ed.). XX + 543 págs.
- TOMO VI: *Tratados sobre la gracia* (2.^a ed.). XII + 953 págs.
- TOMO VII: *Sermones* (2.^a ed.). XX + 945 págs.
- TOMO VIII: *Cartas*. VIII + 921 págs.
- TOMO IX: *Tratados sobre la gracia* (2.^o). XII + 800 páginas.
- TOMO X: *Homilias*. XII + 943 págs.
- TOMO XI: *Cartas* (2.^o). VIII + 1100 págs.
- TOMO XII: *Tratados morales*. XVI + 995 págs.
- TOMO XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35). VIII + 800 págs.
- TOMO XIV: *Sobre el Evangelio de San Juan* (36-124). XII + 770 págs.
- TOMO XV: *Tratados escriturarios*. XII + 1272 págs.
- TOMO XVI-XVII: *La Ciudad de Dios*. XII + 1728 págs.
- TOMO XVIII y último: *Exposición de las Epístolas de San Pablo a los Romanos y a los Gálatas y de la Epístola a los Partos. índice general de Materias*. VIII + 528 páginas.

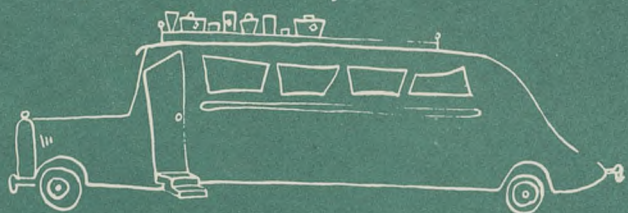


En todas las buenas librerías o en
LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.

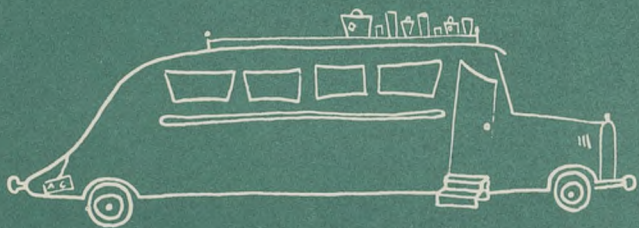
ALFONSO XI, 4 • MADRID

Obsequie con libros de la BAC en piel

SERVICIO de



VIAJES



CULTURALES

VIAJES DE FIN DE CARRERA VIAJES DE GRUPOS CULTURALES

- Información sobre rutas, dentro y fuera de España.
- Confección de itinerarios.
- Reservas de alojamientos.
- Autocares y pasajes de avión, barco y ferrocarril, a precios reducidos.
- Entrada gratuita a los monumentos y museos nacionales españoles.
- Vinculación con centros universitarios o profesionales, españoles y extranjeros.
- Presupuestos económicos, todo incluido.
- Atención cultural y técnica del viaje.

Y en general todas las ventajas de un servicio permanente y gratuito, creado para facilitar la realización de viajes culturales de los universitarios y profesionales hispanoamericanos a Europa.

SERVICIO DE VIAJES CULTURALES
Instituto de Cultura Hispánica
Ciudad Universitaria - Madrid

EDICIONES

MUNDO HISPANICO

tiene a la venta:



El libro más sensacional sobre el teatro español

220 reproducciones de las 30 obras teatrales de más relieve últimamente representadas o estrenadas

"DON JUAN" Y EL TEATRO EN ESPAÑA

de GYENES

con maravillas en reproducciones fotográficas

Presentación de Luis Escobar; introducción de Enrique Llovet; comentarios de Argamasilla, Buero Vallejo, Calvo Sotelo, Fernández Ardevín, López Rubio, Luca de Tena, Marquerie, Mihura, Neville, Pemán, Ruiz Iriarte, Tamayo y De la Torre

En fotografías, obras teatrales de clásicos y contemporáneos y traducción de otras famosas extranjeras, junto con extraordinarios vestuarios y decoraciones, entre ellos los del "Tenorio", de Dalí

144 páginas y sobrecubierta en huecograbado

Encuadernación en cartóné

Tamaño: 30 x 24 cm. Precio: 300 ptas.

EDICIONES MUNDO HISPANICO • INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA • MADRID (ESPAÑA)

TRES
TITULOS
DE
EDICIONES
CULTURA
HISPANICA

